



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE ECONOMÍA

SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS DE
POSGRADO

“HACIA LA CONSTRUCCION DE RUTAS PARA LA
AUTOGESTIÓN DE COOPERATIVAS DE ENERGÍAS
ALTERNATIVAS. LA EXPERIENCIA DE LA
COOPERATIVA ONERGIA Y LA URGENCIA DE
IMAGINAR CAMINOS DE VIDA COLECTIVOS”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRA EN DESARROLLO ECONÓMICO Y
COOPERACIÓN INTERNACIONAL

PRESENTA:

SOFÍA ALEJANDRA GARCÍA PACHECO

DIRECTOR DE TESIS:

DR. HÉCTOR DAVID SOTOMAYOR CASTILLA

COMITÉ TUTORIAL:

DRA. MARÍA EUGENIA MARTÍNEZ DE ITA
MTRA. CLAUDIA ANDREA HERNÁNDEZ ALIAGA

PUEBLA, PUE. JULIO 2025



AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Secretaría de Ciencias, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHT), por la beca que me permitió dedicarme a realizar mis estudios y a mi investigación. A la VIEP de la BUAP, por los apoyos adicionales y los recursos destinados a proyectos de investigación, fundamentales para la consolidación de este proyecto. También, agradezco al programa de maestría por los recursos propios que contribuyeron a mi formación académica.

Agradezco profundamente a todas las personas que hicieron posible este trabajo. A quienes caminaron conmigo en este proceso, sembrando preguntas, dudas, aprendizajes y afectos.

A mi director de tesis, el Dr. Héctor Sotomayor, por su acompañamiento paciente y generoso, por ayudarme a ordenar el caos y a confiar en mis propias ideas. Al comité tutorial conformado por la Dra. Maru, a quien agradezco profundamente por traer las voces y saberes de grandes mujeres y autoras en las clases de Género, ha sido de lo más valioso en la maestría. A la Mtra. Claudia Hernández, por compartir su experiencia en el mundo de las cooperativas desde Chile. A través de su tesis he logrado encontrar una gran motivación para escribir.

Agradezco a mis compañeros de la maestría de la sección tres. Con quienes organizamos un bonito fondo de ahorro con nuestras becas, queríamos disminuir la incertidumbre económica pos maestría; sin embargo, logramos mucho más que eso, comprobamos que se puede hacer comunidad en la academia, aun cuando a muchos no les haga sentido.

Agradezco a la hermosa cooperativa Onergia y a las compañeras y compañeros con quienes he caminado ocho años, que no han sido fáciles, pero espero que vengan muchos años más. A las organizaciones amigas que no han acompañado, cobijado e invitado a tejer redes.

A mi familia, por estar, por confiar, por sostenerme incluso cuando no entendían del todo lo que hago y lo que significa para mí.

Y a Ilse, por acompañarme con amor y ternura en la cotidianidad de la vida y motivarme a terminar este proceso en los días nublados.

RESUMEN

Esta investigación con enfoque en la Investigación Acción Participativa; tiene la intención de presentar la propuesta del trabajo colectivo en la Cooperativa Onergia, la primera cooperativa de energía en México. Fundada en 2017 por un grupo de jóvenes en la Ciudad de Puebla. Onergia ha transitado, a lo largo de ocho años, por distintos momentos significativos que alumbran la existencia de un sujeto político colectivo con una configuración subjetiva, hasta ahora, poco explorada. Por ello, aquí se propone un primer ejercicio de sistematización de experiencias, recuperando la propuesta de Oscar Jara. Con la intención de iluminar las rutas y prácticas de autogestión colectiva que han sostenido nuestro ser-hacer cooperativa, y que continúan guiando nuestros horizontes de lo posible en un momento en donde persiste urgencia de imaginar caminos de vida colectivos.

ABSTRACT

This research with focus on Participatory Action Research; intends to present the proposal of collective work in the Onergia Cooperative, the first energy cooperative in Mexico. Founded in 2017 by a group of young people in the City of Puebla. Onergia has transited, over eight years, through different significant moments that illuminate the existence of a collective political subject with a subjective configuration, until now, little explored. For this reason, a first exercise of systematization of experiences is proposed here, recovering Oscar Jara's proposal. With the intention of illuminating the routes and practices of collective self-management that have sustained our cooperative being-doing, and that continue to guide our horizons of the possible at a time when the urgency of imagining collective life paths persists.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO 1. NUESTRA EXPERIENCIA COMO LA COOPERATIVA ONERGIA	7
1.1 Pre diégesis.....	7
1.2 El punto de partida.....	14
1.3 La voz de quienes conformamos la cooperativa	23
1.4 Recuperación Histórica Colectiva	33
1.5 Las vicisitudes de la autogestión colectiva	38
CAPÍTULO 2. PAISAJES NARRATIVOS QUE CONFIGURAN NUESTRA EXPERIENCIA	42
2.1 Narrativas dominantes cooperativismo - energía.....	43
2.1.1 Cruces y desenfoces: qué pasa cuando se intenta hacer cooperativismo energético.....	46
2.1.2 El sector energético: discursos de transición, exclusión y control	49
2.2 Configuración subjetiva onergiana	51
2.2.1. Primera Etapa: Conformación de la asamblea.....	51
2.2.2. Etapa 2. Legalización de la asamblea	57
2.2.3 Más allá de la remuneración económica: tensiones en la búsqueda otro modelo cooperativo	61
2.2.4. Tercera Etapa: Perdida de la asamblea.....	63
2.2.5. Desilusión colectiva e incertidumbre identitaria: una crisis de sentido	67
2.3. Entretejer las reflexiones de la energía con las ideas de trabajo y cuidados colectivos.....	69
CAPÍTULO 3. IMAGINANDO RUTA DE AUTOGESTIÓN COLECTIVA DEL TRABAJO	72
3.1 Aprendizajes y buenas prácticas.....	76
3.1.1 Prácticas que obstaculizan imaginar horizontes nuevos	77
3.1.2 Hacia una autogestión con sentido: lo que nos une, lo que nos impulsa.....	79
3.2 Planes de vida colectivo: recuperar lo sagrado de lo común	87
3.2.1 Nuestra Chispa Onergiana.....	88
3.3 Lo común como horizonte: subjetividad colectiva y herramientas de gestión	94
CONSIDERACIONES FINALES.....	99
REFERENCIAS.....	105

INTRODUCCIÓN

En el contexto actual de crisis civilizatoria, donde se agudizan los impactos sociales y ambientales del modelo capitalista, la búsqueda de alternativas energéticas no puede reducirse únicamente a lo tecnológico. Cada vez más, se reconoce la necesidad de imaginar y construir transiciones energéticas justas que pongan en el centro la vida, el trabajo colectivo y los saberes comunitarios. En ese horizonte, las cooperativas de energía renovable representan una apuesta concreta por modelos distintos de organización, gestión y sostenimiento de la vida. Esta tesis surge desde el corazón de una de esas experiencias: Onergía, la primera cooperativa de energía en México, nacida con la intención de construir una alternativa real desde la autogestión, la sostenibilidad y la justicia social.

La crisis civilizatoria que atravesamos se manifiesta en múltiples niveles: el colapso ecológico, el agravamiento de las desigualdades sociales, el debilitamiento de los vínculos comunitarios y el vaciamiento del sentido del trabajo. En el ámbito energético, esta crisis se expresa en la concentración de los recursos, la dependencia de combustibles fósiles y la mercantilización de la energía como bien de consumo, más que como derecho o necesidad colectiva. El modelo extractivista, que ha sostenido históricamente el crecimiento económico en América Latina, impone una lógica de despojo sobre los territorios y cuerpos, invisibilizando los saberes locales y subordinando la vida a las dinámicas del capital. A pesar de los avances tecnológicos en energías limpias, muchas transiciones energéticas propuestas desde los gobiernos o las grandes empresas siguen reproduciendo las mismas lógicas de centralización y despojo, ahora bajo el lenguaje de la sostenibilidad o la innovación.

A nivel global, la matriz energética sigue dominada por fuentes fósiles: el petróleo, el gas natural y el carbón representan más del ochenta por ciento del suministro energético mundial, lo que sostiene una infraestructura altamente contaminante, extractiva y centralizada. Este patrón energético ha sido históricamente funcional al modelo de acumulación capitalista, articulando relaciones coloniales entre los países productores y consumidores. Incluso en contextos donde se promueve la transición energética, el énfasis suele estar puesto en

soluciones tecnológicas o en la eficiencia del mercado, sin cuestionar los patrones de consumo, los marcos de gobernanza ni los modelos de desarrollo que los sustentan. En este escenario, las comunidades que habitan los territorios energéticos siguen sin ser consultadas ni reconocidas como protagonistas en la toma de decisiones, perpetuando dinámicas de exclusión y desigualdad.

En México, llevamos más de treinta años de luchas sociales que han puesto en el centro el tema energético, revelando no solo los impactos del modelo extractivo, sino también las disputas por el control, el uso y el sentido de la energía. Aunque muchas veces naturalizamos nuestro acceso a la electricidad o los combustibles, es importante reconocer que la demanda energética del sistema capitalista global requiere enormes flujos de extracción, transformación y transporte, que no solo son altamente contaminantes, sino que también generan cadenas de valor profundamente desiguales. A lo largo del territorio mexicano, comunidades enteras han sido afectadas por la imposición de megaproyectos energéticos: primero con hidroeléctricas y más recientemente con gasoductos, fracking, parques eólicos y solares a gran escala. Aunque estas tecnologías son presentadas como soluciones verdes o limpias, en muchos casos reproducen lógicas de despojo similares, desconociendo las necesidades y formas de vida de las comunidades. Esta paradoja -la de producir energía a gran escala en nombre de la sostenibilidad, mientras persiste el acceso desigual y el despojo- evidencia la urgencia de imaginar modelos alternativos desde los territorios y para los territorios.

En los últimos años, el discurso de la transición energética ha ido ganando presencia en el ámbito político e institucional en México, especialmente a partir de la promulgación de la Ley de Transición Energética en dos mil quince. Sin embargo, esta legislación ha estado más orientada a facilitar la entrada de megaproyectos de energía renovable a gran escala -como parques eólicos y solares- que, a fomentar modelos descentralizados, comunitarios y autogestivos. Para iniciativas como Onergia, que no hemos estado directamente vinculadas a las políticas públicas, pero sí profundamente afectadas por los marcos regulatorios del sector eléctrico, esta situación representa una contradicción central. Las leyes actuales, como el marco de generación distribuida, imponen múltiples barreras técnicas, administrativas y económicas que dificultan la participación de cooperativas y comunidades en la producción energética. Precisamente, ha sido esta exclusión estructural la que nos motivó a crear una alternativa desde la autogestión, que recupere el control colectivo sobre los medios de generación y promueva el acceso justo a la energía desde abajo.

En este panorama, las cooperativas de energía en México han sido prácticamente inexistentes, en gran parte debido a un marco legal poco flexible, a la concentración del sector eléctrico y a la falta de experiencias que imaginen otras formas de organizar la energía desde lo comunitario. Frente a eso, en Onergia decidimos organizarnos como la primera cooperativa de energía en el país, a partir del impulso de un grupo de jóvenes provenientes de distintos campos de trabajo y militancia. Desde el inicio, nuestra intención fue construir una alternativa real desde la autogestión, la sostenibilidad y la justicia social. No nos constituimos como una empresa tradicional ni como una iniciativa con fines de lucro, sino como una apuesta colectiva por reapropiarnos del sentido del trabajo y de la energía, y por habitarla desde nuestras propias preguntas y convicciones. Reconocemos que cada decisión técnica es también una decisión política, y que organizarse en colectivo implica un proceso constante de negociación, conflicto y creación. A lo largo del camino hemos enfrentado tensiones internas, límites estructurales y obstáculos regulatorios, pero también hemos generado aprendizajes, vínculos y sentidos que nos sostienen y nos empujan a seguir imaginando otros mundos posibles.

Cuando comenzamos con Onergia, no teníamos claridad sobre muchos de los conceptos que hoy forman parte de nuestra reflexión, como la autogestión del trabajo o las configuraciones subjetivas dentro de lo colectivo. Lo que sí sabíamos era que el sistema económico en el que vivimos nos atraviesa y nos afecta profundamente, y que lo hace de formas distintas en cada territorio, pero con un propósito común: erosionar y destruir las múltiples formas de vida. Desde nuestras propias experiencias personales y procesos de autocrítica, compartíamos una incomodidad profunda con las formas tradicionales de trabajo, jerarquizadas, alienantes y desconectadas del sentido común. En ese momento, lo que más nos movilizaba era el deseo de generar acceso real a la energía solar para personas que lo necesitaban, sobre todo en contextos donde esta tecnología parecía lejana o inaccesible. Queríamos hacerlo de una manera digna, desde un lugar donde pudiéramos decidir cómo trabajar, cómo organizar los proyectos, y cómo construir algo que nos hiciera sentido. El camino hacia una propuesta autogestiva fue, en realidad, una construcción colectiva que fue tomando forma en el andar, en la experiencia compartida, en los tropiezos y en las preguntas que nos fuimos haciendo en común.

Esta tesis nace desde dentro, desde el cuerpo y la memoria de quien también ha habitado, trabajado y soñado en colectivo. No escribo desde una distancia neutral ni desde una

mirada externa, sino desde la implicación profunda con la experiencia que intento comprender y resignificar. Esta doble posición -ser parte y a la vez observar, registrar, analizar- ha implicado desafíos éticos, afectivos y políticos. Por momentos, fue difícil trazar los límites entre lo individual y lo colectivo, entre mi voz y la de mis compañeras, entre el análisis y el cuidado. A veces me preguntaba si era posible tomar distancia crítica sin traicionar la experiencia vivida, o si era legítimo hablar en nombre de un proceso que siempre fue compartido. Sin embargo, entendí que más que buscar una objetividad imposible, el reto era sostener una honestidad radical: nombrar desde dónde escribo, desde qué lugar me posiciono, y cómo ese lugar ha moldeado las preguntas, las decisiones metodológicas y las reflexiones que aquí se presentan.

Uno de los principales retos que enfrenté durante este proceso fue asumir que, aunque esta tesis buscaba recuperar una experiencia colectiva, las condiciones actuales de la cooperativa no facilitaban sostener una participación amplia en el trabajo de investigación. Desde hace algunos años, el número de personas activamente involucradas en la gestión de Onergía ha disminuido considerablemente, en parte por la necesidad de buscar otros trabajos o asumir responsabilidades externas para poder sostenerse. Hoy en día somos solo tres o cuatro personas quienes llevamos adelante la organización, asumiendo múltiples tareas en un contexto de mucha exigencia. En ese escenario, me resultaba difícil imaginar que la tesis pudiera convertirse en una tarea más dentro de nuestra ya recargada agenda. No quería que el proceso de investigación fuera una carga para mis compañeras y compañeros, ni que demandará espacios colectivos que necesitábamos reservar para la toma de decisiones urgentes o el sostenimiento cotidiano del proyecto. Por eso, decidí buscar una manera de recuperar nuestras voces de forma respetuosa con los tiempos y posibilidades de cada quien, sin forzar momentos que ahora mismo no eran posibles.

Ante esas limitaciones, opté por recuperar materiales ya existentes: minutas, informes, fotografías, y especialmente los intercambios escritos en nuestro grupo de Telegram, que funciona como la principal vía de comunicación cotidiana de la Asamblea. Como no compartimos un espacio físico de trabajo, gran parte de nuestra vida organizativa ocurre ahí, en mensajes que cruzan decisiones, emociones, tensiones y acuerdos. Fue en esos fragmentos donde reconocí las voces de mis compañeras y compañeros, y donde encontré insumos valiosos para esta investigación. Esta forma de acercarme a la sistematización fue también una decisión política: no replicar modelos que demanden tiempo o energía que hoy no tenemos, sino abrir

un primer camino hacia algo que podamos ir construyendo de manera paulatina y cuidada. A diferencia de otros ejercicios de sistematización que habíamos hecho en momentos más puntuales —como talleres, cursos o proyectos específicos—, esta vez quise volcar la mirada hacia nuestro propio proceso como colectivo, algo que no habíamos hecho antes. Esta tesis, entonces, es un primer paso: un intento por comenzar a sistematizar nuestra experiencia desde adentro, como práctica que deseamos cultivar con el tiempo, no desde la obligación burocrática, sino como un gesto simbólico, político y afectivo que nos permita conocernos mejor, aprender de nosotras mismas y seguir caminando juntas.

La metodología que guía esta investigación se sustenta en la sistematización de experiencias y en el enfoque de la investigación acción participativa, por ser herramientas que permiten recuperar críticamente los procesos vividos desde la implicación, reconociendo que el conocimiento no es algo neutral ni externo, sino situado, colectivo y construido desde el hacer. Ambas metodologías resultan especialmente valiosas para contextos como el nuestro, donde no se trata de estudiar un “objeto” externo, sino de volver la mirada hacia el propio proceso, con la intención de aprender de él y transformarlo. Además, en todo el trabajo se integran aportes de la educación popular, las pedagogías feministas y las epistemologías del sur, que me ofrecieron marcos para pensar desde la horizontalidad, el cuidado, el cuerpo y la memoria. Estas perspectivas me ayudaron no solo a analizar la experiencia, sino a sostener una actitud ética y afectiva frente a los vínculos, las tensiones y los silencios que también forman parte de la vida organizativa.

El documento se organiza en tres capítulos. En el primer capítulo propongo una reconstrucción del camino que me llevó hasta Onergía, partiendo de mi experiencia personal como trabajadora, de los anhelos que me movilizaban al salir de la universidad y de las tensiones que me empujaron a preguntarme si era posible hacer las cosas de otra manera. Desde ahí, presento el punto de partida de nuestra cooperativa y una recuperación histórica de sus primeros siete años de existencia, estructurada en tres grandes etapas que identifico como claves para entender nuestra trayectoria. Todo este recorrido está guiado por la lógica de la sistematización de experiencias, entendida aquí como un filtro que me permite encontrar otras miradas sobre lo vivido, y desde ahí, abrir nuevas lecturas sobre nuestro proceso colectivo. A través de este enfoque, propongo que la Asamblea es el espacio donde se resguarda y se expresa una configuración subjetiva común, y que reconocerla puede ayudarnos a cuidarla, fortalecerla y proyectarla hacia el futuro.

En el segundo capítulo profundizo en el análisis del contexto que había iniciado en el capítulo anterior, siguiendo el enfoque metodológico de sistematización de experiencias propuesto por Oscar Jara, pero también reinterpretándolo desde mi propia mirada. A esta etapa la nombro paisaje narrativo, porque me interesa subrayar que el contexto no es solo un entorno objetivo, sino un entramado de voces, discursos y sentidos que influyen en nuestra práctica y subjetividad. Lo que se dice -y quién lo dice- no solo nombra la realidad, sino que también la orienta, la delimita y muchas veces la impone. Desde ahí, exploro cómo estas narrativas - especialmente las que provienen del ámbito institucional, técnico o del cooperativismo hegemónico- tensionan nuestro proceso y nos colocan ante exigencias externas que a veces nos desdibujan. Reconozco que, aunque resistimos muchas de esas formas, también hay momentos en los que nos hemos tenido que alinear con ellas, lo cual genera contradicciones, deformaciones o incluso rupturas internas. Sin embargo, esas rupturas no han significado el fin del proceso, sino parte de su transformación constante. En este capítulo, me interesa mostrar cómo vamos creando en lo cotidiano otros modos de hacer, y cómo esas prácticas se vinculan con formas distintas de entender el trabajo, la energía y lo común. Es, en ese sentido, un capítulo que busca leer el conflicto no como obstáculo, sino como campo de sentido y posibilidad.

En el tercer capítulo desarrollo los últimos pasos del proceso de sistematización de experiencias, centrados en identificar los aprendizajes clave que emergen de la interpretación crítica del proceso vivido, reconocer buenas prácticas y proponer una forma de socialización de esos saberes. Para ello, categorizo distintas prácticas que hemos sostenido como cooperativa y que considero fundamentales para nuestra forma de autogestionar el trabajo colectivamente. Estas prácticas no son solo acciones técnicas o administrativas, sino expresiones concretas de una configuración subjetiva que hemos ido construyendo en el hacer cotidiano. A partir de ahí, propongo que Onergia es, ante todo, una organización que busca construir colectivamente un plan de vida, una ruta común que le dé sentido al trabajo compartido desde un lugar de pertenencia y de cuidado. Este plan no se presenta como una receta, sino como una posibilidad en movimiento, que articula nuestros deseos, contradicciones y apuestas políticas. Finalmente, entretejo estas reflexiones con la idea de herramientas de gestión como elementos que pueden acompañar -sin determinar- nuestras rutas de autogestión, entendidas no sólo como formas de organizar el trabajo, sino como formas de sostener la vida en colectivo.

CAPÍTULO 1. NUESTRA EXPERIENCIA COMO LA COOPERATIVA ONERGIA

*La práctica es una manera de vivir en la historia,
y las personas la vivimos desde nuestra cotidianeidad,
con toda la subjetividad de nuestro ser personas,
que es mucho más que sólo lo que “hacemos”.
(Jara: 2007, pp. 69)*

1.1 Pre diégesis

Onergia es una cooperativa que desde su conformación ha tenido como lucha, el trabajo digno para jóvenes desde el sector energético, y aunque desde el inicio esto se ha tenido claro, llegar a ese momento para cada uno de quienes conformamos este espacio nos ha implicado un proceso de autocrítica y reflexión sobre cómo hemos sido formados para una vida con sustento en ideologías hegemónicas.

Esta forma de vida está sumergida, en lo general, en un conjunto de ideas que promueven el desarrollo. Las cuales se popularizaron después de la Segunda Guerra Mundial y se delimitaron ideas, con su propio sustento teórico fundamentado en los ámbitos de la economía de la vida social, y se presentaron como respuestas prácticas ante el conjunto de desafíos y contradicciones propias del capitalismo como la pobreza y la distribución de la riqueza (Gudynas; 2012). Por tanto, nuestros contextos de vida están enmarcados no sólo en ideas, sino también en prácticas y normas que deben ser replicadas para la reproducción del sistema económico.

Sin embargo, cabe mencionar que las ideas del desarrollo son la expresión contemporánea de la ideología del progreso, como menciona Eduardo Gudynas en “Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina: Una breve guía heterodoxa”:

La categoría ideología es aquí entendida en un sentido relacional, brindando una base de organización para las creencias, subjetividades y valores de los individuos con lo que se genera y reproduce un cierto orden social en sus múltiples dimensiones, desde lo individual a lo institucional (Eagleton, 1991). Esta base ideológica explica el apego irracional y emotivo, donde las alertas o las contradicciones son ignoradas o rechazadas continuamente (Gudynas, 2012, p.40).

La experiencia de vida de Onergia no escapa de estas ideas, aunque su principal motor sea encontrar otras formas de trabajo, que escapen de lo convencional y lo hegemónico. Sin

embargo, las contradicciones dentro de los procesos colectivos existen y deben ser visibilizadas, verbalizadas, reflexionadas y apropiadas para que no se reproduzcan y puedan llegar a poner en duda la viabilidad de nuestro proyecto. Para mí, este es el verdadero proceso y reto por el cual se debería transitar desde los diversos colectivos que estamos construyendo para seguimos imaginando otras formas de relacionarnos a través del trabajo.

Reivindico así el trabajo como una forma de relacionarnos con nosotras mismas, con otras personas y con los territorios que habitamos. Hago esta demanda, como un llamado de urgencia para continuar poniendo en tensión el concepto dominante del trabajo y que impera cabalmente en la actualidad. Porque desde temprana edad nos forman ideológicamente para trabajar. Pero realmente, ¿Qué es el trabajo?, ¿es un proceso propio de la vida?, ¿nacimos para trabajar?, ¿somos seres trabajadores?

Cuando egrese de la universidad de la carrera de ingeniería industrial, tenía una ilusión sobre el trabajo, muy en concordancia con la idea del progreso. Me había preparado tanto para ese momento, al menos eso sentía. El trabajo traería sentido y estabilidad a mi vida. Los días de gloria estarían por llegar, no tendría que preocuparme más, sólo debía estar cien por ciento segura de lo que quería hacer el resto de mi vida. Podría tener una casa, un coche y viajar.

Recuerdo, que pocos meses antes de terminar la carrera estaba tan estresada y preocupada porque tenía que elegir en qué sector quería desenvolverse laboralmente. En la Ciudad de Puebla, en donde me forme profesionalmente y que es el espacio donde está ubicada Onergia, uno de los principales sectores industriales es el automotriz, por eso muchas carreras, principalmente las ingenierías están orientadas al trabajo en líneas de producción automotriz. Especialmente como la ingeniería industrial, la cual nace para el diseño e implementación de sistemas de manufactura industriales.

La idea del trabajo, desde las ingenierías está atravesada por el ideal de la automatización y las aplicaciones tecnológicas, como la robótica. En este entorno, los procesos de trabajo se conciben bajo los conceptos de productividad y eficiencia, los cuales están lejos de poner a los trabajadores en el centro del diseño y configuración de los espacios de trabajo, de fondo a eso nos referimos con sistemas de manufactura. Entonces ello depararía el contexto de mi trabajo, diseñar líneas de producción que estuviesen cada vez más automatizadas para fabricar coches.

Aunque siempre estuve rodeada de compañeros -sólo hombres- y por tanto de discusiones “apasionadas” en torno a las marcas de los coches, los motores, la línea estética, etc. Realmente, nunca sentí que este tema me interesara. Entonces un buen día, mientras estaba en la universidad, en la clase de Procesos de Automatización, el maestro presentó la materia seguido de estas líneas, las cuales no son exactas a las de aquel momento: - Aunque esta materia es sobre procesos de automatización, no les voy a enseñar a programar líneas de producción, para la fabricación de mercancías, como los coches, porque de qué sirve fabricar coches y más coches, si después no vamos a tener un planeta en el cual vivir y que iba a orientar las clases y el entregable final estaría referido a proyectos sustentables-.

Cuando escuché esas palabras, comprendí que hay otras formas de concebir los elementos que se consideran importantes dentro de las formas de vida, la naturaleza y así como el trabajo. Por lo que mi primera reflexión en torno a este último elemento fue que podría haber otras formas de vivirlo, más allá de las que se encuentran enmarcadas en las líneas de producción automatizadas.

Sin embargo, las experiencias de vida no escapan de los falsos discursos sobre el trabajo. Cuando egresé de la universidad, decidí que quería trabajar en el sector de las energías renovables, específicamente en proyectos de energía solar fotovoltaica. Por lo que, busqué centros de trabajo en Puebla, así que mi primera experiencia laboral comienza con un proyecto sustentable. Este proyecto consistió en la instalación de un sistema fotovoltaico autónomo en las oficinas de la fundación La Esperanza del Mañana en la Sierra Nororiental de Puebla.

Con ese proyecto, logré insertarme en un centro de trabajo del ramo fotovoltaico y de educación ambiental, y bajo un esquema de trabajo por proyectos. En ese momento, sentí que, si se quería, se podría encontrar el trabajo soñado, en mi caso eso se traducía a coordinar proyectos sustentables, sin importar en donde fuesen, bajo qué condiciones o qué contexto, yo quería ayudar a las personas que lo necesitaban desde mis conocimientos de ingeniería.

Dicho centro de trabajo en el cual estuve año y medio, era un consorcio empresarial que respondía a los intereses de una persona. A mí, eso me parecía normal, la figura del jefe o líder está presente desde los estudios de las ingenierías. También me parecía “normal”, tener una jornada laboral de ocho horas y quedarme a trabajar más tiempo, tener que competir para formar parte de algo, que no se me permita cargar paneles solares porque soy mujer, no tener

un contrato, tener un salario por debajo del salario mínimo, malas condiciones de espacio de trabajo y aislarme de mis espacios sociales por viajes de trabajo, entre otras cosas.

Sin embargo, aunque en mi mente todo se veía como la idea de trabajo que siempre escuche en la mayoría de mis espacios sociales, en mi cuerpo se sentía de otra manera, se sentía como una enfermedad, algo que poco a poco iba apoderándose no sólo de mi cuerpo, sino de mi mente y mi forma de ver la vida. Hasta que un día, el jefe en una reunión soltó algunas palabras ordenadas de la siguiente manera: - Vengo de disfrutar del fruto de su trabajo-.

En ese momento me di cuenta, que el trabajo asalariado era la principal forma de explotación de mi vida. Así como se transforma la naturaleza en materia prima para la fabricación de mercancías, mi vida también estaba siendo transformada en una suerte de materia prima para que una persona disfrutará de las ganancias por mi generadas, con esto entendí que no todas las personas tenemos las mismas condiciones de trabajo y que el que yo tenía estaba enmarcado desde la precariedad -por su condición inestable e insegura (Olivera & Alfaro; 2012).

En general, coincidimos con Castel (2003: 6-7) y Paugam (2000) en proponer que la precariedad del empleo es el mayor desafío de las sociedades contemporáneas, pues revela el establecimiento de un nuevo régimen de organización del trabajo y de integración profesional sostenido en la inseguridad social. Desde esta perspectiva, el punto crucial de la precariedad es la condición y el sentimiento de pérdida de seguridad de aquellos que lograron alguna forma de integración. (Olivera & Alfaro, 2012, p. 215).

Aunque no todas las personas se pueden permitir renunciar a sus empleos por la situación de precariedad, yo decidí renunciar con varios meses de antelación y en lo que llegaba mi último día de trabajo decidí intentar emprender por mi cuenta proyectos de instalaciones fotovoltaicas. Sin embargo, el emprendimiento es otra de las ilusiones del trabajo. Pues, “recoge el aporte teórico del racionalismo, el subjetivismo y el individualismo metodológico” (Alda, s/f, p. 34) para reproducir el capitalismo.

Lo que queremos discutir aquí es que sin embargo sigue predominando el interés por el tema del emprendimiento, como la capacidad de crear empresas, y se le justifica habitualmente en la medida que se le asocia con la capacidad de crear nuevos empleos y por ende, como un factor gravitante para el mejoramiento del nivel de ingresos de las personas[...] Se promociona entonces, en todo nivel y ámbitos, el fomento de la capacidad emprendedora para crear pequeñas y medianas empresas. En definitiva, todo ello se ha traducido en la creación de una multiplicidad de precarias microempresas, las que escasamente pueden sobrevivir en un mundo de libre competencia (Rusque, 2005, p. 3)

La primera vez que escuché la palabra emprendimiento fue en la universidad en la clase de Planeación de Negocios, en donde nos enseñaban a elaborar un plan de negocios sobre algún producto o servicio innovador que se nos ocurriera. Cuando decidí intentar un primer proyecto fotovoltaico fuera de las reglas y normas del trabajo asalariado, pensé en formar un equipo con personas con las que me sintiera cómoda para trabajar, así que invité a un par de amigos. Con esto, llegó una oportunidad de instalar un sistema en un laboratorio químico, tras haber tomado un curso de dimensionamiento de sistemas fotovoltaicos, lo que seguía era fácil, ir a convencer al dueño del negocio de que nos contratara a pesar de no contar con la infraestructura de una empresa. Ese proyecto fue mi primer acercamiento a las ideas de empresario-emprendedor.

Con esto me refiero al falso discurso de la jefa o líder que debe dar la “buena cara” a los clientes, la que debe negociar con los proveedores y organizar al equipo de trabajo, por lo que debe atender el celular en todo momento a cualquier hora y debe también invertir para que las cosas comiencen a suceder y por último la que asume en todo momento los riesgos de cualquier escenario. Como es de imaginarse, las cosas no sucedieron como esperaba, pues no basta con la profesionalización, sin práctica no hay experiencias, pero sin experiencias no hay práctica.

En ese proyecto la mayoría de los escenarios negativos sucedieron, se compraron mal los equipos, el proveedor no quiso cambiarles; el cliente se molestó porque el proceso tardó un año, mis amigos no asumieron la co-responsabilidad, yo no tenía ingresos para poder sacar los gastos de trabajo y materiales y al final me tocó asumir sola la incertidumbre, estrés y ansiedad. Por lo que, una vez más el trabajo no se sentía como algo que se sentía bien, sino como una maraña de problemas.

[El fenómeno emprendedor] Esconde una forma individualista de entender el sujeto que de no ser deconstruida en toda su estructura y reconstruida con los oportunos contrapesos sociales, no logra entenderse adecuadamente como fenómeno característico de una determinada sociedad ni la formación del sujeto da razón suficiente de su desarrollo (García del Dujo, 2015, p. 63, citado en Alda, s/f, p. 33)

Aunado a estas experiencias de trabajo, vino una última. Después de haber renunciado y en un intento de sacar adelante el emprendimiento, decidí ir a Estados Unidos a trabajar a un campamento de verano. Durante tres meses estuve en el área de lavandería y limpieza, todos los días realizaba las mismas tareas, barrer, trapear, limpiar baños, sacar la basura, doblar ropa, entre otras. Tampoco tenía que preocuparme por lo que sucediera en la cotidianidad de mi vida, pues era una dinámica muy operativa, la jornada era de seis días a la semana, ocho horas diarias;

todos los días comíamos a la misma hora y cada día de la semana ya sabíamos cuál era el menú, por lo que no tenía que preocuparme por pensar tanto, no tenía que resolver problemas.

A pesar de que trabajar en el campamento no requería de tanto esfuerzo mental, fue un trabajo de desgaste físico, el cual me permitió darme cuenta que todas y todos nos enfrentamos día a día a nuestros trabajos nos gusten o no, representen un reto o no, pero al final no importa el sector, el trabajo en la actualidad es precarizado y este nos trastoca la vida para bien o para mal.

Cuando pienso en Onergia, la pienso como un entretejido, es decir, como el resultado de poner hilos diferentes en una tela que se está tejiendo para formar un dibujo o un textil (Gran Diccionario de la Lengua Española, Larousse Editorial, S.L., 2022), pues en Onergia decidimos entretejer nuestras vidas para construir un espacio de trabajo digno y así, como en los tejidos a veces es difícil encontrar el punto de partida, también se vuelve complejo con el paso tiempo tener claro el punto de partida de nuestra cooperativa.

En Onergia quienes la conformamos, somos diferentes en diversas dimensiones, lugar de origen, el contexto de vida, la profesión, etc. Como los hilos dentro de un tejido. Pero teníamos una trama en común, las condiciones precarias del trabajo asalariado. Es decir, que el ingreso por el trabajo asalariado no cubre el acceso a bienes mínimos indispensables para la reproducción de la vida digna (Aguilar & Rátiva Gaona, 2022, p.4) y la precarización no es ajena al sector energético, en el cual la cooperativa está inmersa.

La precarización laboral se normaliza bajo el sistema social del capital (Aguilar & Rátiva Gaona, 2022, p. 3), el cual en términos de oportunidades de empleo en el sector de las energías renovables se traduce a trabajo técnico que buscan la implementación de parques eólicos y granjas solares, proyectos que se vieron beneficiados a partir de la Reforma Energética del 2013 con la liberación del mercado eléctrico mayorista.

Este escenario de proyectos energéticos de energías renovables a gran escala, también dio como resultado la creación de movimientos de defensa del territorio en diversas partes del país, pues en términos de infraestructura instalada existen impactos negativos tanto sociales como ambientales. Detengamos a pensar que, proyectos como el “Parque Fotovoltaico de Cuyoaco” en Puebla que opera desde 2019 con una capacidad de 200 MW requiere de la instalación de 800, 000 paneles solares con una dimensión de 2 m² por cada unidad, para los cuales, se necesitaron de unas 160 hectáreas de terreno libre de vegetación para instalarlos.

Entonces, en 2017 cuando hablábamos de opciones de empleo, las propuestas eran sumarse a la fuerza de trabajo para el despojo del territorio, ya que, en la mayoría de los casos las tierras que se utilizan para los megaproyectos son mal comprados principalmente a comunidades campesinas, las cuales, además de usar esas extensiones de tierra para la producción de alimentos también las destinan para la conservación de otras formas de vida en armonía con la naturaleza.

En ese contexto, el discurso sobre la transición energética se estaba posicionando como el predominante para hacer frente al cambio climático; entendida como el conjunto de cambios en los modelos de producción, distribución y consumo de energía para alcanzar la sostenibilidad energética (Iberdrola México; 2023), este discurso, si bien, aceleró la implementación de proyectos de energías renovables no representó de fondo un cambio en el modelo energético predominante: centralizado, a gran escala y privatizado.

Este discurso predominante, puso en el centro de las alternativas energéticas la electrificación del país con energía solar fotovoltaica, con esto el mercado solar comenzó a tomar fuerza y abrirse paso entre los usuarios con tarifas domésticas y residenciales, es decir, que poder acceder a una instalación de paneles solares en nuestras casas se volvió accesible en términos del acceso a empresas instaladores, sin embargo, desde la dimensión económica los proyectos continuaba siendo inaccesibles.

En pocas palabras, las energías alternativas no escapan de la lógica capitalista y este escenario iba tomando forma, casi en una especie de sincronía con el punto de partida de Onergia, que se encontraba al menos en la imaginación de quienes la co-fundamos. Sin embargo, sería un error pasar por alto las reflexiones de fondo sobre el trabajo. Reflexiones que en ese momento parecían más una serie de sentires sobre las formas de trabajo indignas que vivimos y las experiencias de organización social que acompañaron ese momento.

Antes de Onergia, el trabajo para mí se sentía como algo desafortunado, pues además de las condiciones precarizadas que me tocaba aguantar, en esta idea de trabajo es trabajo, también tenía que gestionar proyectos comunitarios de energías renovables con enfoque asistencialista, en donde de fondo imperaba el objetivo de vender falsas soluciones para enriquecer a una persona.

Pese a ese escenario, es en este espacio de trabajo competitivo donde la vida de un grupo de jóvenes recién egresados de la universidad comienza a entretejer los sentires para

transformarlos en sentipensares -juntar el saber y el sentir, según Fals Borda, citado en (Leal, 2020)- para emanciparnos de las formas precarizadas de trabajo, pero, sobre todo, de toda la carga de sentires negativos que a atravesaban ya, nuestros cuerpos.

Mi intención con esta investigación está lejos de presentar una única respuesta a los males sobre el trabajo, por el contrario, busca tomar los aciertos y las contradicciones que hemos tenido hasta ahora intentando ser una apuesta distinta; para visibilizar nuestra praxis colectiva, para que ésta pueda mejorar y nos oriente durante este proceso de emancipación colectiva. Por lo que, para mí es importante dar cuenta a manera de relato de algunas partes de nuestro caminar hasta ahora, así como sistematizar nuestras experiencias, pues estas son uno de los elementos sagrados que conforman a Onergia.

1.2 El punto de partida

Si bien la sistematización de experiencias está lejos de ser sólo un relato, rescato que es importante contar el punto de partida como tal, para comprender el corte de realidad del cual parto. Por lo que, como señala Beatriz (s/f) es importante precisar que en el relato se encuentra una forma de relacionarnos con otras personas: familia, amistades, grupos a los que pertenecemos, etc.

Hablar acerca de nosotros, con nosotros mismos, es como construir un relato acerca de quién y qué somos, qué sucedió y por qué razón hacemos las cosas que hacemos y al mismo tiempo, contar esas historias y compartirlas con otros nos prepara para imaginar “qué podría ocurrir si ...” (Bruner, 2003, p. 6).

Cuando nos detenemos a contar nuestra historia, la de ser parte de Onergia; parece que apenas hemos dado un par de pasos. Sin embargo, han pasado siete años desde que decidimos tomar una decisión individual y colectiva, al querer conformar una cooperativa, por lo que se vuelve un tanto complejo contar todo el camino que hemos recorrido. A veces, se siente como que llevamos más de diez años en esto, y otras veces pareciera que apenas vamos por nuestros primeros pasos. He aquí la importancia de reconocernos frente a ese cúmulo de momentos, experiencias, decisiones y situaciones que hemos ido sorteando para mantenernos a flote.

Pero, ¿Cómo hacemos ese proceso de recordar colectivamente? sobre todo, cuando no se ha tenido realmente un proceso de sistematizar nuestras experiencias de manera institucional o al menos no de manera constante y planificada. Pues la mayoría de nuestro tiempo es consumido por el trabajo asambleísta y el procedimental. Por ejemplo, al ser un grupo pequeño,

a veces ha tocado que quien coordina un proyecto, es quien también hace el trabajo de campo. Así que, en términos de capacidad instalada no queda tiempo para sistematizar, comunicar y socializar.

Por otro lado, mi intención no es dejar de lado la importancia de hacer sistematización experiencias, por el contrario, considero vital poder encontrar y construir herramientas que faciliten este tipo de procesos, ya que considero nuestras experiencias como resultado de las decisiones que tomamos a partir de saberes que conocemos e ignoramos y del contexto que vivimos.

La experiencia (ella escribe) es el proceso por el cual se construye la subjetividad para todos los seres sociales. A través de ese proceso uno se ubica o es ubicado en la realidad social y de ese modo percibe y comprende como subjetivas (referidas a y originadas en uno mismo) esas relaciones —materiales, económicas e interpersonales— que de hecho son sociales y, en una perspectiva más amplia, históricas. (Teresa de Laurentis, 1984, p.159)

En ese sentido, la intención de sistematizar las experiencias prácticas que se adelantan en el campo de la acción cotidiana (Jara, 2018, p. 23) de Onergia tiene como propósito incentivar un proceso de imaginación colectiva que parta desde los propios saberes que hemos construido a lo largo de siete años.

El concepto de sistematización de experiencias ha surgido en América Latina como producto del esfuerzo por construir marcos propios de interpretación teórica desde las condiciones particulares de nuestra realidad (Jara, 2018, p. 10).

Si bien, desde Onergia hemos estado familiarizados con esta práctica de educación popular. Ya que se ha aplicado para analizar y reflexionar sobre nuestros procesos de formación en Soberanía Energética y de Apropiación Tecnológica Energética, y nos ha permitido diseñar talleres y material didáctico con la intención de fortalecer los propios procesos de formación y también los movimientos en defensa del territorio.

La sistematización de experiencias es una propuesta latinoamericana que nace en los años 60 - 70, que toma relevancia desde el diálogo de saberes, otras epistemologías y de visibilizar otras formas de conocimiento. Es una herramienta que permite que sean los propios actores, las organizaciones de base comunitaria, quienes hablen desde su propia palabra y narren sus experiencias, otorgando un espacio de visibilización de las subjetividades.

Un aspecto importante a resaltar de esta metodología, es que se parte de procesos vivos con personas que habitan un territorio. La finalidad es recuperar la lógica de la experiencia vivida, interpretando críticamente los hechos, para obtener de ellas aprendizajes y lecciones que nos permitan mejorar las prácticas (Geografías Comunitarias, 2024).

Tenemos muchos aprendizajes en nuestra práctica, pero no los reconocemos, se nos van olvidando en el camino porque caemos en el activismo y perdemos la posibilidad de parar un momento para recopilar, para recoger y para reflexionar en torno a todos esos aprendizajes los cuales, por tanto, muchas veces se pierden para nosotros mismos y por tanto no podemos compartirlos con otras personas (Jara, 2018, p17).

En este ejercicio de sistematizar las experiencias se recuperará la aportación metodológica del educador popular y sociólogo Oscar Jara, conocido por sus aportes teóricos y prácticos en el ámbito de la sistematización, por un enfoque metodológico que busca reflexionar, interpretar y aprender de las experiencias vividas para mejorar la práctica social y educativa. Su obra más reconocida en Latinoamérica es “Para Sistematizar Experiencias”, una guía en donde se combina un enfoque teórico y práctico para fortalecer procesos organizativos y promover transformaciones sociales.

Oscar Jara propone una ruta en “Cinco Tiempos” en la guía *La Sistematización de Experiencias: Prácticas y Teoría para Otros Mundos Posibles*. A continuación, se presentan éstas:

1. El punto de partida: la experiencia
 - a. Haber participado en la(s) experiencia(s).
 - b. Contar con registros de la(s) experiencia(s).
2. Formular un plan de sistematización
 - a. ¿Para qué queremos sistematizar? (Definir el objetivo).
 - b. ¿Qué experiencia(s) queremos sistematizar? (Delimitar el objeto).
 - c. ¿Qué aspectos centrales nos interesan más? (Precisar un eje de sistematización).
 - d. ¿Qué fuentes de información tenemos y cuáles necesitamos?
 - e. ¿Qué procedimiento concreto vamos a seguir y en qué tiempo?
3. La recuperación del proceso vivido
 - a. Reconstruir la historia de la experiencia.
 - b. Ordenar y clasificar la información.
4. Las reflexiones de fondo

- a. Procesos de análisis, síntesis e interrelaciones.
 - b. Interpretación crítica.
 - c. Identificación de aprendizajes.
5. Los puntos de llegada
- a. Formular conclusiones, recomendaciones y propuestas.
 - b. Estrategia para comunicar los aprendizajes y las proyecciones.

Un aspecto importante de la metodología es que si bien en la actualidad desde las pedagogías populares se está impulsando la apropiación de esta metodología para llevar a cabo a una escala comunitaria o colectiva; es decir, que está que sean las comunidades, colectivas, organizaciones de base comunitaria, grupos de trabajo, etc. quienes lleven a cabo dicha sistematización para formar sujetos que se apropien de su realidad y la transformen. Desde la Red Alforja, propone como componentes sustanciales: su dimensión de proceso; su aporte individual y colectivo a la construcción teórica; su vinculación esencial con la práctica social y su sentido colectivo, crítico y transformador.

El punto de partida es la propia experiencia y haber participado en esta, pues no es posible que una persona totalmente ajena al proceso pretenda sistematizar en nombre de quienes fueron sus principales protagonistas (Jara, 2018, p. 136).

En 2021, mientras enfrentamos una de las crisis económicas; en una de nuestras asambleas se acordó que, como una forma de asegurar económicamente y por un tiempo a quienes en ese momento sólo teníamos como principal fuente de trabajo e ingreso los adelantos de la cooperativa, pudiéramos hacer la postulación a un posgrado con beca con un tema que tuviera que ver con la cooperativa para que esto no implicará una enajenación de la misma.

Hay que admitir que sin las subvenciones del Estado mexicano a través de las becas del programa Jóvenes Construyendo Futuro y de las becas de CONACyT que algunos de nosotros/as recibimos como estudiantes de posgrado, posiblemente la cooperativa no habría superado su primer año (Aguilar & Rátiva Gaona, La Chipa de la Vida, 2022).

En ese momento, éramos tres personas a quienes se nos propuso esta alternativa, esto implicaría que habría una reducción de tiempo de trabajo operativo y en campo, así como de responsabilidades. Es aquí donde, también, a manera de broma, comenté que me gustaría hacer un trabajo de investigación como un intento de escribir por fin algo sobre nuestra cooperativa, desde nuestra cooperativa. Pues, en muchas ocasiones nos han buscado personas ajenas a nuestro procesos y redes de colaboración para escribir sobre nuestro trabajo, desde académicos hasta periodistas.

Sin embargo, aunque estoy frente a esta tesis por un mandato de asamblea; no pretendo colocarme frente a esta como la única persona con la capacidad y los conocimientos propios para hablar sobre todo lo que ha implicado construir Onergia. Pues, incluso aunque esté posicionada desde mi lugar de enunciación, mi experiencia en Onergia está influenciada, no solo por el mi propio contexto, sino también por las acciones de mis compañeras y compañeros, y la asamblea en sí misma. Parto también, de los saberes y recursos que otros compañeros han podido adelantar como es el caso del artículo, “La Chispa de la Vida: El trabajo cooperativo energético como búsqueda para la reproducción de la vida digna” escrito por Sandra Rátiva y Eduardo Águilar, ambos compañeros de la cooperativa.

Por lo tanto, quiero dejar claro que, para esta sistematización, este ejercicio se considerará como una aproximación a un proceso de apropiación de la metodología, con un enfoque diferente al que previamente se ha asumido desde el área de educación. Mi intención es presentar esta metodología como un proceso que puede implementarse en la asamblea para fortalecerla. En este sentido, esta sistematización abarca momentos que, en mi opinión, arrojan luces cómo Onergia se ha ido configurando como un sujeto político colectivo, más allá de una cooperativa, y cómo su cotidianidad se transforma más allá de lo meramente procedimental.

La asamblea está conformada por las y los socios trabajadores, actualmente somos 5 personas. Este espacio tiene como propósito preservar e impulsar el trabajo autogestivo de nuestra organización en sus distintas áreas y dimensiones. Así mismo, es en la asamblea donde el sujeto colectivo se reproduce y se transforma. Las sesiones de la asamblea no se han dado de la misma manera, pues cada año de acuerdo al plan de trabajo y los proyectos se ha tenido que ajustar su duración y su periodicidad, en algunos momentos hemos tenido asamblea una vez a la semana, cada quince días, cada mes e incluso ha habido un momento en donde se ha perdido dicho espacio.

La fuente de información que se consultará está conformada por: minutas de las asambleas; minutas del consejo de administración; vídeos de participación en eventos; entrevistas; notas periodísticas; fotografías; entre otros elementos audiovisuales.

En ese sentido, para quienes co-fundamos Onergia es inimaginable no pensarnos como el punto de partida en tanto un momento en el que convergen distintos movimientos sociales, uno de estos la Asamblea de Defensa del Territorio de los Pueblos Maseual, Tutunaku y Mestizo de la Sierra Nororiental de Puebla. Si bien, existen diversos recuerdos que componen

el punto de partida, pues mis compañeras y compañeros lo vivieron de otras formas y desde otros lugares, comenzaré contando desde mi lugar y más adelante recuperaré testimonios desde otros lugares.

Un mes antes de mi último día en mi primer trabajo, llegó una propuesta para realizar una capacitación sobre sistemas fotovoltaicos en Cuetzalan en la Unión de Cooperativas Tosepan (en adelante Tosepan), así que un grupo de técnico fuimos a Cuetzalan para impartir a cuarenta personas, en su mayoría jóvenes. En ese momento, por las tardes en nuestro tiempo libre, junto a mis compañeros comenzamos a platicar sobre las problemáticas a la que nos enfrentamos en nuestro trabajo, inconscientemente, estábamos dando inicio a un proceso de autocrítica y reflexión colectiva.

Parte de la capacitación, se llevó a cabo en conjunto con la instalación del primer sistema fotovoltaico que adquirió Tosepan, el cual lo suministró otro proveedor. Esto nos permitió reflexionar sobre las formas en las que las personas pueden acceder o no a un servicio como estos, pues en esa instalación notamos que existía mucho desconocimiento en torno al funcionamiento de los sistemas fotovoltaicos desde lo técnico, lo social y lo económico. Esto es un problema, ya que, la mayoría de las veces el sistema no cumplirá con las necesidades y expectativas de quienes adquieren esta tecnología, aunado a que la inversión económica que se hace es alta frente a otros servicios. Sin embargo, la mayoría de los proveedores en este rubro tienen una mirada mercantilista sobre el acceso a estos servicios sin importar en el contexto de los y las usuarias.

Frente a este escenario, con la primera instalación que acompañamos en Tosepan, nos preocupó que las personas que realmente necesitan un sistema fotovoltaico se tuvieran que enfrentar a diversas circunstancias que les generarán una inaccesibilidad a una tecnología que puede tener muchas bondades si se tiene clara la necesidad energética. En el caso de Tosepan, durante esa semana, entendimos que ese primer sistema era el punto de partida para un proceso más amplio, el de la Asamblea de Defensa del Territorio y la Vida de los Pueblos Maseual, Tutunaku y Mestizo, que lleva algunos meses enfrentando la amenaza de un megaproyecto energético impulsado por la Comisión Federal de Electricidad (CFE).

Este mega proyecto supondría una gran ampliación del Sistema Eléctrico Nacional (SEN) en la región, ya que contemplaba la construcción e instalación de una subestación y un tendido eléctrico de alta tensión, bajo el argumento de que un aumento del consumo eléctrico

por parte de la población, requeriría dicha ampliación. Esta propuesta de proyecto, generó que la Asamblea se movilizara para hacer una clausura simbólica en el espacio donde se pensaba la subestación. Con esto, llegaron muchas propuestas para frenar el proyecto, cómo la instalación de paneles solares como una alternativa de menor impacto social y ambiental, frente a esto, la CFE respondió que, debido a las condiciones climáticas de la región, ya que la región cuenta con un clima subtropical, semi-húmedo y lluvias todo el año, no sería posible abastecer la energía eléctrica necesaria para cubrir la demanda de la población.

Este escenario, sin querer propició el comienzo de un proceso de apropiación de saberes en torno a la energía en el territorio, pues la asamblea decidió que trabajaría por alcanzar una autonomía y soberanía energética en donde otras formas de generar y consumir energía fueran posibles. Por lo que, en el campamento que se montó para hacer la clausura simbólica se instaló un pequeño sistema fotovoltaico con baterías para alimentar unos focos y un proyector, y como era de esperarse, los paneles solares funcionaron. Con esto, diversas organizaciones de base comunitaria comenzaron a impulsar iniciativas de proyectos de aprovechamiento de energía solar para validar esta tecnología a nivel comunitario.

Esto nos permitió ver que la tecnología y los saberes en torno a ésta son una herramienta importante para defender el territorio, pues gracias a ese campamento energizado a través del sol, pudimos llevar a cabo un taller sobre “Aprender a Leer el Recibo de Luz” con personas militantes de la asamblea. En este taller, los y las participantes aprendieron sobre cómo se da el consumo eléctrico en sus hogares y como la CFE estima su facturación bimestral. Por lo que, los resultados arrojaron que los hogares consumían entre 50-100 kWh/bimestre, lo cual es poco comparado a los hogares en las ciudades que consumen arriba de los 150 kWh/bimestral.

Recuerdo bien, que un señor al finalizar el taller dijo que él no necesitaba consumir más energía eléctrica, pues principalmente la usaba para iluminación y que no tenía pensado cambiar su modo de vida, entonces lo que CFE argumentaba no era del todo correcto, pues la población no era la que estaba demandando más electricidad. Esta reflexión nos arrojó una luz sobre el sendero que debíamos seguir tanto la asamblea de defensa del territorio, como nosotros, teníamos que impulsar procesos de formación comunitaria en torno a la energía en el territorio.

Así que después de estas experiencias, una tarde mientras estábamos en las cabañas de Tosepankali al calor de aquellas pláticas de crítica y autocrítica, la idea de una cooperativa de

instalación de sistemas fotovoltaicos salió a diálogo. Sobre todo, para apoyar a cooperativas como Tosepan y a personas que apenas se incursionaban en el tema, y porque nos hacía sentido impulsar desde otro lugar a las energías renovables. Paulo Freire en el *Manuscrito de la Pedagogía del Oprimido* escribió, que el diálogo es la esencia de la acción revolucionaria, así que, Onergia significó, también para quienes la co-fundamos, la posibilidad de una transformación humanizada de nuestro trabajo.

Paulo Freire afirmó, que el diálogo es una propuesta ontológica, el diálogo verdadero nos hace ser personas; dialogamos en la medida en la que nos problematizamos, dialogamos en la medida en la que nos escuchamos, dialogamos en la medida en que buscamos hacer algo y emprendemos una acción transformadora, y nos vamos constituyendo como personas. (Jara, 2023)

Si bien, el primer paso se había dado, en realidad casi nada sabíamos de cómo se organiza y se echa a andar una cooperativa, por lo que comenzó nuestra búsqueda por personas que nos pudieran asesorar en el tema y también por personas que se quisieran unir al equipo de instaladores, pues teníamos claro que el principal servicio sería la venta de proyectos de aprovechamiento de energía solar. Con esto se sumaron dos compañeros más y se dio paso al primer proceso de formación, que fue en planes de negocio desde la economía social y solidaria, este momento duró cerca de dos meses y los costos de vida fueron asumidos por nosotros con nuestros ahorros y también por el apoyo de nuestras redes de apoyo, principalmente por nuestras mamás y papás.

Mientras transcurría este primer proceso de formación, también comenzaban a alumbrarse las primeras asambleas en las cuales nos tocó decidir aspectos como el nombre, el logo, la página web, entre otros temas, a la par cada uno tuvo que enfrentar un momento de quiebre como parte de lo que implicaba asumir un proceso de naturaleza colectiva y de claro sentido alternativo, del cual desconocíamos la mayoría de los pasos y sus implicaciones, pero que en nuestro sentir y pensar hacía sentido. Recuerdo que, uno de mis compañeros tuvo que decidir entre ir a trabajar a los parques eólicos en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca con un sueldo de ingeniero y prestaciones laborales o quedarse en Puebla a trabajar iniciando una cooperativa semilla. Otro compañero, tuvo que decidir entre renunciar y estar de tiempo completo en la cooperativa, lo cual, en términos de su realidad, significaba incertidumbre económica por al menos medio año o continuar en la empresa donde trabaja y asumir las responsabilidades de ambos trabajos y con ello el desgaste físico y mental que implicaba.

Así pues, una serie de momentos de quiebres se fueron entretejiendo para dar lugar y forma a la cooperativa, que en ese momento aún no estaba constituida legalmente y no se tuvo pensado hasta tiempo después. Sin embargo, hubo un momento de discusión que formalizó nuestro trabajo dentro de Onergia, la urgencia de sostener de nuestras vidas, por lo que, después de varias semanas de planeación, teníamos que pasar a la acción, debíamos comenzar a difundir nuestros servicios para vender nuestros primeros proyectos, por lo que decidimos hacer una especie de inauguración simbólica de nuestra unidad productiva el 21 de agosto del 2017; elegimos ese día porque sabíamos que acontecería un fenómeno astronómico, un eclipse solar total, queríamos que no se nos olvidará la fecha de conmemoración a este proyecto de vida colectivo.

Ese día nos juntamos desde temprano, previo al eclipse fuimos a un foro de economía social y solidaria que se lleva a cabo en el Centro de Estudios del Desarrollo Económico y Social (CEDES). Aquí tuve la oportunidad de conocer y platicar con Ana Medina quien es practicante de la economía solidaria y para mi este es uno de los momentos detonadores de una tensión entre el uso de herramientas de gestión y la crítica a los conocimientos empresariales que promueven y fortalecen la individualización del trabajo. Pues, recuerdo contarle a Ana que estábamos por arrancar la cooperativa, que nos encontrábamos haciendo el plan de negocios, pero que en particular sentía algunas incertidumbres sobre cuáles eran los siguientes pasos a dar.

Recuerdo que Ana exclamó: - ¡Vender! -. Lo que tocaba asumir ahora era la labor de ventas. Empero, gran parte del proceso de labor de ventas lo ignorábamos, ya que, éramos ingenieros e ingenieras, lo que sabíamos era instalar paneles solares, más no, como se vendían estos. Por otro lado, en aquel momento esperaba otra respuesta a mis dudas, ya que mi manera de entender el proceso de creación de una cooperativa en aquel momento se daba desde las analogías asimétricas por oposición, por ejemplo, luz – oscuridad. Es decir, si para hacer una empresa se hace un plan de negocios para luego vender, en las cooperativas en donde se busca promover un modelo económico alternativo como la economía social y solidaria, habría que seguir una ruta totalmente distinta para arrancar un espacio de trabajo alternativo.

Aunque, por un lado, he entendido a lo largo de casi siete años la importancia del trabajo remunerado y que en aquel momento vender era indudablemente el paso que evidentemente seguía, en una parte de mi sentir al andar seguía haciendo faltaba algo que no guiará-

acompañará en la medida en la que avanzábamos, es este pensamiento en tensión el que me ha motivado a llevar a cabo esta investigación. Pues, después de varios momentos -experiencias- considero importante colocarme frente a la realidad que está dándose en Onergia para reconocer, preservar y conservar la chispa que detonó este proceso colectivo (Aguilar & Rátiva Gaona, La Chispa de la Vida, 2022).

1.3 La voz de quienes conformamos la cooperativa

Esta chispa no es desencarnada, proviene de la energía de los cuerpos que habitan las subjetividades de Onergia. Pues, somos más que socios, socias y trabajadores, y este proceso ha podido llevarse a cabo gracias al compromiso y a la voluntad de quienes tejemos este espacio. Por lo que, es de suma importancia poder nombrar y presentar a las personas que hacemos parte de este proceso.

Conocí a los primeros compañeros en 2015 en la CAPU (Central Camionera de Puebla), nos encontramos ahí para viajar por primera vez a Cuetzalan, sin saberlo, íbamos a hacer el levantamiento técnico de nuestro primer proyecto de aprovechamiento de energía solar. Aquel día, me presentaron a Antoni y a Orlando, ambos estudiantes de último semestre de la Universidad Tecnológica de Puebla (UTP) con quienes poco tiempo después arrancamos Onergia.

Antoni es un hombre oaxaqueño del Istmo de Tehuantepec de 31 años. Llegó a Puebla en el 2015 para culminar sus estudios en ingenierías en energía renovables, desde que terminó la carrera se ha dedicado al ramo eléctrico y de las energías renovables. En Onergia se ha dedicado a la gestión de proyectos, de 2019 a 2021 coordinó el área de tecnología e investigación y de 2022 a la fecha es el presidente del consejo de administración. Antoni es una persona muy paciente y alegre, de él he aprendido a estar tranquila para hacer frente a los problemas, también aprendí que los lunes son de canciones de Luis Miguel en la cooperativa.

Orlando tiene 30 años, es un hombre de Chihuahua que llegó a Puebla en 2013 para continuar sus estudios en energías renovables y por la inquietud de conocer la vida en el centro y el sur del país. Se ha desenvuelto en el ramo del diseño, instalación y gestión de proyectos de energía solar en todas sus aplicaciones y como educador en temas de energía. En Onergia, asumió el cargo de presidente del consejo de administración en el primer año, ha sido gestor de proyectos técnicos, de innovación y educativos, y de 2022 a la fecha es el coordinador del área de tecnología e innovación. De Orlando, he podido aprender muchas técnicas de educación

en temas técnicos y en su momento hemos podido construir técnicas de educación popular muy divertidas para enseñar temas muy técnicos.

Al poco tiempo después nuestro compañero Eduardo, quien fue nuestro asesor para la elaboración del plan de negocios y después solicitó incorporarse al equipo oficialmente. Eduardo tiene 35 años y nació en Guadalajara, estudió la Maestría en Desarrollo Económico y Cooperación Internacional y el Doctorado en Economía Política del Desarrollo en la BUAP, razón por la cual llegó a Puebla en 2015. En Onergia se desarrolló como coordinador de la comisión de educación, la cual poco tiempo después se transformó en el área de Educación e Investigación; asumió el cargo de tesorero en el consejo de administración en el periodo de 2018 a 2020 y de 2019 a 2020 fungió como el coordinador del área de Administración y Contabilidad. Actualmente se encuentra de baja temporal por cuestiones personales.

En 2018 se incorporó Sandra. Ella es madre, socióloga y activista social colombiana, actualmente tiene 36 años y llegó a Puebla 2016 para estudiar la maestría en sociología en la BUAP, desde que llegó a la asamblea nos hizo cuestionamientos importantes que nos hicieron entrar en tensión en algunos temas como, por ejemplo, el autocuidado colectivo. Su compañía me ayudó a resignificar las relaciones de trabajo entre mujeres. Ella es una persona que se despierta muy temprano a trabajar, pero no sin antes prepararse un buen café, le encanta moverse en bicicleta y le gustan los gatos. En Onergia ha formado parte del equipo de educación e investigación de 2018 a la fecha y en el periodo de 2019 a 2020 como coordinadora del área de Educación e Investigación.

En un momento en el área de educación tuvimos la intención de innovar en un taller en donde los participantes pudieran armar un artefacto que funcionara con un panel solar pequeño, con lo que nos dimos cuenta que necesitábamos de una persona que supiera de electrónica y así fue como Antonio llegó, al principio era colaborador del área de educación y al poco tiempo, después de participar en varias asambleas solicitó ser parte de la misma como socio-trabajador. Antonio es una persona que también nos ha hecho preguntas importantes como sobre el valor de nuestro trabajo, también es quien repara nuestras computadoras y otros aparatos electrónicos. Es una persona dispuesta para ayudar a otras y si el día tuviera más horas estaría en más cooperativas, porque, aunque él llegó al cooperativismo, sin entenderlo, él siente y piensa que se pueden crear otras formas de organizaciones. Antonio ha sido coordinador del área de educación e investigación y de 2021 a la fecha es el tesorero y el coordinador del área de administración y contabilidad.

La labor de ventas es algo que desde los inicios no se nos ha dado bien, todos hemos pasado por esta área en la cooperativa y en algún momento intentamos contratar a personas para que nos apoyaran. Así es como Juliana llegó a Onergia, recuerdo que Antoni, Orlando y yo la entrevistamos para apoyar en el área de ventas, a las pocas semanas era evidente que era una buena candidata para ser socia-trabajadora, pues era buena en la toma de decisiones y participando en la asamblea. Juliana tiene 35 años es una antropóloga y socióloga colombiana; llegó a Puebla en 2016 para estudiar la maestría en sociología en la BUAP; para ella el día comienza en la noche, por lo que, las jornadas matutinas le cuestan un poco de trabajo, le gustan los gatos, salir de fiesta y los juegos de mesa. En Onergia estuvo en el área de ventas como coordinadora de 2019 a 2022 y actualmente es gestora de proyectos en el área de educación e investigación.

Casi al mismo tiempo que Juliana llegó, tuvimos la oportunidad de recibir practicantes de la UTP y, después de varias entrevistas llegó Alejandro a través de este programa. Cuando nos tocaba entrevistar a prospectos para prácticas profesionales o colaboradores, iniciamos preguntando si sabían que es una cooperativa, hasta la fecha la mayoría contesta que no. En aquella ocasión Alejandro, resultó que sí sabía, pues antes ya había estado en una cooperativa de panaderos y en otras colectivas. Actualmente tiene 30 años y es papá, él es una persona que es muy relajada y dispuesta a aprender y participar en las diversas actividades de la cooperativa; le gusta mucho el pulque, los gatos y perros, y jugar juegos de mesa. Él ha sido gestor de proyectos en el área técnica de 2020 a 2021, actualmente se encuentra de baja temporal por asuntos personales.

Ser parte de un colectivo que tiene como propósito el trabajo digno para la reproducción de una vida digna, implica estar en un proceso que tiene sus propios ritmos los cuales a veces son diversos a los del capitalismo en donde nuestras vidas están insertas. Esto se ha traducido en tener que ser conscientes sobre la posibilidad de asumir los impactos de este desfase, los cuales se abordarán más adelante. Sin embargo, esto ha hecho que algunos compañeros ya no sean parte de este proceso; como Yeni, Javier, Laura y Rubén compañeras y compañeros que formaron parte del equipo de la asamblea y aportaron saberes, ideas y trabajo en diversos momentos del camino. Por último, en el equipo también han pasado compañeras y compañeros bajo otras formas de participación como: colaboradores, practicantes y trabajadores.

Si bien la dimensión económica es un tema importante dentro de este proceso, hablaré sobre ello más a detalle en los siguientes capítulos. Ya que mi intención ahora es contar cómo se ha dado el proceso de conformación del espacio colectivo. Ya que cuando comenzamos a conformar Onergia éramos tan sólo tres personas, muy diferentes entre sí en cuanto contextos, gustos, formas de ver la vida, entre otras cosas. Personalmente en aquel momento jamás me pregunté si las personas con las que estaba por iniciar una nueva etapa de mi vida tenían algún tipo de afinidad; aunque ahora lo hago.

Sin embargo, en el fondo existían comunes que se encontraban invisibilizados como los malestares consecuentes del trabajo precarizado y al mismo tiempo la intención de encontrar otras formas de trabajo que nos permitieran satisfacer otras necesidades más allá de las básicas, como cooperar, defender y compartir.

Onergia se fue formando a partir de los procesos de autocrítica que fueron de lo individual a lo colectivo; de la misma manera nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos (Pablo Neruda); pues el proceso de autocrítica colectiva ha permeado nuestras vidas. La subjetividad es siempre intersubjetividad; en lo individual están expresándose otras subjetividades; como lo planteó Bajtin en sus conceptos de polifonía y dialogismo, cuando alguien habla están presentes muchas voces (Alfonso, 2006).

En gran medida el proceso de conformación de la cooperativa se ha podido dar gracias a las experiencias previas con la que contamos todas y todos, con lo que se ha visto enriquecida a partir de la conjugación de saberes, experiencias y miradas diversas. En ese sentido, ha sido importante identificar a la cooperativa como un espacio de encuentro y acompañamiento en una ciudad en donde la mayoría no tenía una red de apoyo. Por lo que, durante los primeros años cuando hacíamos trabajo desde casa; las asambleas eran ese espacio de encuentro que nos permitía entretener nuestras reflexiones y dar paso a la subjetividad colectiva.

Para esta sistematización de experiencias se asumirá la subjetividad como una categoría de mayor potencial analítico y emancipador que otras, como conciencia o identidad (Torres, 2006). Pues se busca identificar la configuración de la subjetividad colectiva de Onergia para crear una memoria común que se convierta en la guía para alcanzar y conservar los horizontes posibles que queremos y que están dándose.

Retomando la idea de la Asamblea como un espacio importante de encuentro de las subjetividades; es importante reconocer que desde el cooperativismo existe otra comprensión

de ésta, entendida como un ámbito conformado por las y los socios trabajadores que, además tiene como propósito preservar e impulsar el trabajo autogestivo de nuestra organización en sus distintas áreas y dimensiones. Así mismo, es donde las voces de todas y todos hacen eco. Las sesiones que dan lugar a la Asamblea no se han dado de la misma manera, pues cada año de acuerdo al plan de trabajo y los proyectos se ha tenido que ajustar su configuración; por ejemplo, la duración y periodicidad, en algunos momentos hemos tenido asambleas una vez a la semana, cada quince días, cada mes e incluso ha habido un momento en donde dicho espacio ha entrado en una suerte de receso.

En términos de lo que dice La Ley General de Sociedades Cooperativas, se reconoce a la Asamblea como el orden máximo de gobierno, por lo que, para constituir legalmente una cooperativa se debe llevar a cabo una asamblea constitutiva, momento en el que se conforman los consejos de administración, de vigilancia, y las comisiones de apoyo. Aunado a esto, el marco regulatorio marca como momentos importantes para las cooperativas, las asambleas generales; ordinarias, se celebran una vez al año dentro del mes de diciembre y, extraordinarias, las cuales se pueden llevar a cabo cada que las circunstancias lo requieran (Aguilar, Colaboramos. Manual sobre cooperativas, 2021).

El recuerdo más significativo que tengo sobre la palabra Asamblea, está asociado a la Asamblea de Defensa del Territorio de los Pueblos Maseual, Tutunaku y Mestizo. Para la región de la Sierra Nororiental de Puebla, la Asamblea no sólo es un espacio donde pueden llegar a converger cerca de cinco mil personas para tomar decisiones en torno al territorio; también es una forma de pensar en colectivo y encontrar las maneras más adecuadas de resolver las necesidades familiares y comunitarias (Tosepan, 2021), esto dio paso a que la Asamblea se renombrara como la Asamblea por la Construcción de los Planes de Vida de Pueblos Maseual, Tutunaku y Mestizo.

En las cooperativas, el consejo de administración está conformado por un presidente, un secretario y un tesorero, cada uno de estos cargos tiene una responsabilidad y un rol que asumir y se renuevan cada cuatro años. La única restricción para formar parte de este consejo aplica para el cargo de presidente, quien no debe estar a cargo de alguna de las coordinaciones, técnico, educación, ventas o administración. Por otro lado, en cada reunión se recaban los elementos más importantes de la discusión y los acuerdos en una minuta, la cual es la herramienta más importante, pues ésta no sólo contiene los elementos principales de nuestro trabajo, también resguarda reflexiones, sentimientos y experiencias, y en su conjunto éstas son

la evidencia de un dar lugar a los rasgos más característicos de nuestros sentidos de pertenencia en Onergia.

Para nosotras y nosotros, la Asamblea se ha convertido en uno de nuestros espacios más importantes, ya que, es aquí donde las subjetividades se transforman. Hemos tenido diversos momentos de configuración, como el *proceso de formación interna en Principios Cooperativos, Soberanía Energética, Feminismo; círculos de autocuidado colectivo, terapia colectiva; sesiones de juegos de mesa, entre otros momentos*. Sin embargo, después de casi siete años, ha sido complicado recoger las reflexiones más importantes en torno a dichos momentos, pues, aunque es lo que da lugar al sujeto colectivo, recuperar nuestra experiencia es una tarea que puede estar atravesada por nuestra capacidad de construcción; ya que en la cotidianidad del ser-hacer cooperativa existe una diversidad de quehaceres de los cuales en ocasiones no nos damos abasto como equipo.

Por otro lado, al no contar con una memoria que vaya dando cuenta de la construcción de este proceso autogestivo, se han detonado dos sentires colectivos; por un lado, el sentimiento de insatisfacción de haber recorrido un camino de seis años con tantos obstáculos, sin haber logrado una retribución justa por nuestro trabajo; por otro lado, la ausencia de “algo” que nos permita seguir avanzando y a su vez que oriente nuestro andar a través de mejorar el andar – praxis-.

En este sentido, como se ha mencionado antes la sistematización de experiencias abordará el proceso de construcción de la Asamblea de 2017 a 2023, entendida como una subjetividad colectiva que ha ido construyendo una configuración con rasgos particulares y que a partir de una serie de factores que dan lugar a los sentidos de pertenencia, dan lugar a las formas en las que se auto gestionamos el trabajo.

El objetivo de esta sistematización es el de recuperar aprendizajes de las experiencias de la asamblea, para darles la potencialidad como detonantes clave para fortalecer nuestros sentidos de pertenencia y la praxis transformadora.

Ejes

Eje general: La configuración subjetiva de Onergia

En esta investigación se recupera la idea de configuración subjetiva, de acuerdo a lo que propone Hugo Zemelman, “como una categoría de mayor potencial analítico y emancipador que otras, como conciencia e identidad” (Zemelman, 2006, p.8).

“el conjunto de condiciones por las que instancias individuales o colectivas son capaces de emerger como territorio existencial sui referencial, en adyacencia o en relación con una alteridad, a la vez subjetiva” (Guattari, 1996, p.42).

La categoría de subjetividad nos remite a un conjunto de instancias y procesos de producción de sentido, a través de las cuales los individuos y los colectivos sociales construyen y actúan sobre la realidad, a la vez que son constituidos como tales (Torres, 2000, p.8).

Considero que hay una -chispa- que nos ha sostenido a lo largo de nuestro andar, que se fortalece o se desvanece en la medida que ciertos factores se van configurando de una manera transformadora, tal cual como la energía en sí misma. Estos factores sinérgicos como los llama Oscar Jara nos permiten comprender la experiencia desde las interacciones más profundas, que a mi parecer en nuestro proceso existen en la cotidianidad de la vida colectiva en prácticas que a veces nos podrían parecer como ordinarias; como: una charla, una sesión de formación o una sesión de asamblea.

En ese sentido, para esta sistematización de experiencias se retoma de Jara el siguiente significado de factores sinérgicos: factores que tienen la característica de dinamizar a otros y que pueden imprimir sentido y proyección a otros elementos que tienen sus energías en reposo bajo la forma de potencialidades.

- **Armónicos:**

Prácticas que han generado algún tipo de perturbación en el proceso colectivo, que pueden ir desde lo individual o lo colectivo y que se tiene que cambiar para poder imaginar horizontes posibles.

Preguntas:

- *¿Cuáles son las prácticas que en ciertos momentos han visibilizado las dificultades de imaginar horizontes de lo posible?*

- **Azimuth:** Lo que ya somos, lo que ya hacemos.

Prácticas que guardan saberes cruciales para trazar o ubicarnos en el terreno de lo posible de Onergia y que nos permiten seguir el rumbo desde la autogestión colectiva.

Pregunta:

- *¿Qué prácticas fortalecen nuestra -chispa-?*
- *¿Qué prácticas se pueden considerar fundamentales para la autogestión colectiva en Onergia?*

A partir de lo anterior, se revisó la información de las minutas y de los medios de comunicación internos como los grupos de chat en Telegram en donde se identificaron citas textuales que hacen referencia a reflexiones y prácticas que configuran a la subjetividad colectiva. Es importante señalar, que se ha tomado distancia de algunos aspectos que propone Oscar Jara como definir es contar con registros que documenten las experiencias a sistematizar y que hayan sido elaborados al calor de las circunstancias, conforme se van realizando las acciones (Jara, 2018). Pues, algo que resalto al momento de revisar las minutas, es que estas en su mayoría contienen información procedimental sobre la cooperativa.

En donde he encontrado mayor información es en los mensajes de texto de los grupos que tenemos en la aplicación de Telegram. Ya que, nuestros espacios de interacción en su mayoría pasan por la virtualidad, debido a que uno de los rasgos de nuestra forma de trabajo es poder trabajar de manera remota. Nuestros medios de comunicación están conformados por grupos con la siguiente clasificación: la Asamblea; el consejo de administración; el área de educación; el área técnica y comunicación informal.

Entre los recursos tangibles que pueden constituir los archivos de los colectivos podemos encontrar formulaciones de proyectos, diseños metodológicos, álbumes fotográficos, registros audiovisuales, publicaciones de libros y cartillas, folletos, afiches, calendarios. Pero la dificultad común de los colectivos se centra en la dispersión de los materiales, y en la ausencia de una política clara de organización, clasificación, preservación y utilización de los mismos (Agudelo et al., 2020, p. 31).

Nuestro lugar de enunciación

Desde el comienzo de este proceso colectivo una de las decisiones más importantes y difíciles de tomar, ya que fue un tema de discusión recurrente, fue la elección del nombre y la identidad gráfica que nos representaría. Primero, pensamos como queríamos nombrar y

partimos de ideas que cada quien traía de otras experiencias. Nuestras primeras ideas de palabras estuvieron relacionadas con conceptos en torno a la energía como ión, luz, electrón, entre otras. Por otro lado, uno de nosotres ya había trabajado en un logo para una idea en la que se incluía la palabra “ON” por lo que fue una palabra que salió varias veces a discusión y al final decidimos elegir como una parte de lo que sería el nombre.

Aquellas sesiones de plática y discusiones amenas, sin saberlo fueron nuestras primeras asambleas. La palabra “ON” no parecía que podría asociarse rápidamente a nuestro quehacer que en aquel momento sólo nos lo imaginábamos en torno a la instalación de sistemas fotovoltaicos. Sin embargo, también queríamos que nuestro nombre se asociará a una energía que está en relación con la naturaleza y las personas. Así que pensamos en: Luz Orgánica, como una manera de representar nuestra intención de proponer una manera distinta de hacer las cosas en el ámbito fotovoltaico.

Conforme nuestro proceso fue andando y las necesidades del mismo fueron surgiendo, nos encontramos con la complejidad de poder registrar el nombre ante el Instituto Nacional de la Propiedad Intelectual (INPI), ya que el nombre estaba conformado por tres palabras, todas de uso común. Por lo que, tuvimos que volver a pensar en otros nombres, esta vez a intentando construir una nueva palabra de la unión del primer nombre, con lo que surgieron propuestas como “Luzón”, “Organa”, “Coop-on”, Onluzcoop” y “O+N”. Al final, tuvimos que buscar a las personas que nos apoyaron con la identidad gráfica para que nos propusieran otras opciones a partir de aprovechar el logo que ya teníamos en donde la palabra “On” destacaba. Así nuestros colaboradores en identidad gráfica nos propusieron “Onergia” como una conjugación de “On”, sinergia y energía.

Recuerdo a Onergia como un espacio para hacer base y hacer común con personas con las cuales jamás me habría pensado relacionar, pues todos hemos recorrido caminos desde lugares de origen muy lejanos entre sí, pues somos de diversos lugares como Colombia, Chihuahua, Chiapas, Oaxaca, Estado de México y Jalisco, aunque fue en Puebla en donde todo comenzó. Curiosamente todos hemos pasado por Puebla ya que decidimos estudiar algún grado de estudio. Por lo que, de manera individual muchas de nuestras redes de apoyo no han estado cerca a nivel territorial. Así que, Onergia se ha sentido como una comunidad, pues se ha construido desde la necesidad del sentido de pertenencia, retomando a Max-Neef quien en su libro *“Desarrollo a escala humana”*, identifica nueve categorías de necesidades humanas

fundamentales una de estas enfocada en la identidad, conformada por la autoestima, el reconocimiento cultural y el sentido de pertenencia.

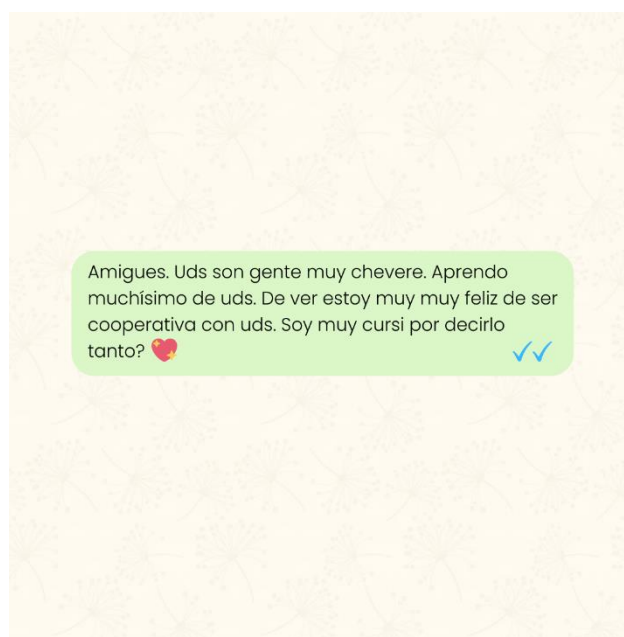


Ilustración 1 Mensaje de texto en Telegram, grupo asamblea

Ser cooperativa y hacer cooperativismo en un contexto urbano es parte de la configuración subjetiva de Onergia. Pues, aunque este proceso está inspirado en las luchas y resistencias de la Sierra Nororiental de Puebla y en sus formas de vida; nuestro proceso intenta hacer raíz entre el concreto y el pavimento de una ciudad; en donde se presentan una serie de dinámicas de fragmentación y alienación que dificultan y cercenan las consideraciones de posibilidad de la producción de lo común (Navarro Trujillo, 2016, p. 31). Esto agudizó la percepción de carencias en torno a la identidad, pues en su mayoría todos éramos foráneos.

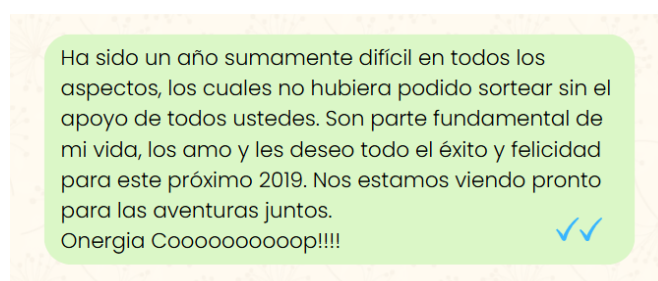


Ilustración 2 Mensaje de texto en Telegram, grupo asamblea

1.4 Recuperación Histórica Colectiva

1.4.1 Primera Etapa: Conformación de la asamblea

La primera etapa identificada dentro del camino que hemos construido en Onergia comprende una temporalidad de 2017 a 2019. En estos primeros años se logró conformar a la asamblea desde diferentes aspectos como: la identidad gráfica; capital social; integrantes y posicionamiento político. Un rasgo característico de nuestro proceso de conformación ha sido la manera en que hemos construido un capital social inconmensurable, pues no sólo ha pasado por las aportaciones monetarias. Uno de nuestros primeros acuerdos de armonización ha sido aceptar el trabajo como la principal forma de contribución para ser socias y socios trabajadores.

En ese sentido, los principales retos que salieron a luz en esta etapa, que prevalecen en la actualidad, son la autogestión colectiva y la remuneración justa del trabajo. Por lo que en su momento se acordó procurar cada cierto tiempo hacer una rotación del trabajo. El trabajo en Onergia se ha gestionado en dos ámbitos, por un lado, está el trabajo más asambleísta en donde se asumen cargos que posibilitan a la asamblea como un espacio de construcción colectiva; por otro lado, está el trabajo productivo, el cual ha girado en torno a las unidades productivas: el área de tecnología e innovación y el área de educación e investigación; también se propusieron áreas de apoyo como la de ventas y administración.

Es en este contexto de trabajo y autogestión colectiva es que identificaron los siguientes factores sinérgicos en la sistematización de experiencias:

Azimuth

Un rasgo característico de esta etapa son los procesos de formación que diseñamos para sobrepasar los primeros retos, estos se llevaron a cabo en distintos temas encaminados en la conformación de nuestra estructura interna.

- Proceso de formación sobre el plan de negocios.
 - El propósito de esta formación fue el de adquirir las herramientas necesarias para construir el plan de negocios con enfoque en la economía social y solidaria.
- Proceso de formación en principios cooperativistas.

- El propósito de esta formación fue comprender cómo se practican los valores cooperativos internacionales para la conformación de los consejos de administración y vigilancia.
- Proceso de formación en soberanía energética
 - El propósito de esta formación fue adquirir conocimientos en torno a la soberanía energética para fortalecer los procesos de defensa del territorio y nuestro posicionamiento político.
- Programa de formación sobre bases constitutivas

Los procesos de formación se llevaron a cabo de manera autogestiva, cada proceso los impartía alguno de nosotros según la experiencia y el área de conocimiento. Cada programa de formación era asumido en las asambleas como una responsabilidad vital para la construcción de nuestra cooperativa. Aquí estos procesos de formación fungieron como una base de construcción colectiva de elementos esenciales para dar claridad en la cotidianidad a la autogestión colectiva.

1.4.2 Segunda Etapa: El autocuidado colectivo como articulador de la asamblea

La segunda etapa identificada en la sistematización de experiencias se ubica entre el 2019 y el 2021. En el primer año de esta etapa se arrancó con dos fuertes anhelos; el primero, poder constituir la cooperativa para lograr una estabilidad financiera; y el segundo, contar con espacio físico, pues en los primeros años nos reunimos en nuestras casas y en algunas ocasiones en el Centro de Estudios para el Desarrollo Económico y Social (CEDES) y conforme el tiempo pasó la necesidad de contar con un espacio se presentó, sobre todo con la posibilidad de poder aprovechar los programas de prácticas profesionales o servicio social de algunas universidades, para fortalecimiento de nuestra capacidad instalada.

Contar con un espacio físico posibilitó la transformación de una cotidianidad esporádica a una más constante, que a su vez detonó otros espacios y prácticas colectivas. Por ejemplo, nos posibilitó tener un almacén, poder recibir a clientes y proveedores físicamente y dio claridad a las jornadas laborales de tiempo completo. Sin embargo, esto dio paso a un incremento de nuestros gastos fijos, pues ahora además de sueldos teníamos que lograr ingresos para cubrir la renta del espacio y los servicios de este.

Azimut

En esta etapa se identificaron las siguientes prácticas como un elemento diferenciador:

- Círculos de autocuidado colectivo.
 - Eran espacios en donde a partir de la palabra compartida, nos permitimos contarnos cómo estábamos y cómo nos sentíamos en la cooperativa y en la vida fuera de esta, cada cierto tiempo.
- Sesiones de juegos de mesa cooperativos.
 - Cada cierto tiempo apartamos un espacio dentro del horario de la cooperativa para jugar juegos de mesa cooperativos como coopolis, un juego sobre cooperativas.
- Apoyo mutuo colectivo.
 - Aquellas prácticas que han venido de iniciativa propia de cada una de las personas que integramos Onergia para resolver un problema colectivo.

Armónico

- Pérdida de la asamblea.

En esta etapa tuvimos una pérdida considerable de espacios colectivos, en gran parte por la pandemia de COVID, que agudizó la crisis financiera y la forma de vida individualizada. En ese contexto, la venta de servicios de sistemas fotovoltaicos se vio afectada por la medida de preventivas, pues, aunque muchas actividades productivas se podían hacer de forma virtual, la instalación de paneles solares es imposible. Esto generó un sentimiento de incertidumbre económica colectiva que, en conjugación con conflictos personales internos y la división del trabajo por áreas, generaron que la comunicación de la asamblea se distorsionara, detonando un periodo de pérdida de asambleas.

Estimads,

fue muy buena la sesión de hoy, creo que hacen falta mucho estos espacios; de hecho, el espacios de la mañana me hizo reconocer que no estoy nada comodo con la cooperativa en este momento, no me siento parte del equipo, no me siento agusto con ciertos compañers, ni sé tampoco cómo comunicarme -ni tengo capacidad de hacerlo- de una manera donde no salgan molestos como a Juliana por "exhibir" comportamientos que yo repruebo o me reclamen como lo hizo Sandra, diciéndome que no era el espacio cuando yo pensaba que sí era el espacio.

Entonces como me encuentro sumamente dislocado y fuera de la lógica de trabajo, además de una incapacidad personal en este momento de ponerme al corriente, solicito separación (todavía no sé si temporal o definitiva) para poner mis cosas en orden y evaluar las cosas. Eso no significa que dejaré el trabajo inmediatamente, me responsabilizo del área hasta que tengamos posibilidad de contar con auxiliar de admin. y de ahí enseñarle todo el manejo para que pueda desempeñar las actividades.

Un abrazo compañers.



Ilustración 3 Mensaje de texto en Telegram, grupo asamblea

Gente, hemos pagado la quincena de abril según el plan de contingencia (pagos a plantilla reducida) y como he estado advirtiéndolo desde hace algún tiempo, la estructura de ingresos de la cooperativa es mala este mensaje es para señalar que al día de hoy tenemos una carga de costos mucho más grande que los ingresos y en términos técnicos económico-financieros, es ya insostenible. Históricamente, de tener una racha de ingresos más o menos constantes pasamos tener ventas esporádicas, cabe señalar que este escenario se había solventado por la red de apoyos de la cooperativa (ej. la rifa, los préstamos personales, dejar de pagar nóminas, reducción de adelantos, uso de las reservas); hoy esto se ha agotado, desde mi punto de vista, ni volviendo a poner en marcha estos mecanismos podríamos hacer frente a las obligaciones que la cooperativa ha contraído. Se los escribo de la manera más profesional, franca y ética posible: el tiempo que tuvimos para solventar los problemas financieros de la cooperativa se nos ha acabado.

A menos que suceda el cierre de contratos en el corto plazo para ocupar a toda la capacidad instalada de la cooperativa, digamos en el siguiente mes como máximo, de ahora en adelante solamente comenzaremos a contraer deudas.



Ilustración 4 Mensaje de texto en Telegram, grupo asamblea

1.4.3 Tercera Etapa: Incertidumbre subjetiva colectiva

Armónico

- Deuda con el SAT.

La tercera etapa identificada comprende del 2022 al 2023 en estos años se llegó a una participación mínima de la asamblea y de las unidades productivas; en términos de estrategias acordamos hacer un decrecimiento de capacidad instalada y de gastos. Por lo que, dejamos de rentar el espacio colectivo y la mayoría de los que recibíamos un ingreso de parte de la cooperativa tuvimos que considerar otras opciones de ingresos como buscar trabajo o aplicar a una beca. Aunado a esto llegó una deuda con el SAT resultado de una mala contabilidad por parte de la persona que estaba a cargo de esta área que era un servicio externo, esta deuda era imposible liquidar e identificamos una serie de errores en el acta constitutiva que no nos permitían darla de alta en el registro de la propiedad pública y esto nos generaba problemas para participar en ciertos proyectos.

Azimut

- Sesión de formación interna sobre la misión y visión colectiva.
Sesiones de formación para actualizar nuestra misión y visión colectiva a partir de nuestras misiones y visiones individuales.
- Apertura a espacios formativos exclusivo para mujeres
Espacios de apropiación de saberes y reflexión para mujeres en torno a la energía.
- Terapia colectiva.

Por otro lado, en 2023 tomamos la decisión de buscar ayuda externa para resolver una serie de conflictos internos que escapaban de nuestras habilidades autogestivas para superarlos, así que buscamos apoyo de una colectiva de psicólogas.

1.5 Las vicisitudes de la autogestión colectiva

Uno de nuestros juegos de mesa favoritos se llama “Coopolis”, este juego fue diseñado por una cooperativa de trabajo argentina que se llama Factorial¹. Recuerdo que logramos conseguirlo a través de amigos que viajaron a Argentina; y la primera vez que lo jugamos nos - ¡explotó la cabeza! -, ya que sentimos que era un juego salido de nuestra propia experiencia. El objetivo del juego consiste en fundar una cooperativa, en donde sus trabajadores se desarrollen como individuos y generen una economía cooperativa en su comunidad. Se gana cuando se logran ganar los suficientes puntos para fundar una segunda cooperativa en la comunidad y a su vez, los puntos se logran cumpliendo los retos de las cartas de trabajo. Sin embargo, al ser un juego también se puede perder y esto sucederá cuando la cooperativa o alguno de los jugadores se vaya a la quiebra.

En coopolis, en cada ronda de juego hay que tomar decisiones en consenso para poder avanzar; por ejemplo, debemos decidir cuánto nos vamos a pagar por nuestro trabajo o debemos decidir si invertimos en seguridad social o educación, a partir del capital social (puntos) que se vayan ganando y acumulando. En otras experiencias que hemos tenido con personas que no conocen este tipo de juegos de mesa cooperativos, se vuelve un tanto complejo, pues la autogestión colectiva, en estos tiempos ya no suele ser tan intuitiva y el juego trata de eso. Nosotres, desde la primera vez que lo jugamos, logramos ganar y eso nos dejó entre ver que había ya una especie de sentido común de ser cooperativa.

La autogestión colectiva, si bien no es un término que haga parte de nuestro lenguaje común en Onergia, la retomo para poder andar en el terreno de contradicciones en el que existimos al impulsar un modelo de este tipo. Pues, la característica distintiva entre una cooperativa y otro tipo de emprendimientos, radica en que su principal capital político y simbólico, es su modo colectivo de gestión (Ruggeri, Wertheimer, Galeazzi, & García, 2012).

Es imposible desarrollar un proceso autogestionario sin la influencia del mercado capitalista en que la empresa debe operar. El desafío es preservar y desarrollar relaciones económicas autogestionarias inclusive cuando el producto del proceso deba atenerse a las reglas de competencia en el mercado (Ruggeri, Wertheimer, Galeazzi, & García, 2012, p.12).

¹ Factorial es una Cooperativa de Trabajo en Argentina que se dedica a brindar servicios profesionales especializados para cooperativas, grupos pre-cooperativos, pymes y emprendimientos productivos de la economía popular, social y solidaria. Una de sus áreas está dedicada al desarrollo de juegos de mesa cooperativos como herramientas lúdicas para fortalecer la formación de capacidades.

Esto da pie a una constante tensión, entre sacar a flote un modelo de autogestión colectiva y sólo conformar una cooperativa como un mero requisito. Al mismo, en el que se juega con las reglas de un sistema económico capitalista; que busca la individualización y la mercantilización de las relaciones; para poder tener acceso a un trabajo digno. El reto se va transformando y no sólo consiste en obtener ganancias y distribuirlas; sino en construir y cuidar un sujeto político que nos permita recuperar, imaginar, preservar y encontrar esos lugares de lo posibles que necesitamos con tanta urgencia en estos momentos.

Sin embargo, las tensiones generan desgaste en nuestro entramado social y en nuestros cuerpos, que se traducen en alteraciones en nuestra armonización -modelo de autogestión colectiva- y dan como resultado una enajenación colectiva de este sujeto político.

A esto se le suman los factores históricos del cooperativismo en México, los cuales ha tenido, por causas históricas diversas, un desarrollo menor en términos de fomento educativo, legislativo, público y tecnológico a diferencia del sector privado cuyo desarrollo ha sido históricamente alto. Así pues, la tasa de ganancia del capital cooperativo es marginal frente a los capitales privados dentro de la configuración del sistema de producción capitalista, por tanto, al cooperativismo de producción y consumo se les ha relegado a espacios restringidos y residuales (esto, incluso, aunque puedan ser clasificados como medianas y grandes empresas por el número de trabajadores y la capacidad de producción). Esto importa ya que es con empresas capitalistas del mismo ramo con las que se están compitiendo dentro del mercado capitalista, entonces, desde el inicio de actividades de la cooperativa existe una competencia desigual (Aguilar & Rátiva Gaona, 2022, p.12)

Por lo que, más allá de las cuestiones técnicas que requiere la legalidad cooperativista y la tradición administrativa, el gran problema con la autogestión está en la carencia de un modelo económico definido, que supere la improvisación y las curvas de aprendizajes. La inexperiencia de este modelo no se debe a que los participantes de estos procesos sean ignorantes o les falta formación, sino a que no existe tampoco una teoría de la autogestión colectiva.

Por ello, encuentro en la construcción de la memoria y el conocimiento colectivo, un potencializador para la autogestión colectiva. Pues ésta, no es una norma, sino un proceso, una dinámica, compuesta por diversos factores sinérgicos que están en constante adaptación (Jara, 2018) y que va dando lugar a una configuración subjetiva alterna.

La subjetividad no está circunscrita a un espacio y un tiempo determinados, sino que en ella se condensan diferentes escalas existenciales, espaciales y temporales. Por ejemplo, al abordar lo individual deben reconocerse las diferentes grupalidades, institucionalidades y estructuras sociales que lo constituyen; la subjetividad, como

actualización del pasado, es memoria; como apropiación del presente, es experiencia; y como construcción de posibilidades, es futuro (Zemelman, 2006, p. 94).

La voluntad y el compromiso de participar en Onergia va más allá de sólo asumir trabajo en las unidades productivas. En su máxima expresión es praxis de autogestión colectiva, que consiste en tomar decisiones y asumir tareas para: organizar el trabajo de las unidades productivas; formación y capacitación; remunerar el trabajo de manera justa; comunicación asertiva, efectiva y no violenta; articulación con otras organizaciones; ventas y contabilidad; entre otras.



Esquema 1. Armonización de la Cooperativa Onergia 2019. Fuente: Cooperativa Onergia

Desde los primeros días, el trabajo en Onergia no se ha llevado a cabo de la manera convencional, aun cuando al principio intentamos trabajar como en cualquier empresa. En primer lugar, al no contar con un espacio físico, tuvimos que optar por una modalidad *home office*; sin embargo, aunque nos reunimos virtualmente, las asambleas eran presenciales. Por otro lado, en cuanto a las jornadas se definieron dos, tiempo completo y medio tiempo, cada una con un salario distinto, aunque en realidad nunca hemos contabilizado las horas de trabajo, pues nunca hemos perseguido una lógica productivista.

Por el contrario, hemos intentado sincronizar la armonización de nuestro trabajo con la vida de cada integrante. Desde la autogestión colectiva hemos intentado que el trabajo también se sienta y se viva de una manera distinta, colocándonos en el centro para armonizar el trabajo, lo cual no ha sido fácil.

CAPÍTULO 2. PAISAJES NARRATIVOS QUE CONFIGURAN NUESTRA EXPERIENCIA

"Somos seres narrativos. Damos sentido a nuestras vidas, al mundo en el que vivimos y a la relación con nuestro entorno a través de las historias que construimos sobre todo ello. Individual y colectivamente."
(La Sandía Digital y WITNESS, p. 25)

Este capítulo tiene como objetivo situar la experiencia de nuestra cooperativa dentro del entramado de narrativas que circulan en el campo del cooperativismo y el sector energético en México a partir de una interpretación crítica que permita dar cuenta de la configuración subjetiva de Onergia. Del análisis del contexto en el que surgimos y nos hemos desenvuelto durante ocho años, donde buscamos evidenciar que tanto el discurso del cooperativismo como el de la transición energética están atravesados por vacíos, contradicciones y tensiones que no siempre se visibilizan, pero que influyen directamente en la forma en que las personas construyen su subjetividad y participan en proyectos colectivos.

Aunque las narrativas dominantes del cooperativismo y del sector energético se presentan como rutas de transformación social, en la práctica muchas veces reproducen lógicas patriarcales, jerárquicas y tecnocráticas que obstaculizan la construcción de procesos verdaderamente autogestivos y emancipadores. Estas narrativas, al permear las políticas públicas o modelos replicables, tienden a invisibilizar las complejidades, tensiones y aprendizajes cotidianos que implica sostener un proyecto cooperativo de base.

Este capítulo se estructura en tres bloques: en el primero, se presentan las principales narrativas que circulan en torno al cooperativismo y la energía, y se señala cómo estas se cruzan. En el segundo bloque, se analiza nuestra experiencia vivida como colectivo: cómo se configuran nuestras subjetividades a partir de la autogestión, el trabajo compartido, los cruces entre saberes y las tensiones internas. En el tercero, se exploran las narrativas resultado de nuestro andar con otros procesos colectivos y cómo estas han influido en la configuración subjetiva de Onergia dando luces a nuestra forma de organizarnos. Con esto, abrimos paso a una interpretación crítica que permita identificar claves útiles para otras personas que, como nosotras, apuestan por construir alternativas desde lo común.

2.1 Narrativas dominantes cooperativismo - energía

Con el paso del tiempo, el trabajo como educadores populares nos ha permitido identificar que existe un paisaje narrativo, el cual dependiendo de los discursos que promueva validara proyectos de muerte o proyectos de vida. En este sentido, la colectiva feminista audiovisual La Sandía Digital nos dice que las narrativas se entienden como estructuras o modelos que usamos para contar historias.

Estas estructuras narrativas suelen contener temas, personajes que se inter-relacionan mediante hechos y sucesos, visiones diferentes del mundo que dan forma a un argumento, a una explicación del mundo o a una consecuencia final. (La Sandía Digital y WITNESS, año: 25)

Las narrativas son parte de la fuente de energía que da lugar a los relatos que decidimos construir y en conjunto con la energía del cuerpo detonan nuestra praxis, y nuestras experiencias, por lo tanto, en el flujo energético encontramos un sinnúmero de palabras con significados, y las palabras pueden construir las mundas y los horizontes posibles que queremos. En un mundo construido y constituido por palabras, existe una relación entre la vida y las narrativas (La Sandía Digital y WITNESS, p. 25).

Por tanto, las narrativas, dan forma y sentido a los sujetos colectivos y para las colectivas que estamos en proceso de dignificación de la vida, hay que tener claridad de los mensajes que queremos reproducir y que abrazan la misión y visión colectiva. Desde la comunicación estratégica, existen herramientas que permiten identificar: las narrativas dominantes y hegemónicas –lo que se dice desde el poder-; las narrativas contrahegemónicas –lo que ya se dice desde las resistencias- y las narrativas desde la dignidad (La Sandía Digital y WITNESS).

Como cooperativa de energías alternativas, uno de los retos es lograr construir un posicionamiento político que ponga sobre la mesa una narrativa alterna, en nuestro caso, desde tres grandes ejes, el cooperativismo, la energía y el trabajo autogestivo, frente a un contexto en el que, hasta apenas hace algunos años, se comenzó a discutir sobre cooperativismo dentro del sector energético como una alternativa de transición energética que busca otros modelos de gestión de la matriz energética².

Pero, ¿por qué hablar de narrativas desde las cooperativas de energías? Habitualmente asumimos que las cooperativas son sólo una forma de gestionar una empresa o unidad productiva, sin embargo, no solo se trata sobre quienes asumen la gestión, de fondo existen un

² La matriz energética es toda la energía disponible para ser transformada, distribuida y consumida en los procesos productivos y de vida.

conjunto de estructuras hegemónicas que se deben transformar para dar paso a verdaderas alternativas de gestión del trabajo, en donde se desmercantilicen las relaciones de vida. Esta estructura hegemónica, no solo se ha logrado inmiscuirse en las cooperativas, también en las más diversas formas organizativas como colectivas independientes, movimientos de resistencia y autónomos.

Las cooperativas constituyen la alternativa empresarial más difundida en el mundo — no la única— y se ha demostrado su efectividad y sustentabilidad; aunque en muchos casos, sin dudas, ello no ocurra... La explotación, marginalización y enajenación inherentes al sistema capitalista crean o agravan problemas que afectan a todos y solo pueden resolverse mediante la acción colectiva. La cooperativa es una de esas herramientas (Cruz Reyes & Piñeiro Harnecker, 2011, p. 37).

Si bien, las cooperativas nacieron como una forma de erradicar la desigualdad en la generación de riquezas a partir del trabajo, ya que las empresas —los medios de producción— pasan a ser propiedad colectiva de las personas que trabajan, por tanto, el valor que se genera es capaz de repartirse de manera justa entre las y los trabajadores (Aguilar, 2011) No escapan de los discursos y las prácticas hegemónicas y patriarcales.

Después de más de 150 años podemos señalar que el cooperativismo ha sido insuficiente para la transformación de la sociedad. Esto es importante ya que en algún punto se consideró que el cooperativismo era un fin en sí mismo, es decir que la sociedad se tendría que convertir en cooperativista sin cambiar la lógica del sistema de producción capitalista. Hoy en día se hace claro que esto no es suficiente (Aguilar, 2021, p.11).

En ese sentido, no sólo debemos ser críticas con el sistema de producción capitalista, también hay que tener en cuenta que las cooperativas a lo largo de la historia se han formado enmarcadas en formas diversas de apropiación del excedente y el patriarcado, lo que da como resultado la constitución de cooperativas sin posicionamiento político y sin horizontes transformadores, pero sobre todo sin sujetos colectivos.

Aunque ha sido un logro importante que los movimientos cooperativos en el mundo, logren proponer políticas públicas en torno a las cooperativas como formas jurídicas, dichas políticas en muchas ocasiones se han utilizado para el beneficio propio de unos cuantos y por el Estado para promover clientelismo y corporativismo (Aguilar, 2021).

En México, La Ley General de Sociedad Cooperativas aprobada en 1994, reconoce a las cooperativas como una forma de organización social basada en los principios de solidaridad, esfuerzo propio y ayuda mutua. Y propone la siguiente clasificación de estas: de consumidores de bienes y/o servicios; de productores de bienes y/o servicios y de ahorro y préstamo. Este

marco regulatorio, tomó como base los principios cooperativistas de Rochdale, quienes son considerados los pioneros del movimiento cooperativista en Europa, desde su fundación en 1844. Fueron una cooperativa con un modelo de distribución de excedentes entre sus asociados, no buscaban el lucro ni la privatización de las ganancias.

Los principios cooperativos han permitido construir otros discursos en torno a las relaciones socio económicas en los centros de trabajo, a diferencia de otras formas de organización, por ejemplo, el principio de control democrático de los socios, un socio, un voto. Por lo que, en México al cooperativismo se le ha reconocido como una herramienta de democratización del país (Ayvar, 2022).

Otro de los principios cooperativos tiene que ver con la autonomía e independencia, el cual hace referencia a que la configuración de estos espacios está en manos de las y los socios, sin importar las relaciones que se den con otras organizaciones y/o el gobierno. Sin embargo, en muchos de los espacios en los que nos movemos las cooperativas, este principio de relación, y específicamente con el Estado, es el que constantemente se encuentra en tensión y disputa.

Lo anterior no es una coincidencia, pues el cooperativismo ha tenido un camino atropellado, por lo que no ha sido un movimiento homogéneo (Aguilar, 2021) que contenga las mismas ideas cooperativistas; esto ha dado como resultado múltiples tipos de cooperativas a lo largo del mundo, según las particularidades de cada contexto y la influencia concreta de cada doctrina (Ayvar, 2022). En México su arraigo se debe en gran medida por la expansión de las ideas del cooperativismo en Europa.

Es importante señalar que en México existen muchas corrientes del cooperativismo, entre ellas, la católica conservadora, por ejemplo, el movimiento sinarquista del bajío que las promueven para mantener las estructuras materiales de comunidad que permitan la reproducción de sus creencias; la católica progresista, que influenciados desde la teología de la liberación procura la organización de las comunidades para la construcción de una vida digna; la socialista, que critica la organización capitalista y entiende al cooperativismo como uno de los caminos para trascender el sistema económico dominante; la indígena, que busca la organización de la comunidad para tener los medios necesarios y resistir los embates de la globalización capitalista, incluso, si es ingresando dentro del mercado; y la anarquista que entiende al cooperativismo como un medio para obtener medios de vida, promover el trabajo mutuo y construir relaciones de reciprocidad horizontales dentro del espacio de trabajo (Aguilar, 2021:47).

Por otro lado, tenemos el caso de las cooperativas en contextos urbanos, las cuales tienen su origen en las agrupaciones de artesanos a finales del siglo XIX, quienes comenzaron

a asociarse ante la posibilidad de competir con las grandes empresas trasnacionales de aquel momento. El movimiento estuvo dirigido por oficiales, maestros de los gremios y propietarios de pequeños talleres, quienes dieron paso a las primeras asociaciones de trabajadores.

A lo largo de este periodo los artesanos de la ciudad de México pasaron de la organización meramente defensiva representada por las sociedades de ayuda mutua, a la acción colectiva, materializada en las huelgas, arribando a la formación de sociedades cooperativas. Éstas, aunque por lo general tuvieron poco éxito, decantaron la experiencia acumulada de esos años, vinculando a los trabajadores asociados con la organización de la producción. Este salto de una concepción de la asociación con fines de socorro a otra encaminada hacia la producción, fue sin duda significativo ya que representó en las esferas económica y social una nueva propuesta para el mundo del trabajo (Illades, 1996, pp. 180-181).

2.1.1 Cruces y desenfoques: qué pasa cuando se intenta hacer cooperativismo energético

En los últimos años, desde distintos sectores institucionales, académicos y sociales se ha impulsado la idea de que el cooperativismo puede ser un vehículo ideal para democratizar el acceso a la energía, especialmente en el contexto de la transición energética. A primera vista, esta articulación parece natural: las cooperativas promueven la autogestión, la participación colectiva y el bien común; la transición energética plantea el cambio hacia fuentes renovables y descentralizadas. Sin embargo, en la práctica, lo que hemos experimentado como cooperativa energética es que este cruce entre dos discursos poderosos —el del cooperativismo y el de la energía renovable— no siempre se traduce en condiciones reales para sostener auténticos procesos transformadores.

Uno de los principales desenfoques que hemos identificado es que tanto el discurso del cooperativismo como el de la energía suelen mantenerse en planos separados. Desde el mundo energético, se mira a las cooperativas como una “figura jurídica útil” para operar proyectos técnicos, pero no se reconocen sus implicaciones organizativas, subjetivas y políticas. Desde el mundo cooperativo, en cambio, muchas veces se desconoce la complejidad técnica, legal y económica que implica insertarse en el sector energético. Esto genera expectativas poco realistas y también frustraciones profundas.

Además, se generan tensiones internas que emergen cuando intentamos combinar estas dos lógicas. Por ejemplo, los principios cooperativos que orientan nuestra organización -como la autonomía, la horizontalidad y la toma de decisiones por consenso- entran en conflicto con las exigencias externas del sector energético, que requiere cumplir plazos, certificaciones,

reportes y estructuras organizativas mucho más jerárquicas y centralizadas. Este choque no es solo estructural, también atraviesa nuestras emociones, nuestros tiempos y nuestras formas de relación.

A esto se suma que muchas veces los marcos legales, las políticas públicas y las instituciones que promueven el cooperativismo energético parten de una visión instrumental: ven a las cooperativas como medios para alcanzar metas de eficiencia o cobertura, pero no como espacios que están intentando construir otros modos de vida. Se despolitiza el cooperativismo y se tecnifica la energía. Como resultado, se vacía de sentido la posibilidad de hacer proyectos que verdaderamente transformen las condiciones de vida en los territorios.

Por eso, para nosotras, hacer cooperativismo energético no ha sido la suma sencilla de dos agendas, sino un proceso complejo, lleno de contradicciones, aprendizajes, ajustes y resistencias. Ha sido necesario inventar nuevas formas de hacer, nombrar lo que no encaja, y sostener una práctica que, aunque no siempre se alinea con lo que el sistema espera, sí responde a lo que nosotras creemos que es justo, digno y posible. Se despolitiza el cooperativismo y se tecnifica la energía. Como resultado, se vacía de sentido la posibilidad de hacer proyectos que verdaderamente transformen las condiciones de vida en los territorios.

Esta mirada instrumental se expresa también con fuerza en la política pública exterior vinculada al sector energético, particularmente en la cooperación internacional. En los últimos años, hemos observado agencias como La Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit (GIZ) han impulsado la promoción de cooperativas de energía en México, desarrollando manuales, modelos y clasificaciones de distintos tipos de cooperativas energéticas que supuestamente podrían operar en el país. Estos esfuerzos, aunque bien intencionados, suelen estar estrechamente alineados con los marcos del gobierno federal, sin considerar las realidades organizativas, sociales y territoriales que enfrentamos las cooperativas desde abajo.

En estos documentos y en los espacios donde se discuten estas políticas, suele predominar una visión que reduce a las cooperativas a una figura legal funcional o a una empresa con objetivos sociales. En nuestra experiencia, esta narrativa nos ha obligado a competir en un terreno desigual, donde el “cooperativismo” se mide por su eficiencia operativa o por su capacidad de insertarse en cadenas de valor, pero no por su capacidad de sostener procesos colectivos, de autogestión, de dignificación del trabajo o de construcción de

comunidad. Se olvida que una cooperativa es más que un acta constitutiva: es un espacio vivo de disputa, de subjetividades, de contradicciones, y de construcción de horizontes políticos.

Por eso diferimos profundamente de esa idea de que “una cooperativa es una empresa, pero social”. Para nosotras, una cooperativa debe ser un sujeto político colectivo. Un espacio desde el cual no solo se produce, sino que se decide colectivamente, se cuida, se reflexiona y se transforma. En ese sentido, el riesgo de adoptar sin cuestionamiento los modelos de la cooperación internacional o las fórmulas institucionales es que se diluye la potencia crítica del cooperativismo, y se refuerza la lógica de la empresa social como una forma “light” de inclusión en el mercado, sin alterar sus reglas más profundas.

Hacer cooperativismo energético, entonces, no puede ser solo aplicar modelos preexistentes. Implica, al contrario, desmontar las narrativas dominantes, construir nuestras propias formas de organización desde la experiencia vivida, y disputar el sentido mismo de lo que significa energía, producción, y transformación social.

Por ejemplo, hemos visto cómo, desde la cooperación internacional, ha aumentado el interés por consolidar más cooperativas de energía en México. Sin embargo, ese impulso suele estar centrado en la creación de figuras legales o proyectos eficientes, sin cuestionar el significado mismo de “energía”. Desde nuestra experiencia, hablar de cooperativismo energético requiere primero resignificar profundamente lo que entendemos por energía. No como mercancía, sino como bien común, como un derecho colectivo que habilita el acceso a la vida digna. La energía es mucho más que un kilowatt hora: es lo que permite calentar comida, conservar medicamentos, alumbrar espacios de encuentro, y sostener la vida. Por eso, si realmente se quiere impulsar un modelo cooperativo en el sector energético, se necesita replantear toda la cadena de valor: desde cómo se genera, se transporta y se consume, hasta quiénes deciden sobre esos procesos y bajo qué principios.

Aunque el nuevo marco legal mexicano ha comenzado a incluir términos como “justicia energética”, estos conceptos aún no se traducen en políticas concretas que habiliten experiencias comunitarias reales, ni en mecanismos que reconozcan la energía como bien común. Persisten marcos que premian la eficiencia económica y castigan la diversidad organizativa, o que tratan de aplicar modelos europeos sin adaptación crítica al contexto social mexicano.

Y hay algo más que nos parece importante decir: muchas de las voces que hoy formulan políticas públicas sobre cooperativas de energía no han vivido lo que implica sostener una cooperativa. Hemos escuchado discursos de funcionarios, consultores o representantes de agencias que, desde una lógica técnica y externa, opinan sobre lo que las cooperativas “deberían ser” o “deberían hacer”, sin haber atravesado las complejidades de trabajar colectivamente, sin jerarquías, en contextos de precariedad. Desde nuestra perspectiva, resulta una incongruencia que personas sin experiencia directa en procesos cooperativos hablen en nombre del cooperativismo o impulsen su expansión sin habitarlo. Porque el cooperativismo no se entiende solo desde los libros: se aprende, se construye y se transforma desde la práctica, con sus contradicciones, sus cansancios y sus potencias.

2.1.2 El sector energético: discursos de transición, exclusión y control

Desde nuestra experiencia como cooperativa de energía, hemos comprendido que el trabajo, además de ser una práctica social —como han señalado autores como Coraggio o Laville—, también puede entenderse como una fuente de energía que alimenta y sostiene el sistema capitalista. No solo en sentido metafórico, sino en términos reales: el trabajo humano, organizado en cadenas productivas, es el motor que transforma recursos, genera valor y mantiene en marcha la economía global. Autores como John Holloway (2011) han propuesto que la clave no está en abandonar el trabajo, sino en reapropiarlo y redirigirlo hacia prácticas emancipadoras que no reproduzcan las lógicas de explotación. En este sentido, para nosotras, construir una cooperativa energética no es solamente generar energía eléctrica a través del sol, sino reapropiar una forma de trabajo que, en lugar de alimentar al capital, sostenga la vida.

Este enfoque nos permite también mirar críticamente el discurso de la “transición energética”, que en años recientes se ha vuelto dominante tanto a nivel global como en México. Se habla de sustituir los combustibles fósiles por fuentes renovables, de descarbonizar la economía y de democratizar el acceso a la energía. Sin embargo, muchas de estas propuestas se han traducido en mecanismos de mercado orientados a mantener el mismo modelo extractivista bajo una apariencia “verde”. La transición energética en México ha sido, en la práctica, “una transición empresarial antes que una transición social”. Es decir, un proceso que reproduce la concentración del poder económico y tecnológico en manos de grandes corporaciones o del Estado, sin modificar las relaciones de fondo en torno a la energía, ni la forma en que se produce y distribuye.

En este contexto, el concepto de “transición energética justa” ha sido apropiado de distintas maneras. En su sentido crítico, propone una transformación estructural que incluya la redistribución del poder, la participación de comunidades, el respeto por los territorios y la dignificación del trabajo. Pero en su uso institucional, el término suele vaciarse de contenido y convertirse en una estrategia de legitimación un “greenwashing” que oculta los efectos sociales y ambientales de megaproyectos fotovoltaicos o eólicos que desplazan comunidades, dañan ecosistemas y excluyen a actores organizados de base. Los marcos legales y regulatorios en México siguen sin reconocer figuras organizativas como las cooperativas o las comunidades agrarias como actores legítimos dentro del sistema eléctrico nacional.

Desde nuestra cooperativa, hemos constatado que participar en el sector energético implica negociar con una estructura que exige capital, certificaciones técnicas, y marcos normativos pensados para grandes empresas, no para organizaciones comunitarias. Además, la energía sigue asociada a una visión tecnocrática, masculina y centralizada, donde el saber experto se impone sobre los saberes situados. Esto no solo dificulta el desarrollo de proyectos verdaderamente alternativos, sino que configura formas de subjetividad en las que nos vemos a nosotras mismas como proveedoras de servicio, como técnicas, o como usuarias subordinadas. Frente a ello, insistimos en que la energía no puede separarse del trabajo que la produce ni de los cuerpos que la sostienen. Y que una verdadera transición requiere transformar las relaciones sociales, no solo las fuentes de energía.

Además, la energía sigue asociada a una visión tecnocrática, masculina y centralizada, donde el saber experto se impone sobre los saberes situados. Esto no solo dificulta el desarrollo de proyectos verdaderamente alternativos, sino que configura formas de subjetividad en las que nos vemos a nosotras mismas como proveedoras de servicio, como técnicas, o como usuarias subordinadas. Frente a ello, insistimos en que la energía no puede separarse del trabajo que la produce ni de los cuerpos que la sostienen. Y que una verdadera transición requiere transformar las relaciones sociales, no solo las fuentes de energía.

Esta tensión se hace aún más evidente cuando se analiza la actual regulación del sector eléctrico mexicano. A pesar de que en el discurso institucional se reconoce la necesidad de diversificar la matriz energética y fomentar energías limpias, la estructura normativa y técnica sigue operando bajo una lógica que privilegia los grandes proyectos centralizados —ya sean privados o estatales— por encima de las iniciativas comunitarias o de pequeña escala. En este contexto, pensar en proyectos cooperativos de generación eléctrica se vuelve especialmente

desafiante, no solo por las barreras económicas y burocráticas, sino por la falta de un marco legal que habilite y acompañe este tipo de esfuerzos.

El sistema eléctrico nacional, además, enfrenta una doble limitación: por un lado, muestra dificultades para integrar nuevas capacidades de generación renovable, sobre todo cuando provienen de actores no tradicionales; y por otro, no ofrece condiciones para una verdadera gestión comunitaria de la energía. No existe actualmente una política pública que impulse la producción y uso colectivo de energía eléctrica bajo esquemas autogestivos, cooperativos o territoriales. Y aunque se ha difundido el término “comunidades energéticas” en ciertos espacios, consideramos que ese concepto, tal como ha sido importado y promovido, no logra responder a las condiciones específicas del país ni a los procesos organizativos reales que se gestan desde abajo. En lugar de construir nuevas rutas, muchas veces termina adaptando los marcos internacionales a lógicas locales sin transformar las estructuras de fondo. Lo que falta, entonces, no es solo tecnología o inversión, sino un horizonte político y normativo que reconozca la energía como bien común, y la organización comunitaria como forma legítima de gestión y construcción de futuro.

2.2 Configuración subjetiva onergiana

2.2.1. Primera Etapa: Conformación de la asamblea

La primera etapa del proceso organizativo estuvo marcada por una de las características más potentes de la subjetividad colectiva, la de la imaginación colectiva. Nos encantaba imaginar horizontes posibles: propuestas educativas, alternativas tecnológicas, experiencias de innovación social y energética. Esta capacidad de imaginar, de proyectar más allá de lo dado; se volvió una fuente de cohesión simbólica y una fuerza movilizadora, incluso cuando las condiciones prácticas eran adversas. Junto con esta imaginación colectiva se tejía un entusiasmo de aprender juntas sobre diversos temas, para echar a andar nuestras ideas.

La primera vez que pusimos en práctica esta imaginación colectiva a través de pensarnos procesos de apropiación e intercambio de saberes fue cuando reflexionamos sobre la “Soberanía Energética”. En aquel momento, la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske (UCTT) nos había hecho la invitación para ser sus asesores en este tema. Aunque nos emocionamos por dicha invitación, pues nos parecía algo de suma importancia, decidimos que

antes de aceptar debíamos reflexionar sobre cuál era nuestro posicionamiento político al respecto en este tema. Por lo que, se asignó la tarea de investigar los discursos en torno a la soberanía energética a la comisión de educación para tener una sesión de reflexión y consensar, no sólo sobre si queríamos, sino si teníamos la capacidad de asumir lo que implica una relación en este sentido.

Soberanía energética es, ante todo, el derecho de tomar decisiones sobre la energía, entendida como un bien común y como la base de vida digna para las personas (Tornel, 2022). En ese entendido, desde el sector público se ha cooptado esta idea para promover e impulsar proyectos con una visión de que la energía es un sector estratégico para la nación y, por tanto, un asunto de seguridad nacional (CFE, 2024).

Justo en un entorno de predominio total del sector privado, en 1938, Lázaro Cárdenas fundó la Comisión Federal de Electricidad. Y luego, en 1960, Adolfo López Mateos nacionalizó la industria eléctrica. Ambos mandatarios entendieron que la soberanía energética es una cuestión de Estado (Galán, 2016).

Desde 1960, se ha impulsado una nacionalización de este sector, por medio de la expropiación de las acciones y bienes de dos compañías extranjeras: American Foreign Co. y Mexican Light Co. (Tornel, 2022). Esto ha dado paso a que el Estado mexicano asuma mayoritariamente el control y la gestión de la energía. Sin embargo, la nacionalización atiende a la tendencia política y económica de quienes están a cargo, por lo que, en países con ideologías nacionalistas, desarrollistas y con tintes autoritarios el objetivo que se persigue es un Estado fuerte que posea y controle todo el capital social posible en defensa de sus intereses (Galán, 2016).

Los proyectos validados desde los discursos del sector privado o público, están bajo una lógica y una ideología capitalista, por lo que, las cadenas de valor energéticas se diseñan y construyen para suplir una alta demanda, pues la modernidad trajo consigo una matriz energética a gran escala, y si a eso le sumamos, la disputa entre el sector privado y público, tenemos también una centralización de la toma de decisiones en torno a la gestión de este bien que debería ser común, que más allá de promover la participación activa, consciente, y racional del sector social, termina pasando por encima de este. En ese sentido, esta narrativa era la misma que intentaba justificar el mega proyecto energético en Cuetzalan, que aún sin arrancar estaba generando profundos y des articuladores conflictos en el ámbito social.

Sin embargo, en ese primer proceso de reflexión se identificó otro discurso, que provenía de un espacio público-comunitario, específicamente de la *Xarxa per la soberanía*

energética,³ que, colocaba en los debates relativos a la transición energética, la siguiente definición apropiada sobre la soberanía energética:

El derecho de los individuos conscientes, las comunidades y los pueblos a tomar sus propias decisiones respecto a la generación, distribución y consumo de energía, de forma que estas sean apropiadas a las circunstancias ecológicas, sociales, económicas y culturales, y siempre que no afecten negativamente a terceros. (Xse, 2014)

Esta definición fue la más apropiada para acompañar nuestro trabajo y nuestras relaciones con otras organizaciones de base comunitaria. Pues, nos pareció acertado que las comunidades puedan ser quienes gestionen la generación, distribución y su consumo energético y hacía sentido con el mandato que se había hecho en la asamblea de defensa del territorio en Cuetzalan. Es en este momento cuando, la comisión de educación, se transforma en un área dedicada a la Educación para trabajar y acompañar procesos de soberanía energética que permitieran fortalecer los entramados y movimientos en defensa de la vida y el territorio. Gracias a los programas de formación en soberanía energética que impartimos entre 2019 y 2020 con la UCTT y el Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario AC (IMEC) logramos apropiarnos y resignificar el concepto para así dar paso a propuestas que nos permitirían construir otros modelos de gestión de la energía.

En Onergia concebimos a la Soberanía Energética, como la apropiación de los flujos energéticos⁴ y la tecnología desde lo local para la gestión comunitaria. Esta propuesta, está en concordancia con la intención de descentralizar la palabra -Energía- de la electricidad y los combustibles fósiles. Pues creemos que la energía, además de ser un bien común, es un elemento que permite la reproducción de la vida y por lo tanto puede contener diversas formas y fuentes, y esa diversidad de flujos energéticos se encuentra y le da sentido a los procesos que dan paso a la vida en todas sus formas.

La firme convicción de donar trabajo a procesos de defensa del territorio y a movimientos sociales afines nos llena de sentido y alegría, al reconocernos como parte de una apuesta política más amplia que iba más allá de nuestros intereses inmediatos. Siempre decimos que, cada vez que vamos a dar un taller o hacer trabajo de campo es la forma en que nuestro

3 La Xarxa per la sobirania energètica (Xse) nació, hace más de cuatro años, con el objetivo de crear un frente político de transformación en el campo de la energía, formado por asociaciones, colectivos y unos sesenta ciudadanos de todo el territorio catalán. Muchas de las entidades o plataformas provenían de la lucha local de resistencia en diversos proyectos extractivistas planeados sobre el territorio, con una importante presencia de la Plataforma Paremos el Fracking. Con el fin de ir un paso más allá, se generó una red de personas, asociaciones y colectivos de todo el territorio que tuviera propuestas concretas sobre la transformación del modelo energético y que hiciera incidencia para ponerlas en el centro de la agenda política del momento.

⁴ Flujos energéticos: A medida que la energía se mueve a través de un ecosistema cambia de forma, pero no se crea energía nueva. De la misma manera, a medida que la materia circula dentro de un ecosistema los átomos son ordenados en distintas moléculas, pero no se crea materia nueva. Por lo tanto, durante todos los procesos de los ecosistemas, la energía y la materia está en permanente transformación.

espíritu onergiano se recarga de energía. Sin embargo, vista en retrospectiva, esta entrega también ha atravesado nuestros cuerpos a partir del trabajo que cada una hace; trabajo que no casi nunca es remunerado de forma justa en términos materiales, lo que evidenció una dificultad para valorar y remunerar nuestro propio trabajo, especialmente en un momento en que como organización necesitábamos aprender a sostenernos material y emocionalmente. La solidaridad con los movimientos era y es parte de nuestro horizonte de lo posible, pero se dio muchas veces sin condiciones, reproduciendo una lógica de sacrificio que, aunque simbólicamente gratificante, impedía construir criterios justos y sostenibles para la distribución del tiempo, el esfuerzo y nuestros recursos.

En una ocasión, durante los días en que trabajamos con Tosepan. Los compañeros de la Tosepantomin recibieron un premio de la banca internacional. En ese entonces, ya se había platicado de manera colectiva la idea de generar instrumentos financieros verdes para que los y las socias de sus cooperativas pudieran acceder a diversas ecotecnologías, entre estas los sistemas fotovoltaicos. Así que nos solicitaron que diseñáramos un sistema a partir de una caracterización de los consumos eléctricos en la región, ya que una parte del premio que se habían ganado querían invertirlo en los primeros prototipos de sistemas fotovoltaicos instalados en las casas de las personas, ya que hasta antes de ese momento sólo se había trabajado a nivel unidades productivas.

No obstante, nosotros ignorábamos que había un plazo que cumplir para con la organización que gestiona el premio y que esta iba a mandar a un staff a grabar la implementación del recurso. Por lo que un par de semanas previas a la fecha en la que las personas que venían grabar los compañeros nos solicitaron encarecidamente que instaláramos los sistemas en los siguientes días, aunque aquella solicitud atentaba con nuestra autonomía y diversos acuerdos sobre nuestros servicios, decidimos apoyarles rigiéndonos por el principio de Cooperación entre Cooperativas. Así que, nos apresuramos a preparar todo para la instalación. La instalación la pudimos hacer dos días previos a la grabación. Eran dos sistemas fotovoltaicos autónomos pequeños para dos casas, con tiempo estimado de instalación de 2 días por casa en condiciones ideales, en esta ocasión teníamos menos tiempo.

Aquella instalación duró un día y medio sin dormir y apenas comiendo para poder entregar los sistemas para que pudiesen ser grabados. Acontecieron diversos problemas propios del estado en el que se encontraba la red eléctrica de la casa y eso hizo que nos demoramos mucho más tiempo y ante la presión decidimos pasar la noche trabajando. Recuerdo que, después de esta instalación me sentía muy cansada física y mentalmente. Pero los compañeros

estaban muy contentos y agradecidos. Pero, la remuneración por ese trabajo no fue remunerada de forma justa una vez más.

Este tipo de escenarios, se siguió repitiendo por muchos años con diversas organizaciones o clientes. Empero, la reflexión más profunda de la que nos hemos dado cuenta es que, aunque el trabajo sea desde la cooperación entre cooperativas, se sigue reproduciendo desde la lógica patriarcal y esto después de muchas reflexiones colectivas nos parece grave. Pues somos una organización que lucha por el trabajo digno y sostener o mantener las relaciones con otras organizaciones, que incluso tienen horizontes políticos; en muchas ocasiones nos llevó a transgredir nuestro propio trabajo, nuestros acuerdos, nuestra autonomía e independencia.

Esta tensión entre el compromiso político y la sustentabilidad interna configuró una subjetividad marcada por la entrega, pero también por el silenciamiento de necesidades individuales y colectivas. Aprender a cuidar lo común no solo implicaba mirar hacia fuera, sino también asumir que, para sostener el aporte al territorio, era necesario reconocernos como trabajadoras y trabajadoras con derecho a condiciones dignas. Esta lección, que sólo emergió con claridad en etapas posteriores, tiene su origen en esta fase fundacional del proceso.

Las cooperativas deben diferenciarse de forma sustantiva de las empresas capitalistas. En la medida que una empresa que se considere “cooperativa” cumpla realmente con los principios que caracterizan a esas organizaciones, ella establecerá un modelo de gestión sustancialmente —no solo superficialmente— diferente al de una empresa que es controlada por una persona o un grupo de personas (los accionistas, los dueños del capital de la empresa) que contrata la fuerza de trabajo de uno o más trabajadores; es decir, de una empresa capitalista (Cruz Reyes & Piñeiro Harnecker, 2011, p. 49).

Por consiguiente, nos hemos dado cuenta que las reflexiones en torno al trabajo y las prácticas patriarcales en el movimiento cooperativista son algunos de los aspectos invisibilizados en el movimiento cooperativista mexicano. No es suficiente con adherirse a los principios cooperativistas que, por cierto, son internacionales. Debemos mirar más allá de los discursos, reconocer nuestras prácticas para definir de qué manera se llevan a cabo estos principios, pues el cooperativismo no es mágico. Pues muchas personas y organizaciones cooperativistas tienen una idea romantizada del cooperativismo como un espacio sin conflictos ni contradicciones.

Actualmente, se alude más a las cooperativas como una forma colectiva de apropiación de los medios de producción, dejando por fuera las discusiones sobre la fuerza de trabajo implícita en este proceso de emancipación, esto ha ocasionado que poco se hablen de nuevas herramientas de autogestión o de otras formas de pensarnos la organización del trabajo en nuestras organizaciones. Se olvida que el trabajo no sólo produce bienes y servicios, sino también sujetos sociales y políticos (Weeks, 2020, p. 25).

Dentro de las cooperativas, el concepto de trabajo se ha entendido no sólo como una actividad económica orientada a generar ingresos, sino como una práctica colectiva, solidaria y autogestiva. A diferencia de la lógica capitalista, donde el trabajo se vincula al salario y a la subordinación bajo una relación patrón-empleado (Marx, 1867), en las cooperativas el trabajo es una aportación personal de las socias para la construcción y sostenimiento de un proyecto común. Aquí, el trabajo está profundamente asociado a valores como la solidaridad, la democracia, la participación, el compromiso mutuo y la búsqueda del bien común (Restakis, 2010).

En el marco del cooperativismo, el concepto de trabajo adquiere también una dimensión distinta al que predomina en el modelo capitalista. Mientras que en este último el trabajo suele estar mediado por relaciones jerárquicas de subordinación entre patrón y trabajador —donde la fuerza de trabajo se convierte en una mercancía—, en las cooperativas el trabajo tiende a resignificarse como una práctica colectiva, autónoma y orientada al bienestar común. La figura del socio-trabajador, por ejemplo, rompe con la lógica tradicional del empleo al integrar en una sola persona al trabajador y al propietario colectivo del medio de producción. Esta transformación permite pensar el trabajo como una fuente de dignidad y no solo de ingreso, y como una actividad con sentido social, en lugar de una obligación impuesta desde afuera. Autores como Laville (2003) y Coraggio (2007) destacan que, en este modelo, el trabajo se reapropia de su capacidad emancipadora, al tiempo que se inscribe en una racionalidad económica solidaria, más allá del lucro y de la lógica del mercado.

Este primer momento del proceso revela que la autogestión no es solo una forma de organización, sino también una apuesta subjetiva que requiere desarmar formas heredadas de jerarquización, especialización y valorización del trabajo. La potencia de la imaginación colectiva, combinada con los límites organizativos y las tensiones no resueltas, configuran una etapa inaugural ambivalente: llena de fuerza creadora, pero también cargada de contradicciones que, en muchos casos, seguirán reproduciéndose en etapas posteriores. Esto refuerza la idea de

que la configuración subjetiva de un colectivo no depende exclusivamente de su estructura formal, sino también del modo en que se habita lo común, se construye la presencia y se sostiene el deseo de estar juntas y juntos.

2.2.2. Etapa 2. Legalización de la asamblea

Otra contradicción importante derivada del marco legal. Tiene que ver con el reconocimiento de la figura socia-trabajadora que complejiza la concepción del trabajo dentro de las cooperativas, muchas instituciones carecen del conocimiento de esta participación dentro de las cooperativas, por lo que sus procesos vuelven excluyentes a esta figura legal.

El artículo 8o de la Ley Federal del Trabajo (LFT), indica que trabajador es la persona física que presta a otra, física o moral, un trabajo personal subordinado y el artículo 20 de la LGSC señala que la sociedad cooperativa es una forma de organización integrada por personas físicas, las cuales aportan sus servicios personales en su calidad de socios y no de trabajadores. Sin embargo, y para efectos de protección el artículo 12, fracción II de la Ley de Seguro Social (LSS), establece que son sujetos de aseguramiento al régimen obligatorio del seguro social, los socios de sociedades cooperativas. Así el artículo 19 de la citada ley, precisa que las sociedades cooperativas pagarán la cuota correspondiente a los patrones y cada uno de los socios cooperativistas cubrirán sus cuotas como trabajadores. (Harnecker, 2011, p. 5)

En el marco normativo mexicano, el socio-trabajador dentro de una sociedad cooperativa ocupa una posición jurídica única, distinta a la del trabajador subordinado en una empresa mercantil. Según la Ley General de Sociedades Cooperativas (LGSC, art. 20), los socios no solo aportan capital, sino principalmente su trabajo personal, participando democráticamente en la toma de decisiones bajo el principio de “un socio, un voto”. A diferencia del trabajador subordinado, que establece una relación contractual jerárquica bajo las disposiciones de la Ley Federal del Trabajo (LFT, art. 8 y 20), el socio-trabajador es copropietario de la cooperativa y comparte responsabilidades en la gestión y operación de la organización. Esta distinción es fundamental para comprender las dinámicas internas de las cooperativas y los retos que enfrentan frente a un marco regulatorio y fiscal predominantemente diseñado para las empresas capitalistas (Lara Gómez & Pérez Hernández, 2020; Acosta Aguayo, 2024).

Las socias-trabajadoras, por tanto, no son solo ejecutoras de tareas productivas, sino sujetas activas en la toma de decisiones, en la definición de los objetivos y en la distribución de los excedentes. Como señala Henri Desroche (1985), el trabajo cooperativo es “una acción

conjunta para resolver colectivamente las necesidades de los asociados, bajo principios de ayuda mutua, igualdad y justicia”. Esta visión transforma radicalmente la relación entre trabajo, propiedad y poder, desplazándose del ámbito individual o jerárquico hacia una lógica compartida de responsabilidad y corresponsabilidad social (Coraggio, 2011).

En este sentido, el ser socia-trabajadora también incurre en la manera en la que autogestionarse el trabajo colectivo, pues la responsabilidad de un trabajador está ligada a solo cubrir las tareas ligadas a su función o puesto dentro una organización. Por el contrario, en las cooperativas todas somos corresponsables y esto trae consigo otra carga de trabajo que en su mayoría requiere de una diversidad de conocimientos para la toma de decisiones que permitan el cumplimiento de la misión, visión y el posicionamiento político.

En las cooperativas pequeñas, donde el número de socias trabajadoras es reducido, la autogestión implica una carga de trabajo adicional que no suele considerarse desde fuera. A diferencia del trabajo asalariado tradicional, en el que las responsabilidades están más segmentadas y jerarquizadas, en una cooperativa cada integrante debe asumir múltiples roles, aunque no tenga una formación especializada en ellos. Esto significa que, además del trabajo productivo cotidiano, las socias trabajadoras deben involucrarse en la toma de decisiones sobre temas como contabilidad, finanzas, administración o aspectos legales. En muchos casos, esto requiere invertir tiempo en comprender procesos complejos o al menos en discutir colectivamente las implicaciones de ciertas decisiones. Así, el trabajo en una cooperativa no solo es físico o técnico, sino también organizativo, político y formativo. Esta multidimensionalidad puede ser exigente, pero también fortalece la apropiación del proyecto colectivo, al hacer evidente que la sostenibilidad de la cooperativa depende del involucramiento activo y corresponsable de todas sus integrantes.

En las cooperativas pequeñas, la autogestión suele implicar una carga de trabajo considerable que va más allá de lo productivo. En mi experiencia, durante los primeros años de nuestra cooperativa, asumí simultáneamente el rol de presidenta del Consejo de Administración, la coordinación del área administrativa y contable, y además participaba directamente en las instalaciones de sistemas fotovoltaicos. Esta acumulación de funciones no solo me llevó a una sobrecarga física y emocional, sino que me colocó en una posición ambigua: me exigía a mí misma como si fuera una empleada rindiendo cuentas a una jefa, pero esa jefa también era yo.

Con el tiempo, comprendí que, sin querer, había reproducido una lógica jerárquica similar a la del modelo capitalista, donde el peso de la responsabilidad recae en una sola persona. Esa sensación de tener que resolver todo —desde la sostenibilidad financiera hasta el pago de salarios— generó en mí culpa, frustración y desgaste emocional. Hoy entiendo que esas dinámicas también pueden ser expresión de prácticas patriarcales que se cuelean incluso en espacios cooperativos, cuando la sobrecarga, el silenciamiento del malestar o la autoexigencia excesiva recaen en una sola persona invisibilizando el cuidado colectivo como eje de la organización... esto lo abordaremos más adelante.

Por otro lado, la idea de que el trabajo es, ante todo, una práctica social (Coraggio, 2007) sostiene que “el trabajo concreto debe responder a la necesidad concreta (Aguilar, 2020), lo cual implica poner en el centro la vida y no el mercado. A su vez, Coraggio (2007) plantea que “el trabajo deja de ser solo un medio de subsistencia para convertirse en una forma de participación activa en la construcción de la sociedad”. En lugar de entenderse como una actividad aislada y subordinada a la lógica del capital, el trabajo en las cooperativas se resignifica como una acción colectiva que construye vínculos, sostiene la vida y genera valor social. Esta mirada implica repensar los tiempos, los ritmos y los objetivos productivos desde una perspectiva ética, política y comunitaria.

Desde mi experiencia, esta idea se expresa de manera concreta en los momentos en los que, como cooperativa, tomamos decisiones no solamente para mantener la operación o generar ingresos, sino para responder a necesidades profundas de nuestras vidas. Por ejemplo, cuando priorizamos cuidar la salud mental de las integrantes ante una sobrecarga de trabajo, o cuando ajustamos nuestras formas de organización para que una compañera pueda cuidar a su hijo sin dejar de participar. Esas decisiones, que pueden parecer pequeñas, muestran que el trabajo en una cooperativa está profundamente atravesado por lo afectivo, lo cotidiano y lo comunitario. Y que, lejos de ser una esfera separada de la vida, el trabajo autogestionado forma parte de la forma en que queremos vivir y convivir, sostenidas por una lógica de cuidados y corresponsabilidad.

Una de las formas en que nuestra cooperativa ha buscado romper con las lógicas rígidas del trabajo asalariado es permitiendo que cada integrante organice su jornada laboral según sus propias necesidades y contextos de vida. A diferencia de las empresas donde se impone un horario fijo y prolongado -muchas veces desvinculado de la realidad cotidiana de las personas-, en nuestra organización el trabajo se articula con la vida. Este modelo ha favorecido una

mayor autonomía y cuidado entre nosotras. Sin embargo, también enfrentamos retos importantes que no queremos romantizar. Nuestra unidad productiva, centrada en la instalación de paneles solares, requiere de trabajo presencial y coordinado.

Cuando llegan estos proyectos, a veces solo una o dos personas pueden asistir, porque el resto ya organizó su semana en función de otras responsabilidades. Además, tenemos compañeras que viven en otras ciudades o países, lo que complica aún más la logística. Esta tensión entre la flexibilidad y la operatividad es una de las contradicciones que nos atraviesa, y muestra que incluso dentro de un modelo solidario, siguen siendo necesarias estrategias colectivas para equilibrar la sostenibilidad de la organización con las formas diversas de vivir y trabajar.

Utilizar ciertas estas herramientas con lógica empresarial puede ir en contra de los principios de la economía solidaria, porque muchas veces traen implícitos valores como la eficiencia por encima del cuidado, o la productividad sobre la vida. Pero también me he dado cuenta que, aunque comparto esa crítica, a veces necesitamos organizarnos mejor, sobre todo cuando hay muchas tareas o cuando estamos gestionando varios proyectos al mismo tiempo. Entonces lo que hemos intentado hacer es una especie de adaptación: tomar algunas herramientas, pero resignificarlas, es decir, no usarlas para controlar, sino para coordinarnos mejor, para no sobrecargarnos, y para poder repartir el trabajo de manera más justa. Sin embargo, no ha sido fácil, porque seguimos en tensión constante entre esa necesidad de orden y esa apuesta política por el cuidado, la flexibilidad y la horizontalidad.

Una de las fortalezas de nuestra cooperativa ha sido la diversidad de trayectorias formativas y profesionales entre quienes la integramos: contamos con compañeras de las ciencias sociales, de la ingeniería, de la educación, entre otras. Esta pluralidad nos ha permitido enriquecer la mirada sobre cómo organizamos nuestro trabajo y cómo entendemos la autogestión. Sin embargo, también ha generado tensiones, porque nuestras propias formas de pensar están atravesadas por las lógicas patriarcales que hemos aprendido en nuestras disciplinas. En ocasiones, estas diferencias nos impiden llegar fácilmente a consensos, y eso puede generar distancias o frustración. Aun así, el simple hecho de abrir espacios para reflexionar juntas y dialogar desde nuestras diferencias ha sido clave para construir una memoria colectiva sobre cómo queremos trabajar y convivir. Sabemos que nuestro modelo de autogestión colectiva está en proceso, que no está cerrado ni acabado, y que necesita ser revisado continuamente. Pero creemos que es justamente en ese ejercicio constante de diálogo,

cuidado y revisión crítica donde se teje el horizonte de una cooperativa que quiere poner la vida —y no solo la producción— en el centro.

Uno de los dilemas más complejos que hemos enfrentado en nuestra cooperativa tiene que ver con la remuneración justa del trabajo. Al no contar con un área de ventas, por decisión política y ética, nuestros ingresos dependen en gran parte de vínculos con el sector social, académico y clientes residenciales. Esta postura crítica frente a la lógica capitalista dominante ha tenido implicaciones materiales fuertes: la mayoría de las personas que integramos la cooperativa hemos tenido que buscar otros trabajos, becas o subsidios para poder sostenernos. En mi caso, durante el periodo en que fui presidenta del Consejo de Administración, tomé la decisión de renunciar a mi sueldo para que se priorizara el pago a compañeros que realizaban instalaciones y no contaban con otros ingresos. Lo hice desde un lugar de compromiso con el apoyo mutuo, pero con el tiempo esta acción también generó en mí sentimientos de frustración y desmotivación, al no sentir una reciprocidad similar cuando yo me encontré en una situación de necesidad.

Esta desigualdad en el cuidado colectivo ha sido especialmente evidente entre mujeres y hombres de la cooperativa. Somos principalmente las mujeres quienes sostenemos el trabajo afectivo, quienes proponemos pausas, cuidados, formas solidarias de redistribución. Esta asimetría ha sido señalada también por Hernández Aliaga (2022), al analizar cómo incluso dentro de las cooperativas, que buscan relaciones más justas, persisten contradicciones patriarcales que asignan a las mujeres la carga emocional y ética del sostenimiento colectivo. Desde otra perspectiva, Aguilar y Rativa (2021) plantean que el trabajo en las cooperativas energéticas puede ser una chispa vital para reconstruir formas de vida digna, pero que esto solo es posible si se confrontan las lógicas que desvalorizan el cuidado, el tiempo propio y las relaciones horizontales. En ese sentido, la experiencia que relato muestra cómo las subjetividades que se configuran en lo cooperativo están atravesadas por relaciones de poder que no se desactivan automáticamente por el hecho de tener una estructura colectiva. Más bien, requieren un ejercicio constante de revisión, diálogo y transformación.

2.2.3 Más allá de la remuneración económica: tensiones en la búsqueda otro modelo cooperativo

Desde la perspectiva de las necesidades humanas fundamentales de Max-Neef, una cooperativa no sólo debería ocuparse de garantizar la subsistencia mediante la remuneración económica,

sino también de crear condiciones para la participación, el afecto, la creación, la identidad, la libertad y el entendimiento. Sin embargo, en la práctica, estas dimensiones suelen quedar subordinadas a la lógica productivista que atraviesa incluso los espacios que se reivindican como alternativos.

En nuestra cooperativa, esta tensión se ha manifestado de forma constante al momento de definir qué tipo de trabajo realizamos, cómo lo priorizamos y cómo lo remuneramos. Nos gusta —y nos sentimos profundamente motivados por— el trabajo comunitario: facilitar talleres, acompañar procesos de apropiación tecnológica, compartir conocimientos con organizaciones de base y comunidades que resisten desde abajo. Este tipo de labor, sin embargo, pocas veces cuenta con financiamiento suficiente y con frecuencia es desacreditada internamente por no generar ingresos inmediatos.

Este conflicto nos ha llevado a una encrucijada: por un lado, está el deseo genuino de contribuir a la transformación social a través del trabajo con las comunidades; por otro, la necesidad concreta de sostenernos económicamente. Al no encontrar un equilibrio, el tema se vuelve una fuente de fricción permanente que atraviesa nuestros planes anuales, nuestras reuniones y hasta nuestras decisiones más pequeñas. Se tensiona no solo nuestro modelo de negocio, sino también nuestro modelo de trabajo cooperativo.

Esto evidencia una carencia en muchas experiencias cooperativas: la falta de un modelo de trabajo que contemple todas las dimensiones de la reproducción de la vida, y no solo las monetarias. No basta con saber cuánto vamos a cobrar por proyecto o cómo nos distribuimos las utilidades. También es necesario preguntarnos: ¿qué tipo de trabajo queremos hacer?, ¿cómo se relaciona ese trabajo con nuestros principios?, ¿qué tipo de satisfactores estamos construyendo como colectivo?, ¿cómo valoramos el trabajo que no se traduce directamente en ingreso, pero sí en sentido, vínculos y aprendizajes?

Cuando priorizamos solo los ingresos, corremos el riesgo de caer en satisfactores inhibidores, como advierte Max-Neef: actividades que resuelven una necesidad (como la económica), pero que deterioran otras (como la identidad, el afecto, el entendimiento o la libertad). Por eso, creemos que es urgente dejar de pensar exclusivamente en construir un modelo de negocio cooperativo, y comenzar a pensar también en un modelo de trabajo cooperativo, que permita sostener la vida en su integralidad.

Esto implica reconocer que el trabajo comunitario es valioso, aunque no sea monetariamente remunerado, y buscar formas colectivas de sostenerlo: a través de redistribuciones internas, esquemas de corresponsabilidad, o mecanismos creativos de cooperación con las comunidades. También implica politizar las decisiones económicas internas, entendiendo que detrás de cada elección presupuestal hay un posicionamiento ético, político y subjetivo.

En síntesis, para avanzar hacia un cooperativismo verdaderamente transformador, necesitamos volver a preguntarnos no sólo cómo nos sostenemos, sino también para qué y con quiénes lo hacemos. Solo así podremos construir satisfactores sinérgicos que estén a la altura de nuestros principios, y hacer del trabajo no solo una fuente de ingresos, sino también un espacio de vida digna, vínculo y transformación colectiva.

2.2.4. Tercera Etapa: Pérdida de la asamblea

Uno de los momentos más críticos en la historia de la cooperativa fue el periodo de crisis económica que se profundizó durante la pandemia de COVID-19. A la reducción drástica de ingresos y paralización de actividades para nosotras se sumó una deuda significativa con el Servicio de Administración Tributaria (SAT), producto de la falta de acompañamiento contable especializado en el régimen de sociedades cooperativas. Esta deuda no solo evidenció una brecha entre los marcos fiscales hegemónicos y las formas organizativas de la economía social, sino que también activó una cadena de tensiones internas que desbordaron el ámbito económico e impactaron la estructura afectiva y organizativa del grupo.

Para poder constituir una sociedad cooperativa se requiere cumplir con una serie de requisitos como: un mínimo de personas; estatutos; aportaciones iniciales; registro ante autoridades como el Registro Público de Comercio y el Registro Federal de Contribuyentes (RFC) ante el SAT; en algunos casos se necesita cumplir con normativa específica para obtener permisos o cumplir con regulaciones sectoriales y aperturar una cuenta en un banco. Para nosotras fue una meta a mediano plazo constituirnos, que más bien queríamos lograr una vez que hubiera un flujo de efectivo constante, ya que sabíamos que contable y financieramente habría más responsabilidades.

Sin embargo, al ser una organización de cinco personas se volvió complicado mantener el flujo del trabajo que estaba dividido en las cuatro áreas: ventas, técnico, administración y educación; por lo que se hacía más evidente la oportunidad de poder participar en convocatorias

públicas o de cooperación internacional para poder acceder a más recursos que nos permitieran remunerar más trabajo, seguridad social y educación. Fue así que decidimos llevar a cabo el proceso de constitución de manera autogestiva y en 2021 logramos darnos de alta ante el SAT y posteriormente abrimos una cuenta en el banco.

Uno de los problemas de las empresas Cooperativas en México que a nuestro juicio atentan contra su autonomía e independencia se encuentra en el ámbito económico, toda vez que la ley actual en lugar de declarar que las sociedades no persiguieran fines lucrativos se estimó conveniente manejar libremente su participación, con capital externo (Muciño, 2019).

Constituirnos trajo reconocimiento hacia nuestra identidad cooperativa, ya que en el movimiento cooperativista existe la idea de que si no estás constituido como cooperativa no eres realmente una, como si generará la duda de que como se hace entonces la distribución justa de las riquezas, al menos eso sentía cada vez que como presidenta de la cooperativa me toca representar en actividades de relaciones públicas. Por otro lado, también nos obligó a contratar un servicio contable que cubriera más tareas ya que la figura cooperativa está obligada a pagar Impuesto Sobre la Renta (ISR), lo cual implica tener una estrategia fiscal para que los ingresos representen más capital social que impuestos.

En nuestra búsqueda por un servicio contable, nos dimos cuenta de que existe una falta de profesionistas en el ramo fiscal y contable con experiencia en gestión de cooperativas. Lo que pudimos detectar es que el marco legal actual de las sociedades cooperativas es deficiente en cuanto a brindar la claridad de esta figura legal que debe reconocer a un grupo de socios como accionistas y trabajadores. Es como si lo que discursivamente desde el cooperativismo se tiene claro en términos fiscales y legales se volviera contraproducente. Pues la ley en todas las figuras morales solo reconoce a una persona física como representante legal y eso de entrada ya supone una primera contradicción, ya que la LGSC reconoce a la Asamblea de socios como la máxima autoridad y, aunado a lo anterior el modelo cooperativo promueve la rotación y división justa del trabajo.

Esto en nuestro contexto agudizó la sobrecarga de trabajo para quienes hemos tenido el cargo de presidenta del consejo de administración, pues además de asumir un cargo, toca asumir una coordinación y un sin número de tareas como trabajadores y por si fuera poco la representación legal suma un conjunto de responsabilidad que no se pueden delegar tan fácilmente como trámites bancarios, legales o fiscales.

El tratamiento fiscal para las sociedades cooperativas, en general, es el mismo que para cualquier otra figura jurídica, con excepción de las de consumo y ahorro y préstamo, que tributan bajo un régimen especial del Impuesto sobre la Renta, como persona moral con fines no lucrativos y por tanto no contribuyentes de dicho impuesto sobre rendimientos o remanentes anuales. A las cooperativas de producción no les aplican estas disposiciones. (Harnecker, 2011, p. 12)

En su lugar, las cooperativas de producción tienen un régimen fiscal especial regulado por el artículo 85-A de la Ley de ISR, establece que, a diferencia de las sociedades mercantiles, las cooperativas calculan su impuesto distribuyendo la utilidad fiscal total entre los socios según su porcentaje de participación. Es decir, cada socio o socia debe asumir el ISR correspondiente a su parte establecida en los certificados de aportación, y el pago del impuesto puede diferir hasta que se haga el ejercicio fiscal de repartición de utilidades que por lo regular es en el cierre fiscal anual.

Cuando logramos encontrar un bufete contable que nos pareció amable con nuestra forma de trabajo, los contadores nos explicaron que nunca había llevado la contabilidad de una cooperativa, sin embargo, tenían la disposición de revisar el marco regulatorio para aprender y poder acompañarnos, aquel argumento nos convenció ya que nosotras tampoco éramos expertas del cooperativismo, pero teníamos la voluntad de seguir aprendiendo. Al transcurrir un par de años y a pesar de tener reuniones mensuales con los contadores terminamos con una deuda de más de cien mil pesos ante el SAT debido a una mala estrategia fiscal, esa deuda llegó en un momento en el que enfrentamos una crisis económica por la falta de ventas agudizado por el contexto de la pandemia por COVID-16.

Es un problema recurrente, que exista desconocimiento desde las instituciones hasta los contadores sobre cómo se aplican los impuestos y los criterios fiscales mercantiles en este régimen, esto ocasiona que se realicen pagos innecesarios y mayores cargas fiscales para las cooperativas. Esta situación muestra la necesidad urgente de fortalecer la capacitación fiscal del sector, así como de garantizar el acceso a asesorías especializadas que permitan aplicar correctamente las disposiciones legales y proteger la sostenibilidad económica de las cooperativas.

La formación contable, fiscal y administrativa está profundamente anclada en la lógica de las empresas capitalistas mercantiles, porque es el modelo predominante en la economía formal. Las universidades, los despachos contables y hasta las instituciones públicas forman a los contadores para atender principalmente sociedades anónimas, sociedades de

responsabilidad limitada y otras figuras mercantiles, no modelos alternativos como las cooperativas.

En términos de configuración subjetiva, los acontecimientos anteriores representan un punto de inflexión en nuestra trama de sentidos, emociones y posiciones que articulan al colectivo. El conflicto no fue solo contable o administrativo, sino que movilizó afectos como la frustración, el enojo, la sensación de abandono y el miedo a la pérdida del proyecto común. Estas emociones se inscribieron en los cuerpos y vínculos, generando distancias, silencios y conflictos interpersonales que afectaron profundamente la vida organizativa. Las asambleas - hasta entonces un espacio vital de deliberación y comunidad- comenzaron a perderse o volverse escenario de confrontación y desgaste.

En lo personal, considero que uno de los factores que contribuyó a esta situación fue la decisión de constituírnos legalmente como cooperativa. Si bien esta decisión nos permitió obtener cierto reconocimiento dentro del movimiento cooperativista y ser leídas como una organización política afín a la economía social, desde mi perspectiva también significó un retroceso financiero. Antes de formalizarnos bajo la figura cooperativa, operábamos con otra estructura legal más flexible económicamente. La transición implicó asumir costos administrativos y fiscales para los que no estábamos preparadas, lo que impactó de manera directa en nuestra sostenibilidad. Esta tensión entre el reconocimiento simbólico y el costo material no fue necesariamente compartida por todas las integrantes, pero fue para mí una marca subjetiva relevante en la experiencia.

La subjetividad colectiva, entendida no como una suma de individualidades sino como un entramado histórico de posiciones, deseos, afectos y sentidos compartidos (Fernández, 1993), se vio alterada. Esta crisis expuso las fragilidades del grupo ante escenarios de incertidumbre y evidenció la necesidad de articular lo técnico con lo ético-político: no bastaba con resolver la deuda o capacitarse fiscalmente, sino que se requería recomponer los vínculos, resignificar la experiencia de habitar el conflicto y reconstruir una narrativa común que devolviera sentido al hacer colectivo.

En retrospectiva, este momento permite observar cómo una configuración subjetiva no es estable ni lineal, sino que se construye, tensiona y transforma en la experiencia concreta. La crisis fiscal y emocional no solo fue un obstáculo, sino también un campo de posibilidad para

repensar la sostenibilidad, los cuidados, y el lugar de los saberes técnicos dentro de un proyecto cooperativo con vocación transformadora.

2.2.5. Desilusión colectiva e incertidumbre identitaria: una crisis de sentido

La tercera etapa del proceso organizativo estuvo marcada por una crisis profunda que ya no fue solamente económica o estructural, sino fundamentalmente organizativa e identitaria. Las asambleas, que históricamente habían sido el espacio privilegiado de encuentro, deliberación y recreación del vínculo colectivo, dejaron de realizarse. Esta ausencia fue más que una señal logística: fue el síntoma de una desilusión compartida que comenzó a instalarse entre quienes aún permanecíamos en la cooperativa.

Después de siete años de trabajo, y a pesar del enorme esfuerzo invertido, emergió un sentimiento generalizado de fracaso, o al menos de agotamiento, al constatar que la cooperativa no solo no había crecido como esperábamos, sino que enfrentaba un proceso de debilitamiento estructural. La salida de compañeras y compañeros, la pérdida de ingresos y la necesidad de buscar empleos externos para poder sostenernos marcaron el inicio de una etapa en la que el proyecto dejó de funcionar como espacio de vida laboral y política. Lo que alguna vez fue horizonte, comunidad, apuesta transformadora, se transformó en una carga, un recuerdo o una duda.

Desde la perspectiva de la configuración subjetiva, esta etapa expresa un momento de desestructuración de sentidos: se desdibujaron los roles, los acuerdos implícitos, la energía vital que sostenía la vida organizativa. La incertidumbre dejó de ser exclusivamente económica para volverse existencial y política: ¿quiénes somos ahora como colectivo?, ¿tiene sentido seguir?, ¿cómo seguir juntas si ya no tenemos un proyecto común que nos sostenga?

Esta crisis puede leerse también a la luz de Hugo Zemelman (2011), quien plantea que los sujetos construyen sentido en la medida en que logran articular su experiencia con un horizonte posible. En este caso, lo que colapsó no fue solo la organización, sino la posibilidad de proyectar, de imaginar un futuro deseable en común. Cuando ese horizonte se opaca, lo colectivo pierde su potencia instituyente y queda suspendido entre el pasado que no se realizó y un futuro que no se vislumbra.

Sin embargo, siguiendo a Zemelman (2011), esta situación no debe leerse únicamente como clausura, sino como campo de posibilidad: una oportunidad para repensar las formas de

organización, los modos de cuidado, la distribución del trabajo, los sentidos de la autonomía. Reconocer este momento de crisis como parte constitutiva del proceso permite evitar narrativas idealizadas y asumir con honestidad los límites, silencios, duelos y desbordamientos que atraviesan los proyectos colectivos. La configuración subjetiva, en este punto, se muestra como una trama abierta, inestable, y al mismo tiempo disponible para ser resignificada.

Entre necesidades y tributos: cuando el trabajo cooperativo no cabe en los marcos

A veces sentimos que el trabajo que más sentido nos da es también el más difícil de sostener. Como cooperativa, nos gusta salir al territorio, organizar talleres, compartir saberes, acompañar procesos con comunidades que se preguntan por la energía, por su autonomía, por su dignidad. No lo hacemos porque nos lo pidan, lo hacemos porque nos mueve. Es en esos espacios donde sentimos que nuestro trabajo tiene un sentido más allá del ingreso: ahí es donde se activan nuestras necesidades de participación, de identidad, de afecto, de creación -como lo plantea Max-Neef- y no solo la de subsistencia.

Pero esa forma de trabajo, la que nos conecta con las personas y con nuestras propias motivaciones más profundas, rara vez viene acompañada de una remuneración monetaria justa. A menudo se trata de colaboraciones con comunidades o con organizaciones de base que no tienen recursos suficientes. A veces hay un pequeño apoyo de cooperación internacional, que ayuda a costear materiales, traslados o tiempos, pero que no contempla -o no alcanza- para cubrir impuestos o cuotas fiscales. Y ahí empieza otro nivel de conflicto.

Una vez más, el marco fiscal se vuelve una piedra en el camino. Si facturamos ese tipo de ingresos como cooperativa, el SAT nos cobra el ISR sin distinguir que se trata de un trabajo que no es lucrativo, que es comunitario, que en muchos casos ni siquiera se hace por un precio, sino por compromiso. Pero la lógica tributaria no entiende de afectos, ni de procesos colectivos, ni de pedagogías populares. Solo ve cifras y porcentajes. Y eso hace que a veces terminemos pagando impuestos por un ingreso que ni siquiera representa una ganancia.

Por otro lado, si decidimos dedicarnos exclusivamente a la venta de sistemas fotovoltaicos y nos constituimos como asociación civil, también enfrentaríamos problemas: limitaciones legales, restricciones para facturar, dudas sobre cómo repartir el trabajo. Muchos contadores nos han sugerido tener múltiples figuras jurídicas: una cooperativa, una A.C., quizá hasta una empresa social. Pero eso implica una capacidad instalada que hoy no tenemos: más personas, más tiempo, más carga administrativa.

Todo esto nos lleva de regreso a la tensión de fondo: ¿cómo construir un modelo de trabajo que no solo sea económicamente viable, sino también éticamente coherente? ¿Cómo evitar que el plan anual se vuelva una lista de tareas productivas desconectadas del corazón del proyecto? ¿Cómo defender el valor del trabajo comunitario cuando parece no tener cabida ni en el mercado ni en el SAT?

Sabemos que no estamos solas. Muchas otras organizaciones enfrentan el mismo dilema. Y quizás la respuesta no sea crear más figuras, sino más comunidad. Tal vez lo que necesitamos no es solo un modelo de negocio, sino un modelo de vida cooperativa. Uno que reconozca que las necesidades humanas no se resuelven con balances positivos, sino con vínculos, con tiempo compartido, con reconocimiento mutuo. Que entienda que el valor no siempre se mide en pesos, sino en procesos. En nuestra cooperativa aún no encontramos ese modelo ideal.

2.3. Entretejer las reflexiones de la energía con las ideas de trabajo y cuidados colectivos

La interpretación crítica abordó especialmente tres momentos del proceso: la etapa inicial, marcada por una gran imaginación colectiva pero limitada por la ausencia de referentes autogestivos y por tensiones organizativas internas; y la segunda etapa, atravesada por una crisis económica e institucional que reveló las tensiones entre formalización y autonomía, así como los efectos subjetivos de la presión fiscal y los conflictos no resueltos. En ambas, se mostraron los desafíos de construir formas de organización cooperativa en un contexto estructural que no favorece su sostenibilidad, pero también las potencias creativas que emergen en la experiencia compartida.

El análisis realizado deja ver que la autogestión no es una técnica ni una forma organizativa “pura”, sino un proceso conflictivo y situado, que se configura constantemente a través de los vínculos, las necesidades, las condiciones materiales y los aprendizajes históricos. En este sentido, la sistematización ha funcionado como una herramienta para mirar hacia atrás con honestidad, pero también para abrir preguntas hacia el futuro: ¿cómo construir colectivamente sin sacrificar la dignidad del trabajo? ¿Qué formas nuevas de cuidado, remuneración y organización son posibles desde una lógica no capitalista?

Existe una reflexión importante para nosotros, que es el resultado de esto años de trabajo colectivo y del trabajo con aliados y otras cooperativas, y lo planteo como respuesta a las preguntas anteriores. Desde Onergia consideramos importante seguir reflexionando en torno a ¿Qué es el trabajo? Para nosotras es claro que es una forma de energía, y no nos referimos a la energía mecánica, sino una concepción más amplia, para nosotras y otras organizaciones es movimiento, fuerza y vida. Esta concepción, ha sido el resultado de resignificar esta palabra, pues eso nos ha permitido apropiarla desde otro lugar.

En el contexto de las y los masewales y al marco de su Códice Masewal la energía está ligada a su buen vivir –*Yeknemilis*- e implica la gestión de sus flujos energéticos en relación con su cosmovisión. Ellas hablan de una energía que tienen su origen en las relaciones basadas en el respeto entre los seres vivos y que al mismo tiempo les permite caminar hacia el *yeknemilies* a través de realizar sus quehaceres diarios que les dan identidad y les permiten relacionarse con su territorio. En ese sentido, ellas han hecho un proceso de recuperación de saberes que duró tres años de trabajo en talleres en diversas comunidades. El resultado ha sido –*Yolchikawkeyeknemilis*- que se compone de tres palabras importantes dentro de la cosmovisión masewal. *Yol-chikawka-yeknemilis* significa: *Yolo*, corazón o algo con vida propia; *Chikawka*, viene de *chikawak* que tiene que ver con fuerza, fortaleza, energía o poder. Juntas estas palabras expresan “Modelo de gestión de la energía desde el buen vivir” o también el “Modelo de energía que se gestiona con el corazón⁵”.

Esta forma de entender a la energía tiene en el centro a la vida de quienes habitan el territorio, incluyendo a las personas, los animales, las plantas, la madre tierra, las manifestaciones de la energía y todas las formas de habitan su territorio (2024). En esa misma sintonía, podríamos reflexionar sobre nuestra relación el trabajo, que, si es una forma de energía producto del movimiento de la fuerza de nuestros corazones, la pregunta ahora es ¿en dónde radica la chispa? En los cuidados colectivos, que son la base para sostener la vida, desde la defensa del territorio, la producción de lo común y organización comunitaria (Herrero, 2018).

Considero que en Onergia hemos logrado llegar a casi ocho años de trabajo gracias a que nos relacionamos para cuidarnos desde el trabajo y cuidar de nuestro trabajo. En este

⁵ PRONAI para transitar a un sistema energético social y ambientalmente sustentable Informe Técnico del Proyecto CONACYT 321007, 3ra Etapa (2024) Energía para el *Yeknemilies* (Buen Vivir) de la Sierra Nororiental de Puebla.

sentido ¿Cómo podemos pensar una modelo de trabajo autogestivo colectivo basado en las practicas cuidados colectivos?

CAPÍTULO 3. IMAGINANDO RUTA DE AUTOGESTIÓN COLECTIVA DEL TRABAJO

Afecto porque, como dice Guiomar Rovira, hacer el mal es realmente fácil, lo difícil es hacer florecer la vida. Afecto porque las palabras emergen con la intención de no taponar la sensibilidad. Afecto porque, en este momento histórico de dominio de la lógica de separación, producir conexiones, entrelazamientos y complicidades es un modo distinto de hacer mundo, de defender e inventar la vida.
(Gil, 2022, p.61)

Es inevitable dejar por fuera de este capítulo el contexto actual global. Hace unos días en medio del genocidio en Gaza, hemos visto como doce activistas han zarpado desde Sicilia para llevar ayuda humanitaria, a pesar de que no los han dejado llegar a su destino. Mediáticamente han logrado poner de nuevo en el foco la acción social. Ahora miles de personas se han organizado en una caravana en el norte de África y se dirigen a Gaza. Marchas por todo el mundo se han sumado, la lucha por Palestina no solo representa la lucha por la vida de dos millones de personas, sino la defensa misma de nuestra humanidad.

Por otro lado, en otros espacios más cercanos. Durante una reunión con varias organizaciones alguien dijo que el mayor problema al que nos enfrentamos como humanidad es la *desesperanza*. Es más fácil, comprar la narrativa del colapso y asumirnos como parte de este, que superar la falsa imposibilidad de la imaginación y el sentido de comunidad. El capitalismo está en crisis y se enfrenta a un colapso inevitable y quiere que nos vayamos con él. Es como si quisiera arrancar todas las formas de vida y nosotras le estamos comprando esa idea también: Si es imposible acceder a una vida digna, entonces para qué seguir viviendo si el mundo se va a acabar o todos nos vamos a morir, entonces disfrutemos mientras podamos.

El capitalismo ya murió y lo que queda es una proyección fantasmagórica de su original. Sin embargo, como señalaba Gustavo, ésta no es una buena noticia, pues lo que sigue no es la superación del capitalismo, sino una barbarie acentuada por el recrudecimiento de la violencia, que incluye guerras —como el apabullante genocidio que el gobierno de Israel está perpetrando en Gaza—, pandemias, megaproyectos justificados en el etnocidio y en nombre del desarrollo sustentable y otras reconfiguraciones espaciales que no buscan más que dar un último paso hacia la acumulación y la barbarie (Esteve, 2024, p. 11).

Aunado a lo anterior, en Estados Unidos las redadas del ICE han detonado protestas en varios estados. Se vive una de las movilizaciones más amplias en defensa de los derechos migrantes desde 2006, cuando se promovió “Un día sin inmigrantes”. Estos acontecimientos, aunque son fuertes de procesar, porque hay dolor, rabia y muchas veces impotencia; nos van recordando que los grandes cambios se ganan en las calles, ocupando el espacio público y con acción colectiva. Si bien, hoy hablar de sentidos de pertenencias es complejo, ante la mercantilización de las formas de vida.

Para entender la desesperanza, primero hay que reflexionar sobre lo que entendemos como esperanza. Según la Real Academia Española es el estado de ánimo que surge cuando se presenta como alcanzable lo que se desea. Por otro lado, en la filosofía, se relaciona con la capacidad de proyectar un futuro mejor y actuar en consecuencia. Personalmente, hace un tiempo decidí que mis proyecciones del futuro que quiero tendrían que ser a máximo diez años, como resultado de mi percepción de la coyuntura global actual. Me parece increíble esta dificultad de creer que las cosas puedan cambiar realmente y que en más de diez años la vida digna colectiva que se construye seguirá floreciendo.

La desesperanza, entonces, no es solo un sentimiento individual, sino una emoción colectiva que atraviesa territorios, organizaciones, movimientos sociales y defensas comunitarias. Hoy son muchas las personas y colectivos que viven agotamiento, dolor, frustración e impotencia ante las amenazas cada vez más intensas: megaproyectos, violencia armada, narcotráfico, despojo. Esta rudeza se ha vuelto cercana, cotidiana. También como organización cooperativa, hemos sido atravesadas por estas emociones, y reconocemos que lo que sentimos forma parte de una trama más amplia de afectaciones.

En medio de este contexto global atravesado por múltiples crisis -guerras, emergencia climática, retrocesos en derechos humanos, violencias sistemáticas-, se reafirma una sensación de desesperanza generalizada. Este escenario, que pareciera anunciarnos un colapso inminente no solo del modelo económico, sino de la humanidad misma, alimenta una creciente individualización, desmovilización y fragmentación de los tejidos colectivos. Es urgente, sin embargo, seguir imaginando que otros mundos son posibles, y que como humanidad podemos construir formas de vida que resguarden la vida misma en todas sus expresiones. Esto, aunque difícil, requiere de un esfuerzo profundamente colectivo. Es imperativo renunciar al principio de la esperanza pues aún existe un presente que puede ser resignificado y protegido ante la

impotencia y el dolor que nos atañen las atrocidades que se vive ¿dónde colocar hoy la esperanza? (Gil, 2022)

El término esperanza proviene del vocablo latín *esperare*: esperar. Sin embargo, la raíz *spe* remite a algo más, que puede resultar interesante pensar: expandirse y prosperar. Y comparte raíz, además, con otro vocablo latino, *spatium*, que significa “espacio existente entre dos tiempos distintos”, entre el tiempo en el que estamos y el tiempo hacia el que vamos (Gil, 2022, p. 42)

Hemos aprendido -a caminar junto a procesos como las asambleas de defensa del territorio y la vida- que andar por la vía de la construcción de otros mundos no es solo una apuesta política, sino una forma de vivir. Incluso en medio de la dureza, elegimos sostener el esfuerzo colectivo por lo justo y lo vivible. Esta convicción ha sido nutrida por procesos intergeneracionales que, desde hace más de treinta años, han sembrado posibilidades. Por eso, aún con todo el peso que carga este presente, no podemos ni queremos renunciar al principio de la esperanza. El presente sigue siendo el único espacio real desde el cual podemos actuar. Es aquí donde se abren posibilidades, donde se pueden conservar, cuidar, resignificar y defender aquellas semillas de futuro que anhelamos: futuros de reexistencias humanas y no humanas, de otras formas de vida que no estén sujetas al despojo ni al olvido.

Sin embargo, hablar de esperanza también nos enfrenta a tensiones. En una compartencia reciente sobre futuros posibles, después de expresar mi convicción sobre la urgencia de imaginar colectivamente, una compañera desde Ecuador —quien vive amenazas constantes por la violencia, la inseguridad y el hambre— compartió la dificultad de siquiera sentarse a imaginar. Ese testimonio me cimbró. Me recordó que mientras algunas tenemos la posibilidad de pensar y construir, otras están en plena lucha por sobrevivir. Aun así, sigo creyendo que imaginar es necesario. No como gesto ingenuo, sino como acto político que acompaña también a quienes hoy no pueden imaginar.

No se trata sólo de esperar en un sentido pasivo, sino de transitar. Y este tránsito implica un ejercicio, una acción, que supone, a su vez, una superación de los límites propios y, de este modo, una expansión (Gil, 2022, p. 42)

Hablar de imaginación colectiva no es lo mismo que hablar de utopía. A veces se confunden, pero para mí no son lo mismo. La imaginación tiene que estar enraizada en las prácticas cotidianas, permitirnos otras formas de vivir en el día a día. En nuestro caso, imaginar es lo que nos posibilita construir formas de trabajo que se alejen de lo patriarcal y lo capitalista. Pero esa imaginación debe traducirse en acciones que nos acerquen a lo que deseamos. Por eso,

me siento más cercana a la noción de eutopía -recuperando el concepto de Jean Robert-: no imaginar un no-lugar inalcanzable, sino cuidar, fortalecer y transformar lo que ya existe. Imaginamos desde lo que somos y desde lo que ya hacemos.

La eutopía no es otra cosa que el lugar que ya existe con aquello que nos gustaría rescatar: la amistad, la convivialidad, la hospitalidad y la esperanza, conceptos que Gustavo identificó como las claves para una nueva era. (Esteve, 2024, p.11)

Desde este entramado de tensiones, emociones y convicciones, este capítulo representa el punto de llegada de un proceso de sistematización de experiencias, tal como lo propone Oscar Jara: así como hubo un punto de partida para mirar críticamente nuestro andar colectivo, este es el momento donde los aprendizajes, las tensiones y las intuiciones comienzan a organizarse como horizonte. Aquí compartimos algunas de las prácticas y reflexiones que emergieron del análisis de nuestra experiencia como organización cooperativa, en particular aquellas que nos ayudan a perfilar un modelo de trabajo autogestionado, colectivo y alternativo.

El capítulo se estructura en tres bloques. El primero presenta los aprendizajes y buenas prácticas identificadas a lo largo del proceso de sistematización, que aportan elementos hacia un modelo de trabajo colectivo autogestionado y alternativo. El segundo bloque desarrolla una propuesta para la construcción de un plan de vida colectivo, entendido como una herramienta viva que resguarda la memoria compartida de nuestra organización, da cuenta de la existencia de un sujeto político colectivo en movimiento y ofrece una estructura para orientar nuestros acuerdos y apuestas comunes.

Finalmente, el tercer bloque profundiza en cómo la imaginación colectiva puede traducirse en herramientas concretas de gestión del trabajo con un sentido político transformador. Aquí se exploran rutas para una autogestión distinta, enmarcada en propuestas como el ecofeminismo, que replantean la gestión de la vida desde la sostenibilidad, el cuidado y la interdependencia. Esta propuesta busca dialogar con el cooperativismo y la economía social y solidaria, reconociendo tanto su potencia como los riesgos de su cooptación por lógicas capitalistas y patriarcales. Lejos de desechar estas experiencias, se plantea la urgencia de seguir resignificándolas desde epistemologías situadas, saberes del sur y prácticas colectivas que nutren horizontes emancipatorios.

3.1 Aprendizajes y buenas prácticas

"La educación que no reconoce un papel altamente formador en la rabia justa, en la rabia que protesta contra las injusticias, contra el desamor, contra la explotación y la violencia está equivocada." -Paulo Freire-

Desde esta provocación, arrancamos la reflexión sobre aprendizajes y buenas prácticas. No se trata de saberes técnicos ajenos a la experiencia, sino de conocimientos generados en la lucha y en el hacer diario. En este apartado se presentan prácticas concretas que sostienen un modelo organizativo basado en la autogestión, el cuidado, la equidad y el arraigo territorial. Parte de la intención de la sistematización de experiencias tiene que ver con los aprendizajes, en ese sentido no solo nos referimos la adquisición de conocimientos individuales, sino a lo que se piensa desde la educación popular, donde se reconocen como procesos colectivos, significativos y transformadores que se construyen desde el diálogo entre saberes y de la práctica en contextos concretos. Retomando los aportes Jara, encontramos que el *punto de llegada* es el tiempo dentro de la metodología de sistematización de experiencias que da sentido al *punto de partida* -1er capítulo-, ya que en este punto se trata de formular conclusiones y comunicar los aprendizajes orientados a la transformación de la práctica (Jara, 2018).

Estas reflexiones parten de las preguntas guía formuladas en el primer capítulo, orientadoras del proceso de sistematización: ¿qué prácticas invisibilizan o dificultan imaginar horizontes posibles en Onergia? ¿Y cuáles fortalecen nuestra identidad y son esenciales para la autogestión colectiva? Los aprendizajes que aquí se despliegan no se sustentan en teorías abstractas, sino en formas de lo posible: prácticas colectivas concretas que habilitan un hacer cooperativo real. La intención no es conceptualizar, sino compartir herramientas activas que tensionan nuestros límites hacia lo posible.

Como señala Carlos Núñez Hurtado en “La economía solidaria en la educación popular” (2004), el conocimiento en la educación popular -articulado con el cooperativismo, la economía social y solidaria- surge del hacer situado, de prácticas colectivas que construyen el saber colectivo. Asimismo, Silvia Rivera Cusicanqui reconoce que las prácticas cotidianas -tejer, sembrar, marchar- son actos cognitivos que generan saber desde el cuerpo y el territorio. Y Raquel Gutiérrez afirma que “lo común se piensa haciendo”, organizando el agua, la comida o la defensa del territorio. Las prácticas, entonces, no solo configuran modos de habitar, sino

epistemologías encarnadas que definen lo común. Más que teorías, lo que interesa aquí es resaltar aquellas experiencias que emergieron del andar cooperativo y que sostienen la posibilidad de seguir construyendo la autogestión colectiva.

3.1.1 Prácticas que obstaculizan imaginar horizontes nuevos

En el caminar de nuestros procesos organizativos, hemos identificado algunas prácticas que limitan la posibilidad de imaginar y construir colectivamente otros horizontes. No se trata de señalar culpables, sino de reconocer estructuras, hábitos y silencios que, al repetirse, dificultan el florecimiento de lo común.

La manera en que nos comunicamos

En muchas ocasiones, la comunicación entre nosotras carece de la claridad o el cuidado necesarios. A veces, se generan malentendidos o tensiones que no logramos nombrar a tiempo. Otras veces, algunas voces tienden a ocupar más espacio que otras, dejando en silencio perspectivas que podrían enriquecer el rumbo colectivo.

¿Cómo podemos construir una comunicación más afectiva y efectiva?

La distribución desigual del trabajo según la presencia física

Hemos notado que, con frecuencia, quienes están físicamente en los espacios comunes asumen más responsabilidades que quienes participan de forma remota. Esto genera sentimientos de sobrecarga en unas y de desconexión en otras, afectando el sentido de corresponsabilidad.

¿De qué manera podemos equilibrar la carga de trabajo entre quienes están en sitio y quienes trabajan a distancia?

La dificultad para alojar lo emocional en el día a día.

Cuando atravesamos situaciones emocionalmente complejas o sensibles, no siempre encontramos las condiciones para expresarlas. Existe la sensación de que, si no se aborda “en el momento”, se desvanece, se olvida, o queda fuera del marco de lo organizativo.

¿Cómo podemos crear espacios donde las emociones complejas se puedan expresar sin temor a que se pierda el momento?

La ausencia de reflexiones sistemáticas sobre el trabajo colectivo.

En distintos momentos, especialmente en las asambleas, hemos intentado discutir qué tipo de trabajo genera más valor para el colectivo: si el educativo-investigativo o el técnico-operativo. Estas conversaciones, en lugar de consolidar una estrategia conjunta para nuestro modelo de gestión del trabajo, han tendido a abrir brechas y a generar tensiones.

Lo cierto es que ambos campos de trabajo han contribuido de manera significativa, no sólo en términos materiales, sino también simbólicos y estratégicos: por ejemplo, al posicionarnos como un colectivo con reconocimiento, lo que nos ha permitido acceder a más proyectos.

¿Cómo podemos reconocer la diversidad de aportes sin jerarquizarlos, y construir una estrategia de trabajo que valore lo común por encima de lo fragmentado?

La participación activa desde un vínculo colectivo, no sólo laboral

A veces nos cuesta nombrar lo que somos entre nosotras y nosotros: ¿somos trabajadoras? ¿socias? ¿compañeras? Lo cierto es que, más allá de las figuras legales o administrativas, necesitamos reconocernos como parte de un tejido común que se sostiene desde el trabajo, sí, pero también desde el cuidado mutuo, la empatía y la reciprocidad.

Como lo plantea Cristina Castello en su trabajo sobre vínculos cuidados, es fundamental construir relaciones laborales desde la comunicación empática, la escucha activa y la gestión emocional. También Richard Sennett, en su libro *Juntos*, nos recuerda que la cooperación es una práctica que requiere voluntad sostenida, especialmente en contextos de diferencia. Desde otra perspectiva, Etienne Wenger propone que el aprendizaje colectivo se construye en comunidades de práctica —es decir, en espacios donde lo que nos une es lo que hacemos juntas y cómo lo hacemos.

Incluso Eva Illouz, desde la sociología de las emociones, y Manuel Castells, con su análisis de la sociedad red, nos permiten pensar cómo los vínculos laborales están atravesados por estructuras más amplias como el capitalismo o las redes contemporáneas, afectando la manera en que nos vinculamos, colaboramos y nos reconocemos mutuamente. Asumir un rol más participativo no significa solo opinar más o estar más presentes, sino preguntarnos desde dónde y para qué nos vinculamos en lo cotidiano.

¿Cómo queremos relacionarnos entre quienes trabajamos aquí? ¿Qué tipo de vínculo queremos construir más allá de las tareas asignadas? ¿Cómo se cultiva una participación que no sea solo funcional, sino profundamente comprometida con lo común?

Estas preguntas no buscan respuestas inmediatas, sino abrir grietas por donde pueda colarse la posibilidad de hacer las cosas de otra manera. Porque imaginar horizontes nuevos también implica detenernos a mirar lo que nos impide avanzar y atrevernos a transformarlo. Tal vez el primer paso no sea resolverlo todo, sino aprender a mirar(nos) con más paciencia, más escucha y más conciencia de lo que tejemos entre todas.

3.1.2 Hacia una autogestión con sentido: lo que nos une, lo que nos impulsa

Formación colectiva como práctica de imaginación y reaprendizaje

Durante la primera etapa de nuestro proceso colectivo, identificada como *La conformación de la asamblea*, nos enfrentamos a múltiples vacíos organizativos. Sin embargo, muchas de nosotras veníamos de trayectorias disímiles: técnicas, académicas, activistas o comunitarias. No había una “escuela” previa que nos hubiera preparado para organizarnos desde la horizontalidad, para construir acuerdos, sostener afectos o compartir la responsabilidad. En ese escenario, reconozco que la formación colectiva no fue una actividad paralela o secundaria: fue una necesidad y una estrategia para sostener nuestro proceso colectivo.

Lo que aprendimos juntas no se organizó desde una lógica vertical de capacitación, sino como un proceso mutuo de reaprendizaje. Desaprender formas individualistas, jerárquicas o competitivas fue tan importante como adquirir nuevas herramientas técnicas o metodológicas. Esta práctica constante de desaprendizaje y reaprendizaje dialoga con lo que Bell Hooks llama enseñar para transgredir: abrir espacios de enseñanza donde se cuestione la dominación y se cultive la libertad, mediante una educación que es práctica de la libertad (hooks, 1994).

En este proceso, descubrimos que la diversidad de trayectorias no era una debilidad sino una fuerza. La interdisciplina -aunque al principio parecía imposible- se convirtió en una potencia colectiva. Desde la técnica hasta la intuición, desde lo jurídico hasta lo pedagógico, nuestros saberes fueron tejidos en común. Esta práctica cotidiana de construir desde lo diverso se vincula con la sociología de las emergencias de Boaventura, quien señala que imaginar lo

que aún no existe es un acto político fundamental para dar lugar a saberes y prácticas negadas por el orden dominante (Santos, 2005).

La educación popular fue una guía invisible pero poderosa. Aunque no siempre nombramos sus principios, nuestras prácticas respondían a esa lógica de aprender desde la experiencia, el diálogo horizontal y el vínculo con el hacer. Como propone Paulo Freire, nadie educa a nadie, nadie se educa solo, los seres humanos se educan entre sí, mediatizados por el mundo (Freire, 1970). Esta pedagogía de la experiencia vivida fue clave para imaginar otros modos de organizarnos, de construir y sostener la vida en colectivo.

Esta práctica nos ha ayudado a formarnos como educadores populares y, a fortalecer a la asamblea desde el principio de la democracia y la participación activa, ya que nos permite brindar a todos y todas de igualdad de acceso al conocimiento, la información y las capacidades en temas que nos han permitido crecer en autonomía y descentralización de los procesos, para que no dependan de alguna instancia o persona específica (Torres, 2010).

Estos espacios fueron dando sentido a la asamblea y configurando nuestra subjetividad:

La subjetividad, además de alimentar la institucionalidad social y expresar las identidades colectivas emergentes, también es el terreno de producción de nuevos sentidos de los social (Torres, 2000, p.4).

Así, la formación colectiva se volvió una práctica cotidiana de imaginación política: imaginar otras formas de habitar el trabajo, de decidir en colectivo, de sostenernos con dignidad. Más que un “módulo formativo”, fue y sigue siendo un territorio fértil donde cultivar futuros posibles.

Círculos de autocuidado colectivo: entre el afecto, la contención y los límites

El primer acercamiento que tuvimos al concepto de autocuidado fue cuando una de las compañeras -con experiencia en ciencias sociales y trabajo comunitario en contextos de lucha y resistencia-, durante una asamblea, nos preguntó si teníamos algún protocolo de seguridad. Nos invitó a reflexionar sobre cómo pensábamos ese tema hacia dentro de nuestra organización. Señaló que era algo importante, especialmente porque realizamos trabajo de campo con movimientos en resistencia y defensa del territorio.

Recuerdo que en ese momento ni siquiera se nos había pasado por la cabeza hablar de seguridad, mucho menos pensar en protocolos específicos. Esa conversación fue clave, porque nos permitió abrir el tema del autocuidado no solo desde una dimensión técnica -relacionada

con la protección física o el uso de equipos de seguridad-, sino también desde una perspectiva afectiva y colectiva. Comenzamos a comprender el cuidado como una dimensión transversal a todas las esferas del quehacer organizativo.

Desde entonces, de forma espontánea, comenzó a instalarse en nuestras asambleas una práctica que consistía en preguntarnos cómo estábamos. Las asambleas, que son los espacios donde damos seguimiento al trabajo y a la gestión de la cooperativa, comenzaron a abrir con ese momento de escucha mutua. Con el tiempo, por consenso, acordamos que este sería uno de los puntos centrales al iniciar cada encuentro. No se trataba sólo de cómo estábamos en relación con la cooperativa, sino también cómo nos sentíamos en nuestras vidas cotidianas, fuera del espacio laboral. Con el pasar de los meses, notamos que este ejercicio nos tomaba bastante tiempo. Éramos un grupo de siete u ocho personas y dedicar tiempo a cada quien implicaba, muchas veces, más de una hora. Como las asambleas eran semanales o quincenales, comenzaron a extenderse más de lo planeado. Para evitar que esto desbordara los espacios de gestión, decidimos habilitar encuentros separados, destinados exclusivamente al autocuidado colectivo.

Estos espacios fueron potentes. Se convirtieron en lugares donde podíamos compartir lo que nos atravesaba emocional y personalmente, y en los que muchas veces emergían temas profundos, complejos, dolorosos. Pero con el tiempo también comenzaron a mostrar sus límites. Algunas compañeras compartían situaciones de crisis, y nos dimos cuenta de que, aunque escucharnos era valioso, no siempre contábamos con las herramientas necesarias para acompañarnos de forma sostenida. No había contención profesional ni estrategias claras para procesar o canalizar lo compartido.

En medio de un contexto cada vez más desafiante -marcado por la pandemia, una crisis económica interna y una creciente sensación de agotamiento colectivo-, estos espacios comenzaron a volverse difíciles de sostener. Lo que en un inicio nos hacía bien, empezó a sentirse como una carga. Algunas compañeras ya no querían participar, y poco a poco los encuentros se fueron perdiendo.

Mirando en retrospectiva, reconocemos que estos espacios fueron profundamente significativos, pero que también requieren cuidado, organización y contención. No basta con abrir el espacio: es necesario sostenerlo. En este sentido, encontramos resonancia en la propuesta de Lorena Caffnall, quien plantea el concepto de autocuidado cósmico-político como

una práctica radical de defensa de la vida, del cuerpo-territorio, del tiempo, del deseo y de la energía vital. Para ella, el autocuidado es una forma de resistencia que no separa lo político de lo afectivo, lo espiritual y lo corporal, sino que los entrelaza como parte de una misma lucha por la vida digna y libre.

También el Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, en su Cartografía de los Cuidados, nos ofrece herramientas para pensar el cuidado como algo más que una carga o una tarea individual. Proponen comprender el cuidado en su dimensión estructural, como un entramado de relaciones, tiempos, emociones y espacios que sostienen la vida. Su propuesta articula el cuidado como dimensión política del territorio, reconociendo las desigualdades y tensiones que lo atraviesan.

Por su parte, Yuderkys Espinosa propone que el cuidado sea entendido como una práctica anticolonial, que dismantela las lógicas del sacrificio, el productivismo y la negación del cuerpo impuestas por el sistema colonial-capitalista. Cuidarnos -dice- es también negarnos a reproducir las violencias cotidianas que normaliza el sistema. Desde su mirada feminista descolonial, el cuidado se convierte en una estrategia ética y política para sostenernos sin replicar las formas jerárquicas y opresivas de relación.

Es importante distinguir entre la seguridad social y el autocuidado colectivo, ya que, aunque ambos conceptos están vinculados al bienestar, operan en esferas distintas. La seguridad social es un derecho humano fundamental, generalmente garantizado por políticas públicas que aseguran el acceso a servicios esenciales como la salud, las pensiones o el seguro de desempleo. Sin embargo, en muchos lugares, estos servicios se han privatizado o individualizado, alejándose del ideal de un bienestar colectivo y universal.

Por otro lado, el autocuidado colectivo se entiende como un conjunto de prácticas que van más allá de la provisión de servicios. Como plantea el Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo en su Cartografía de los Cuidados, el cuidado colectivo implica tejer redes de apoyo mutuo, donde las relaciones, las emociones y los espacios compartidos sostienen la vida en común. La psicóloga comunitaria Daniela López, que trabaja con movimientos sociales latinoamericanos, destaca que el autocuidado colectivo es una forma de resistencia y sostenibilidad de los movimientos, en la que el cuidado deja de ser una responsabilidad individual para convertirse en un compromiso colectivo que fortalece los lazos y la resiliencia del grupo.

En definitiva, mientras que la seguridad social se enfoca en derechos garantizados por el Estado, el autocuidado colectivo no es un servicio, sino una práctica política que desafía el individualismo, reconoce la interdependencia entre las personas y exige una redistribución justa de las tareas de cuidado. De esta forma, el autocuidado colectivo se convierte en una herramienta de transformación social, fortaleciendo los lazos comunitarios y promoviendo un bienestar que es, al mismo tiempo, individual y colectivo. Recuperar estas ideas puede darnos nuevas pistas para resignificar el autocuidado colectivo: no como un momento improvisado de desahogo, sino como una práctica política, sensible y estructurada. Un espacio para sostenernos sin cargar, para escucharnos sin sobreexigirse, y para reaprender a cuidarnos de manera más justa y consciente.

Juego cooperativo como práctica de conexión y renovación colectiva

En nuestra cooperativa, las sesiones de juegos de mesa cooperativos se convirtieron en un espacio fundamental para fortalecer nuestros lazos y despejar la mente de la rutina laboral. Al principio, jugábamos de manera esporádica, organizando partidas de forma espontánea. Sin embargo, con el tiempo, decidimos convertir esta práctica en una actividad regular. Así, una vez al mes, terminábamos la jornada de trabajo un poco antes para dedicar la tarde a los juegos de mesa y a la convivencia.

Estos momentos de juego no eran solo una forma de entretenimiento, sino una manera de reforzar nuestro espíritu colectivo y de generar una identidad compartida. Como señala Sara Moreno en su obra *Juegos cooperativos: educar para la paz y la solidaridad*, este tipo de dinámicas fomentan valores de cooperación y solidaridad, creando un entorno de confianza y apoyo mutuo. Al jugar juntos, no solo estábamos participando en una actividad recreativa, sino que también estábamos, de alguna manera, poniendo en práctica lo que Coral Elizondo describe como aprendizaje cooperativo crítico, que va más allá de una simple técnica y se convierte en una forma de construir conocimiento y relaciones desde la horizontalidad.

Además, estas sesiones funcionaban como una especie de puesta a tierra. Tal como en las redes eléctricas, donde la puesta a tierra permite disipar el exceso de energía, estos momentos nos ayudaban a liberar el estrés acumulado y a renovar nuestra energía colectiva. De esta forma, como menciona María Luisa Chávez en su estudio sobre pedagogía lúdica y juego cooperativo en escuelas latinoamericanas, el juego se convierte en una estrategia para fomentar una cultura de paz y cohesión social.

En resumen, estas sesiones de juegos de mesa cooperativos no solo nos brindaron momentos de diversión, sino que también se convirtieron en una herramienta poderosa para la intervención socioeducativa y el fortalecimiento de nuestra comunidad, tal como lo plantea Torres en su trabajo sobre el uso de juegos cooperativos con jóvenes.

Terapia colectiva: entre el conflicto, el cuidado y la transformación

La práctica de la terapia colectiva surgió en un momento de fuerte crisis dentro de nuestra cooperativa. Las asambleas, que antes eran espacios vitales de gestión y reflexión, se habían vuelto esporádicas y tensas. Había roces entre integrantes, malestares no resueltos y una creciente sensación de desgaste. En lo personal, cada vez que debíamos reunirnos en asamblea, sentía un profundo malestar, enojo y frustración. Había vivido situaciones que me parecían injustas, como microviolencias verbales o psicológicas, que no habíamos logrado nombrar ni reparar. Esa acumulación me llevó a expresar abiertamente, en una de esas asambleas, que ya no quería seguir sosteniendo el espacio si no buscábamos ayuda externa.

Esa intervención generó apertura entre algunas compañeras. Se reconoció que no sabíamos cómo resolver los conflictos que veníamos arrastrando. A partir de ahí, una de nosotras se ofreció a contactar a una colectiva de psicólogas comunitarias, con quienes concertamos un proceso de acompañamiento. La primera sesión fue para conocernos y contarles la situación que atravesábamos, y a partir de ahí se diseñó un proceso de cuatro o cinco sesiones de dos horas cada una. Lo cierto es que muchas de las personas que llegamos a esa primera sesión lo hicimos con la idea de que probablemente la cooperativa no continuaría. La sensación era que estábamos ahí para cerrar el ciclo de forma respetuosa, tal vez con la intención de separarnos en buenos términos. Sin embargo, el proceso fue revelando otra posibilidad, y lo que inicialmente parecía un final terminó abriendo una vía de transformación, cuyos efectos iré narrando más adelante.

Uno de los temas clave que propusieron las psicólogas fue el de la comunicación no violenta, basada en la propuesta de Marshall Rosenberg, quien plantea que esta forma de comunicación busca expresar lo que sentimos y necesitamos sin emitir juicios, reproches ni exigencias, con el fin de crear un puente empático entre las personas (Rosenberg, 2003). Para nosotras, esto implicó detenernos a pensar cómo estábamos comunicándonos dentro del grupo y cómo ciertas formas de hablar o callar podían resultar violentas, aunque no fueran intencionadas.

En una de las sesiones realizamos un ejercicio colectivo para definir qué significaba “violencia” en nuestro contexto. Compartimos ejemplos concretos y sensaciones que esas violencias nos provocaban. De la mano de las necesidades humanas fundamentales de Max-Neef —como la necesidad de afecto, participación, comprensión o identidad— fuimos identificando cómo ciertas prácticas, incluso sutiles, vulneraban esas necesidades y generaban malestar. Fue un momento de mucha sinceridad, pero también de comprensión mutua.

Este proceso también nos permitió resignificar el lugar del cuidado en los espacios organizativos. Como plantea Lorena Caznal desde los feminismos comunitarios en Guatemala, el autocuidado colectivo debe ser entendido como una práctica de sanación cósmico-política, que permite reparar los vínculos colectivos y territoriales heridos por múltiples violencias. No se trata solo de “sentirse mejor”, sino de sanar para seguir caminando juntas en proyectos que sostienen la vida (Caznal, 2021).

La terapia colectiva no resuelve mágicamente nuestros conflictos, pero sí abrió un espacio protegido y acompañado para hablar de lo que dolía. Nos permitió reconocernos desde la vulnerabilidad y recuperar un mínimo común afectivo desde donde volver a vincularnos. Aunque fue un ejercicio acotado a unas cuantas sesiones, marcó un antes y un después en la vida interna de la cooperativa.

Diseño de espacios de aprendizaje técnico para mujeres: reapropiación, cuidado y transformación

Aunque nuestra cooperativa es formalmente de participación mixta, eso no ha garantizado el acceso equitativo a los saberes, las herramientas o los espacios de trabajo. Esta práctica surge del reconocimiento de que las condiciones materiales y simbólicas del hacer técnico han estado históricamente dominadas por lógicas patriarcales que restringen la participación activa y segura de las mujeres.

Durante los primeros años, si bien éramos dos mujeres y dos hombres, pronto quedé como la única mujer en un equipo de trabajo masculinizado. Como ingeniera, estaba habituada a moverme en ambientes donde ser la única mujer era lo normal, no lo cuestionable. Pero cuando se integraron compañeras con trayectoria en ciencias sociales y comenzamos a dialogar sobre el sistema patriarcal y capitalista, empecé a nombrar incomodidades que antes naturalizaba. Me di cuenta de que no se trataba solo de saber usar herramientas o tener disposición para aprender, sino de una lucha cotidiana por la validación.

Sentía que, pese a mi conocimiento y mi interés en aprender instalaciones fotovoltaicas, mi voz y mi forma de relacionarme con el trabajo técnico no eran tomadas con el mismo peso que la de mis compañeros. En una ocasión, incluso, notamos que muchas de las herramientas que se habían adquirido estaban pensadas para el cuerpo de los hombres: su tamaño, su fuerza, su ergonomía. Fue ahí cuando comprendimos que el acceso equitativo a los medios de producción no era solo una cuestión simbólica, sino también material.

Un punto de inflexión llegó en el año dos mil diecinueve, cuando asistí al Segundo Encuentro Internacional de Mujeres que Luchan, convocado por las compañeras zapatistas. Estuvimos más de cinco mil mujeres reunidas durante tres días en uno de los caracoles, en un espacio de intercambio, canto, baile, acuerpamiento y resistencia. Ahí se me cayó la venda de los ojos: me di cuenta de que no sabía cómo relacionarme con otras mujeres desde lo afectivo, desde el respeto, desde el cuidado, porque había aprendido a moverme en entornos masculinizados en los que lo técnico estaba desvinculado del cuerpo, del afecto y del colectivo. Como dice Silvia Federici, el patriarcado ha construido una separación entre la mente y el cuerpo, entre la razón técnica y los saberes del cuidado, excluyendo a las mujeres de la producción visible y valorada (Federici, 2013).

Al volver de ese encuentro, compartí mi experiencia en la cooperativa. Ese gesto sembró una semilla. Desde entonces, impulsamos la idea de crear espacios de aprendizaje técnico para mujeres, no como exclusión, sino como oportunidad para reaprender desde otras formas de vincularnos. Diseñamos dos talleres: Electricidad para mujeres y Herramientas mecánicas y semimecánicas domésticas para mujeres. Estos espacios se proponen como lugares seguros donde podamos explorar el conocimiento técnico sin tener que demostrarnos nada a nadie, resignificando las herramientas no como obstáculos o pruebas de fuerza, sino como instrumentos que deben facilitarnos la vida.

Estas experiencias dialogan con lo que plantea María Lugones cuando habla de la resistencia epistémica de las mujeres racializadas y colonizadas, quienes han creado espacios de aprendizaje desde el cuerpo, el afecto y la colectividad, en contraposición a la racionalidad técnica dominante. También se vinculan con las ideas de Gloria Anzaldúa, quien sostiene que el conocimiento nace en los bordes, en los intersticios de las opresiones, y que las mujeres que habitan esas fronteras —como las que resistimos desde la técnica— producimos otros saberes desde una conciencia mestiza. Diseñar estos talleres ha sido un acto político, pero también profundamente personal. Me hizo ver que yo era la única mujer en la organización con un

interés profundo en apropiarse de estos saberes técnicos como vía de sustento y autonomía, y que no estábamos haciendo lo suficiente para que otras mujeres pudieran siquiera imaginarse ese camino. Por eso, este esfuerzo no es solo formativo: es parte de una apuesta feminista por transformar los modos en que se construyen el saber, el trabajo y la tecnología.

3.2 Planes de vida colectivo: recuperar lo sagrado de lo común

Hablar de planes de vida en un contexto colectivo es reconocer el enorme potencial que tienen estas herramientas para fortalecer el entramado social y comunitario. Hoy en día, las organizaciones colectivas enfrentan desafíos particulares: son más pequeñas y diversas que en décadas anteriores, y su reto no solo es existir, sino también resistir y re-existir en un mundo donde las relaciones sociales y comunitarias se han fragmentado. En este contexto, recuperar lo comunitario no es solo una meta, sino un camino sagrado para proteger la vida en todas sus formas y reconstruir el tejido social desde la base.

Considero que los planes de vida colectivos son una herramienta vital que debe ser construida desde el interior de las propias organizaciones, tal como plantea Oscar Jara en la sistematización de experiencias: nadie externo puede realizar este proceso mejor que quienes viven y construyen esa realidad. En este sentido, me inspiro también en el ejemplo de las compañeras y compañeros maseuales de la Sierra Norte de Puebla, quienes han soñado y plasmado su plan de vida colectivo a 40 años en el Códice Maseual. Su proceso nos muestra la importancia de proyectar un futuro colectivo arraigado en el territorio y en la memoria, entretejiendo la sabiduría comunitaria con las aspiraciones del presente y del futuro.

Asimismo, recojo la visión de Arturo Escobar en su obra *Autonomía y diseño*, donde explora cómo las comunidades crean ontologías relacionales para diseñar futuros colectivos desde la autonomía territorial. Esta perspectiva nos invita a pensar los planes de vida colectivos no solo como herramientas, sino como espacios vivos donde se articulan la memoria, los saberes, las configuraciones subjetivas y las líneas estratégicas que nos permiten seguir construyendo horizontes de posibilidad. Retomo aquí también la idea de Raquel Gutiérrez sobre los “horizontes de lo posible”: no como un destino final, sino como un marco de sentido compartido que nos permite imaginar y sostener lo que estamos creando juntas.

Por otro lado, concibo este plan de vida colectivo como una especie de brújula, una guía que nos ayude a encontrar y construir nuestro modelo de autogestión colectiva del trabajo. Es un modelo en constante construcción, que evoluciona y se adapta con el tiempo, iluminando el camino hacia una remuneración justa, una forma de trabajo verdaderamente cooperativa y un espacio laboral alternativo. Más allá de ser simplemente socias de una organización, aspiramos a construir un espacio donde el trabajo colectivo se convierta en un referente, una fuente de inspiración para otras pequeñas organizaciones que resisten y re-existen en sus territorios, y también para aquellas que están apenas germinando. En un mundo lleno de contradicciones y desafíos, este plan de vida colectivo nos recuerda la importancia de seguir apostando por modelos cooperativos, colectivos y comunitarios que nos permitan sostener la vida en todas sus formas.

Este ejercicio de enunciación nace de la inspiración del Códice Masegual y de las prácticas de planeación colectiva de los pueblos Masewal en la Sierra Norte de Puebla, con quienes hemos caminado durante más de siete años. Desde ese vínculo afectivo y político, asumimos el gesto de nombrar lo que queremos conservar no como “patrimonio”, sino como bienes comunes (Federici, Salle) y acervo colectivo (Segato): prácticas vivas, saberes compartidos y formas de hacer que sostenemos en común.

3.2.1 Nuestra Chispa Onergiana

No tiene que ver con una promesa de futuro, sino con aquello que nos compromete con nuestra capacidad aquí y ahora de construir algo distinto (Gil, 2022, p.43)

Nuestra Forma de Trabajo Colectivo

En el presente, nuestra forma de trabajo colectivo se caracteriza por su flexibilidad, por la capacidad de adaptarnos a las realidades cotidianas de cada integrante, y por el compromiso con proyectos honestos que acompañan procesos de defensa del territorio, siempre poniendo la vida al centro. Nos vinculamos con una fuerte dimensión afectiva, y muchas veces los acuerdos se dan desde la voluntad, el cariño, la escucha y el deseo de sostenernos mutuamente. La estructura organizativa es horizontal, y tratamos de que las decisiones se tomen desde la asamblea o a través de conversaciones que priorizan el consenso.

Estas dinámicas nos han permitido sostener el trabajo aún sin contar con herramientas formales de gestión. Reconocemos que, a pesar de los retos, el cuidado mutuo, la empatía, y la disposición de todas las personas que integran este colectivo han sido claves para mantenernos.

Sabemos que muchas de las fortalezas que hemos construido podrían potenciarse si contáramos con mecanismos más claros de organización y planeación del trabajo. Queremos evitar que la flexibilidad se convierta en desorden, o que la buena voluntad supla lo que puede ser resuelto con herramientas colectivas. También reconocemos la necesidad de construir espacios más sostenidos de reflexión sobre el trabajo colectivo: ¿cómo distribuir las tareas?, ¿cómo reconocer los aportes?, ¿cómo construir una cultura organizativa que no reproduzca desigualdades, como las de género o clase?

Además, deseamos construir una noción más clara de lo que significa ser parte de este colectivo: no sólo como trabajadoras, sino como sujetas políticas que se cuidan y se organizan a través del trabajo. Eso implica asumir con más conciencia y compromiso el rol que cada quien desempeña, fortalecer la reciprocidad y la participación, y seguir construyendo relaciones que vayan más allá de lo funcional.

Imaginamos una forma de trabajo colectivo que no sólo garantice condiciones materiales dignas, sino que también satisfaga necesidades humanas profundas, como el sentido de pertenencia, la identidad, el arraigo y la creación compartida. Queremos que nuestro trabajo forme parte de una apuesta por una economía social y solidaria, y que nos acerque a una forma de vida inspirada en el buen vivir, resignificada desde nuestras experiencias urbanas.

Aspiramos a una organización libre de violencias, donde la participación de mujeres y disidencias en todos los ámbitos —incluidos aquellos tradicionalmente masculinizados como las ingenierías— sea no sólo posible, sino valorada y necesaria. Deseamos mantener la asamblea como el corazón político y afectivo de nuestra organización, donde entretejamos nuestras diferencias, nuestras propuestas y nuestros afectos.

En última instancia, queremos que este modelo de trabajo colectivo no sea solo para nosotras, sino también un referente para otras organizaciones pequeñas que resisten y germinan en sus propios territorios.

Nuestra Configuración Subjetiva

- Nosotras trabajamos con las manos y el corazón, y lo hacemos en colectivo.

- Aquí las herramientas se comparten, se cuidan y se entienden como una extensión de nuestras posibilidades.
- Aquí las asambleas no son trámites, son espacios donde cultivamos acuerdos, desacuerdos y afectos.
- Nosotras jugamos, porque el juego también es una forma de aprender y de sanar juntas.
- Cuidarnos es parte del trabajo, y el trabajo no tiene sentido sin cuidado.
- Aquí trabajamos con nuestras cuerpas, nuestras emociones y nuestras convicciones.
- Aquí el cuidado no es un extra: es el centro desde donde nos organizamos.
- Aquí nuestras diferencias no nos dividen: nos enseñan a trenzar otra forma de cooperativa.
- Aquí no hay conocimiento técnico sin sensibilidad.
- Aquí sostenemos la vida colectiva con afecto, energía, asamblea.
- Aquí nos cansamos, sí, pero también sabemos parar, respirar y preguntarnos cómo estamos.
- Aquí nos organizamos para que ninguna más tenga que pedir permiso para aprender electricidad, para levantar una herramienta, para soñar con un trabajo digno.
- Aquí nuestras chispas individuales alimentan la chispa colectiva que se mantiene.

Nuestra esencia como chispa colectiva

- Aquí nuestra esencia arde como chispa de energía: nos encendemos juntas, nos cuidamos y hacemos que ese fuego siga vivo.
- Nosotras somos esa chispa y nuestras cuerpas son territorio sagrado: cuidar de nosotras es cuidar ese fuego común.

Nuestros valores vividos

- Aquí somos dignidad, solidaridad, creatividad y audacia: trabajamos con respeto, confianza y con el valor de no estar solas.
- Valoramos la escucha, la empatía y el aprendizaje compartido: cada voz construye el todo.

Nuestra gestión colectiva

- Aquí la gestión de nuestro trabajo se hace desde la participación real, la transparencia y el consenso, no desde la imposición.

- Nuestras decisiones nacen de la confianza, el diálogo y la construcción en conjunto, y no regresaremos atrás.

Celebraciones y memoria compartida

- Aquí celebramos el 21 de agosto: nuestro aniversario es un ritual de reencuentro, memoria y reafirmación colectiva.
- Ese día recordamos lo que somos, lo que soñamos y la comunidad que seguimos tejiendo.

Formas de trabajo con cuidado

- Aquí trabajamos protegemos la chispa individual y colectiva: cada cuerpa importa y cada pulso nutre el todo.
- Creemos en un trabajo donde la técnica y el afecto se entrelazan, y donde las herramientas nos abren camino, no nos ponen barreras.

Territorio urbano y sueños colectivos

- Aquí habitamos la periferia del centro: somos ciudad y sueño, con el deseo de tejer redes cooperativas en nuestro barrio.
- Aquí soñamos con una red de espacios de trabajo y cuidado que irruman en nuestra ciudad, conectando con quienes habitan cerca.

Sueños y caminos por venir

- Aquí guardamos sueños colectivos: que más mujeres aprendan a construir energía, que nuestras herramientas sean siempre aliadas, que nuestra organización florezca con alegría y resistencia.

Amenazas y riesgos

Una amenaza profunda que enfrentamos como organizaciones colectivas es la repatriarcalización. El hecho de que una organización se define como cooperativa o colectiva no significa, por sí solo, que haya superado las lógicas patriarcales. Existen discursos que suponen que el cooperativismo es automáticamente antipatriarcal, y esto termina invisibilizando la necesidad de despatriarcalizar nuestras propias estructuras, relaciones y formas de trabajo.

Muchos procesos organizativos reproducen estructuras de poder patriarcales que contradicen los principios de transformación que enuncian. Así, se construyen cooperativas que, en la práctica, siguen replicando los modelos de empresas tradicionales: donde las mujeres tienen una participación limitada, no pueden acceder a tareas técnicas, no tienen voz ni voto, o deben enfrentar cargas de trabajo invisibles y no reconocidas.

Desatender este proceso de crítica y transformación interna representa un riesgo serio para la construcción de modelos económicos alternativos verdaderamente emancipadores. Sin una mirada feminista, el cooperativismo puede convertirse en un simple cascarón legal, vacío de contenido transformador. Reconocer esta amenaza es, también, una invitación a cuidar los espacios colectivos desde una perspectiva profundamente política, ética y afectiva.

Otra amenaza importante proviene de las narrativas hegemónicas sobre la transición energética justa. Aunque este término ha cobrado fuerza en los últimos años, muchas veces se instrumentaliza para encubrir soluciones que, en el fondo, no transforman las estructuras de poder ni los modelos de desarrollo existentes. Lo que se presenta como "justo" o "sustentable" muchas veces responde a los intereses de grandes empresas, gobiernos o actores internacionales que promueven megaproyectos extractivos con lenguaje verde.

Estas narrativas dominantes invisibilizan las alternativas construidas desde abajo, por comunidades, cooperativas y pueblos que ya están creando otros modelos energéticos. Además, al absorber y neutralizar el lenguaje de justicia energética, estas falsas soluciones despojan de sentido político las luchas territoriales, las experiencias de autogestión, y los procesos de autonomía energética que emergen desde lo comunitario.

Si no se cuestionan críticamente estas narrativas, corremos el riesgo de quedar atrapadas en discursos vacíos que cooptan nuestras prácticas y las convierten en productos de mercado. Frente a ello, se vuelve urgente no solo disputar el sentido de la transición energética, sino también visibilizar nuestras propias formas de producir, habitar y cuidar la energía como parte de una lucha por la vida.

Reconocer estas amenazas no significa quedarnos en la parálisis o el temor. Al contrario, es un acto de cuidado colectivo: mirar de frente lo que puede debilitarnos nos da herramientas para fortalecernos. Algunas de estas amenazas son estructurales y nos exceden; otras pueden ser transformadas desde adentro si existe la voluntad y el compromiso para hacerlo. Lo importante es no dejar de observarnos, de cuestionarnos y de imaginar caminos

posibles para que nuestra organización siga siendo un espacio digno, justo y profundamente vivo.

Horizontes de posibilidad (líneas estratégicas)

A partir de nuestro recorrido colectivo, identificamos algunos ejes estratégicos que orientan el rumbo de nuestra organización. Estos ejes expresan apuestas políticas y organizativas que buscamos sostener, profundizar o construir en el mediano y largo plazo. Son nuestros horizontes de posibilidad: caminos que queremos transitar juntas para seguir imaginando y haciendo otra forma de vida y trabajo.

1. Trabajo organizado

Fortalecer la gestión interna para que el trabajo no dependa únicamente de la voluntad o la disponibilidad individual, sino que cuente con acuerdos claros, herramientas colectivas y mecanismos de seguimiento. Este eje busca que nuestras prácticas cotidianas sean sostenibles, cuidadas y corresponsables, sin perder la flexibilidad ni la autonomía que valoramos.

2. Cuidados colectivos

Reconocer el cuidado como un componente central del trabajo y no como algo adicional. Esto implica generar condiciones para el bienestar emocional, físico y relacional de quienes integramos el colectivo. El cuidado colectivo no se reduce a acciones puntuales, sino que se expresa en cómo nos escuchamos, cómo gestionamos los conflictos, cómo nombramos los límites y cómo nos sostenemos en lo cotidiano.

3. Armonización del trabajo colectivo

Construir formas de organización que respeten y reconozcan nuestras diferencias sin perder la armonía del conjunto. Este eje apunta a afinar nuestra capacidad de convivir, decidir y crear juntas, sin caer en uniformidades forzadas ni fragmentaciones paralizantes. Se trata de buscar una política de lo común que haga posible el disenso, el diálogo y el acuerdo como prácticas vivas.

4. Vivienda digna

Impulsar procesos colectivos que nos acerquen al derecho a una vivienda digna, segura y accesible, entendida no solo como un bien material, sino como un espacio desde donde se construye comunidad, autonomía y arraigo. Este eje busca articular nuestras luchas laborales

con las luchas territoriales y por la reproducción de la vida, imaginando formas de habitar que nos permita sostenernos y cuidarnos en comunidad.

5. Procesos de apropiación de saberes colectivos

Promover espacios de formación, intercambio y creación de conocimiento que fortalezcan nuestra autonomía técnica, política y organizativa. Este eje reconoce que los saberes se construyen en la práctica, desde la experiencia compartida, y que apropiarse colectivamente de ellos es una forma de resistir la dependencia, jerarquías externas y la especialización excluyente. Apostamos por una pedagogía horizontal donde todas aprendemos, enseñamos y transformamos juntas.

6. Circuitos de energía solidaria

Impulsar formas de producción, distribución y gestión de la energía basadas en la cooperación, la justicia social y el arraigo territorial. Este eje busca consolidar redes entre comunidades, cooperativas y organizaciones que apuestan por una transición energética desde abajo, construyendo autonomía y soberanía energética desde la lógica del bien común y no del mercado.

3.3 Lo común como horizonte: subjetividad colectiva y herramientas de gestión

Este apartado parte de la pregunta guía: ¿Cómo se entreteje la autogestión colectiva del trabajo con la configuración subjetiva de nuestra organización para así lograr la gestión de nuestro plan de vida? Desde el inicio, usamos la expresión configuración subjetiva para señalar que la subjetividad colectiva se va construyendo en el intersticio del hacer conjunto, del conversar compartido, del decidir desde lo común. No es un estado estático, sino una trama viva de sentidos, tensiones, afectos y decisiones que emergen del andar organizativo.

Uno de los aprendizajes más significativos identificados en este proceso fue entender que la autogestión colectiva del trabajo sólo puede sostenerse mediante herramientas vivas. No me refiero a instrumentos neutros o tecnocráticos, sino a prácticas compartidas que cohabitan lo afectivo, lo político y lo operativo. En este sentido, la primera herramienta fue el propio proceso de sistematización de experiencias: un ejercicio de investigación-acción participativa que permitió pensar juntas nuestra propia organización, resignificarla y proyectarla desde lo que ya somos.

La sistematización de experiencias va más allá de un simple registro o análisis: es una herramienta poderosa de gestión colectiva. Su valor radica en la capacidad de ordenar los

saberes contruidos en el día a día, saberes invisibles y dispersos que sostienen la vida organizativa. Mediante este ejercicio no solo recuperamos lo que hemos hecho, sino cómo y por qué lo hicimos, revelando tensiones, sentidos y procesos de sentido compartido.

Una de las dimensiones más potentes de la sistematización es que habilita un espacio para visibilizar las tensiones internas implícitas: aquellas contradicciones entre lo que declaramos y lo que vivimos, entre los valores y las prácticas. De esta manera, la sistematización no es solo una herramienta técnica, sino también política y subjetiva: nos permite mirarnos, preguntarnos, resignificar nuestra experiencia, darnos nuevos sentidos.

Además, esta metodología nos ayuda a identificar prácticas valiosas que fortalecen el trabajo colectivo y a visibilizarlas como parte de nuestra memoria organizativa, facilitando la toma de decisiones compartidas. En ese sentido, la sistematización se convierte en una herramienta estratégica de gestión de sentidos, vínculos y horizontes, más que de recursos o tiempo.

Para organizaciones como la nuestra, centradas en la cooperación, la equidad y la sostenibilidad de la vida, la sistematización es una herramienta profundamente coherente con nuestros objetivos. No busca imponer modelos sino recuperar los propios, no persigue la eficiencia productiva, sino la claridad en nuestros vínculos, cuidados y propósitos. En ese sentido, es una herramienta transformadora, que nos permite narrar, ordenar y compartir lo que, de otra manera, se perdería en el tiempo.

Desde una perspectiva pedagógica, Paulo Freire aportó una frase que, aunque no referida exclusivamente a la sistematización, ilumina su sentido creativo: el diálogo, «dinamizador por excelencia del proceso de transformación» que nos permite nombrar el mundo para transformarlo. En ese sentido, sistematizar es dialogar con nuestra propia experiencia, nombrarla colectivamente, para hacerla transformadora: una forma de acción-política a partir del discurso compartido.

En un contexto contemporáneo, con organizaciones cada vez más pequeñas y diversamente conectadas, es esencial actualizar esta práctica. Eduardo Montenegro habla de la “sistematización 2.0”, subrayando cómo las herramientas digitales -como mapas interactivos, podcasts, wikis colaborativas- pueden enriquecer nuestra memoria colectiva. Esta mirada nos invita a experimentar nuevas formas de sistematización que sean incluyentes, accesibles y enriquecedoras, sin renunciar a los principios de colectividad y participación.

Una segunda herramienta reconocida es la elaboración del plan de vida colectivo: no como un documento cerrado, sino como una guía viva que reúne memorias, apuestas, cuidados y horizontes comunes. A partir de estas dos bases, surgen preguntas que permiten seguir nombrando herramientas de gestión auto organizada: ¿puede entenderse la asamblea como herramienta de configuración subjetiva? ¿Son las prácticas de distribución de tiempos y cuidados también parte de estas herramientas?

El plan de vida colectivo es una propuesta metodológica que se presenta aquí por primera vez de forma estructurada, pero que no surge de una intención individual. Es el resultado de una escucha atenta y continua a las voces de mis compañeras y compañeros de la cooperativa. A lo largo de distintas asambleas y espacios de conversación, han emergido necesidades compartidas: la importancia de tener claridad sobre un rumbo colectivo, la inquietud por construir metas comunes, el deseo de proyectar nuestro caminar con sentido político y afectivo.

Aunque en algunas ocasiones se ha hablado de contar con un plan de trabajo anual, o incluso con un plan de vida en lo individual, lo que aquí se propone es un giro: pensar en un plan de vida colectivo. Es decir, una herramienta que permita no solo organizar las tareas o las metas operativas, sino también dar lugar a los cuidados, las expectativas personales dentro del colectivo, los ciclos de vida de quienes lo habitamos y los deseos que compartimos.

Esta propuesta busca funcionar como una herramienta viva que ayude a orientar las decisiones colectivas, a hacer visibles nuestras prioridades organizativas y a darle continuidad a nuestros procesos sin perder de vista el sentido político y afectivo que los sostiene. El plan de vida colectivo, en ese sentido, no es una hoja de ruta cerrada, sino un espacio común para nombrar, ordenar y soñar en colectivo.

En una organización como la nuestra, que no busca la acumulación de capital sino la sostenibilidad de la vida y el trabajo digno, un instrumento como este puede ayudarnos a fortalecer el modelo de autogestión desde un lugar profundamente situado, afectivo y político. Nos permite preguntarnos no sólo qué queremos lograr, sino también cómo queremos vivir mientras lo hacemos.

En ese sentido, el plan de vida colectivo funciona como una brújula que orienta nuestro andar. Para explicarlo mejor, podemos hacer una analogía con nuestro trabajo: cuando instalamos sistemas fotovoltaicos, sabemos que los paneles deben orientarse al sur para

aprovechar al máximo la energía del sol. Así también este plan nos señala un sur, no solo geográfico sino simbólico: un sur construido desde las epistemologías feministas, autónomas, colectivas, del sur global, que son nuestros referentes y nuestra base. Esa es la dirección que queremos seguir.

Este plan de vida debe acompañarnos en los momentos en que sentimos que perdemos el rumbo, permitirnos mirar hacia atrás para revisar nuestras memorias, nuestros acuerdos y lo que hemos sido. Pero también es algo vivo, que debe ser retroalimentado con el tiempo. Porque nos permite ver, como una fotografía en movimiento, nuestra configuración subjetiva colectiva: esa subjetividad colectiva que hace de Onergia no solo una cooperativa, sino un sujeto político colectivo.

Este sujeto no se define sólo por los saberes que hemos construido ni por nuestra participación en el modelo económico dominante. Se define también por otras cosas que valoramos profundamente: los vínculos, los afectos, los aprendizajes, las formas de cuidado, los silencios, las tensiones. El plan de vida colectivo tiene que permitirnos seguir avanzando, sosteniendo el proceso con todas y todos, y que al mismo tiempo ese proceso también nos sostenga a nosotras.

Una tercera herramienta clave para sostener y proyectar nuestro modelo de autogestión colectiva ha sido el impulso de procesos de apropiación de saberes y tecnologías. Esta práctica, aunque ya abordada en el segundo capítulo, merece retomarse aquí por su relevancia como una herramienta en sí misma. En nuestra experiencia, apropiarnos de tecnologías –como los sistemas fotovoltaicos– no ha significado únicamente saber instalarlos, sino aprender a pensarlos desde marcos distintos a los impuestos por los megaproyectos energéticos. Pensarlos desde el territorio, desde las necesidades de las comunidades, desde una lógica de defensa de los bienes comunes.

Estos procesos también han implicado reconocer que no basta con operar tecnologías ya existentes; necesitamos cuestionar su origen, su fabricación, y sus impactos, en especial aquellos ligados al extractivismo y la minería. Por ello, reflexionar sobre el vínculo entre tecnología y vida es también una forma de resistencia. Y, al mismo tiempo, una posibilidad para imaginar otras formas de gestionar colectivamente no solo la energía, sino los saberes, los recursos y el trabajo.

Este proceso de apropiación también invita a imaginar nuevas herramientas que acompañen nuestra gestión cotidiana. En el mundo empresarial dominante, existen programas conocidos como ERP, que centralizan contabilidad, recursos humanos o gestión de proyectos, y muchas veces están disponibles como apps móviles conectadas a la nube. Nosotras soñamos con construir algo distinto: una herramienta tecnológica comunitaria, de código abierto, pensada desde nuestras necesidades organizativas y afectivas.

Imaginamos un programa sencillo, alimentado por nuestro plan de vida colectivo y construido desde la sistematización de experiencias. Que esté disponible en nuestros celulares, donde podamos registrar cómo nos sentimos, qué aprendimos, qué tensiones o vínculos surgieron en los proyectos. No para burocratizar la vida organizativa, sino para crear memoria viva. Porque muchas veces, al no registrar lo que vivimos, se pierden saberes esenciales.

Esta herramienta también facilitaría procesos como nuestras asambleas anuales, permitiendo recuperar experiencias, aprendizajes y afectos desde una plataforma común. Y todo podría estar alojado en un servidor autogestivo, energéticamente autónomo. Una tecnología propia, al servicio de la vida común, construida desde una ontología relacional, con base en nuestros sueños, prácticas y convicciones.

Y es que, como se señala en “Palabras contra el fin del mundo”, “la memoria tiene diversos horizontes según su profundidad. Hay memorias remotas, memorias lejanas, otras más cercanas, pero todas ellas están en proceso de borramiento”. De ahí la urgencia de crear nuestras propias formas de resguardo y activación de la memoria colectiva, antes de que el olvido nos gane.

Reconocer estas herramientas -la sistematización de experiencias, el plan de vida colectivo y los procesos de apropiación de saberes y tecnologías- no solo nos ha permitido entender cómo se configura nuestra autogestión colectiva del trabajo, sino que también nos impulsa a imaginar lo que aún podemos construir. Cada una de estas herramientas, nacidas del hacer cotidiano, del diálogo entre saberes, del ensayo y el error, nos señala rutas posibles para seguir caminando juntas. No están acabadas, ni pretenden ser fórmulas. Son brújulas en movimiento que nos llaman a seguir fortaleciendo nuestro sujeto político colectivo y a consolidar un modelo organizativo que, más allá de resistir, se proponga reexistir con dignidad, creatividad y esperanza.

CONSIDERACIONES FINALES

Desde aquella charla en el CEDES con Ana Medina -Radio Educación- en 2017 he tenido la duda, sobre, si las cooperativas son una alternativa al desarrollo, ¿Cómo se construyen para que verdaderamente podamos dar cuenta de ello? ¿A partir de que se organiza y se gestionan? Entendí que su respuesta tenía la intención de motivarnos a comenzar a ofrecer y vender nuestros servicios como acto inaugural de nuestra unidad productiva y de nuestra intención de aprender a organizar el trabajo colectivo y sin duda había que dar ese primer paso.

Sin embargo, con el paso del tiempo, en mi mente y corazón, se fue haciendo más fuerte aquel sentimiento de incertidumbre sobre si realmente podemos hacer las cosas diferentes, de una manera en la que podemos dar cuenta de una posibilidad distinta, ya que, no sólo basta con tener espacios de autocrítica colectiva. La urgencia hoy, es lograr llevar al espacio de la vida cotidiana de nuestro quehacer cooperativo las herramientas necesarias para construir, resignificar, resguardar y sostener nuestra capacidad de autogestionar nuestro trabajo colectivo como un elemento que nos permite el acceso a una vida digna y disfrutable* y que a su vez se entreteja con las transformaciones socioambientales.

Es urgente que las cooperativas, las colectivas y lo colectivo sean ese hilo que continúa entretejiendo redes de solidaridad y esperanza para todas, todos y todes. Necesitamos que la Economía Social y Solidaria dialogue con los ecofeminismos, para que no sólo busque horizontes posibles, sino que construya horizontes de despatriarcalización.

El ecofeminismo es, antes que nada, una clave de interpretación crítica sobre la crisis civilizatoria occidental que desemboca en una apuesta de transformación radical. En ese sentido, nos invita a desaprender y renovar nuestra imaginación, mientras nos persuade de reconsiderar las formas y alcances de la acción política (Herrera, 2024, p.7-8).

Esta sistematización nació como un intento de alumbrar nuestro andar colectivo. Como quien va colocando faros a lo largo del camino, buscábamos mirar con claridad nuestros pasos, nuestras contradicciones y nuestras búsquedas. Pero también anhelamos que esos faros sigan encendidos, que nos permitan ver con más nitidez los horizontes de lo posible y sostener el trabajo compartido.

El punto de partida de esta investigación se remonta al 21 de agosto de 2017, cuando asistí a una actividad en el CEDES junto a compañeros de Onergia. En aquella ocasión, durante

una conversación con Ana Medina, surgió la inquietud central que impulsó todo este trabajo: si en una empresa tradicional el primer paso es elaborar un plan de negocios, ¿cuál sería el equivalente para una cooperativa? La respuesta de Ana—“tienen que vender”—me despertó el cuestionamiento profundo sobre la brecha entre los modelos empresariales convencionales y las prácticas cooperativas. Esa pregunta inicial, simple en apariencia, actuó como la semilla de mi hipótesis y marcó el rumbo de la investigación-acción participativa que aquí sistematizo.

Con el transcurso de los años, viví un proceso de catarsis en el que la práctica cotidiana de la cooperativa reveló tensiones y contradicciones: conflictos internos, explotación y precarización que chocaban con mis ideales iniciales. A pesar de la convicción de estar construyendo un proyecto diferente, comprendí que estructuras más amplias -sociales y económicas- sometían aún a Onergia a lógicas hegemónicas. Este choque entre teoría y práctica alimentó mi motivación por demostrar que, con voluntad y reflexión colectiva, es posible diseñar modelos de trabajo alternativos que no reproduzcan esas desigualdades.

En diversos espacios de encuentro externos, nuestro trabajo ha sido etiquetado como “romántico”, “hippie” o “muy imaginativo”. Estas calificaciones, aunque pretendan restar valor, revelan también un reconocimiento implícito: nuestras prácticas, ancladas en los principios de la economía social y solidaria, introducen formas disruptivas que chocan con las expectativas del sistema capitalista. Lejos de ofendernos, esas etiquetas confirman que algo distinto está ocurriendo, y nos motivan a profundizar en las estrategias que realmente subvierten lo establecido.

Económicamente, Onergia no es rentable bajo los parámetros convencionales del mercado: si tomáramos decisiones únicamente basadas en beneficios monetarios, el proyecto habría cesado al finalizar la pandemia. Sin embargo, nuestra sostenibilidad radica en una remuneración multidimensional que trasciende lo económico: profesionalización, afecto, cuidados y sentido de pertenencia son componentes esenciales de nuestra lógica. Este enfoque redefine el éxito y subraya que la viabilidad de una cooperativa no se mide únicamente en tasas de ganancia, sino en la integridad y el bienestar de sus integrantes.

Siguiendo la metáfora de la espiral propuesta por Oscar Jara, los procesos colectivos avanzan de modo no lineal, con un ritmo orgánico que contrasta con la prisa capitalista. En esa espiral, cada vuelta profundiza aprendizajes y refuerza la cohesión interna, respetando los

tiempos propios de la comunidad. Este mismo principio se refleja en el lema zapatista de “caminar al paso del más lento”, que reivindica la importancia de acompañar cada etapa del proceso con cuidado y sin dejar a nadie atrás.

La sistematización de experiencias me llevó a identificar la necesidad de despatriarcalizar nuestro modelo de autogestión. Poner la vida—tanto colectiva como individual—en el centro implica derribar estructuras patriarcales que limitan la participación plena de todas las personas. Al avanzar hacia prácticas inclusivas y horizontales, abrimos horizontes de lo posible, consolidando un espacio en el que el cuidado mutuo y la corresponsabilidad sean la base de nuestras decisiones.

Es esencial recuperar el origen orgánico de Onergia: una entrevista temprana, cuando apenas comenzábamos, narró cómo nos conocimos de manera natural y cómo la Unión de Cooperativas Tosepan nos inspiró con más de 40 años de trayectoria. Esa espontaneidad, ese encuentro genuino, conforma el corazón del proyecto y nos recuerda que lo que crece con intención y colaboración posee una fortaleza profunda, capaz de resistir obstáculos y renovarse constantemente.

Toda vida y todo proyecto tiene ciclos. Reconocer que un ciclo puede llegar a su fin de forma natural no equivale a un fracaso, sino a una oportunidad de transformación. Así como las hojas que caen nutren el suelo para nuevas semillas, el cierre de una etapa cooperativa puede abrir espacio a nuevas iniciativas. Esta perspectiva nos permite valorar cada fase, consciente de que, en ocasiones, concluir también significa aportar al tejido común.

Por último, identificar las razones por las que algunos compañeros han dejado la organización revela barreras internas que debemos seguir derribando. Escuchar esas salidas, aprender de ellas y trabajar en las causas que las originan fortalece nuestra cohesión y nos impulsa a construir una cooperativa más sólida, con procesos de incorporación y acompañamiento que reflejen realmente los valores de igualdad y cuidado mutuo.

Considero que esta sistematización sí permitió recuperar de manera honesta y profunda la experiencia vivida en la cooperativa, visibilizando tanto los logros como las tensiones y contradicciones que hemos atravesado. En ese sentido, me parece fundamental destacar el valor que tiene la sistematización de experiencias no solo como una herramienta de la educación

popular, sino también como una metodología que puede ayudarnos a organizar y alinear nuestros modelos cooperativos. Así como en una línea de producción existen métodos orientados a maximizar la eficiencia, las cooperativas también necesitamos abrazar metodologías que nos ayuden a caminar hacia nuestros propios fines: la vida digna, la autogestión y el buen vivir.

Uno de los aportes más relevantes de esta sistematización es haber logrado nombrar prácticas que, aunque invisibilizadas, han tenido un papel central en la construcción de nuestra experiencia cooperativa. Algunas de ellas han fortalecido nuestros lazos y sostenido el andar colectivo, mientras que otras han obstaculizado nuestro caminar conjunto. Más allá de juzgarlas como buenas o malas, estas prácticas son expresiones de nuestras subjetividades, y es precisamente en su reconocimiento donde se abre la posibilidad de transformarlas. Observarlas con atención puede ser clave para que otras organizaciones también se reconozcan a sí mismas, se nombren y reconfiguren sus propias formas de hacer y de ser.

Si bien el Buen Vivir aparece como una inspiración y un horizonte ético en el planteamiento de esta investigación, durante el desarrollo de la sistematización decidí no incorporarlo como eje central del análisis. En el camino comprendí que lo más potente en esta etapa era recuperar los saberes y la memoria colectiva de nuestra experiencia, como una base necesaria para construir, desde ahí, nuestro propio vivir. Considero que apropiarnos del Buen Vivir implica un proceso respetuoso, situado y profundamente colectivo. Y aunque no lo abordé con la metodología que requeriría, reconozco que esa búsqueda sigue viva.

En esta pregunta sobre cómo imaginar y sostener planes de vida colectivos, lo que propongo es que abramos un diálogo para imaginar nuestros propios buenos vivires. Así como en Colombia se habla de la vida sabrosa o en otros espacios de vidas dignas y disfrutables, en ONERGIA necesitamos preguntarnos cómo lo nombraríamos nosotras, qué sentido tendría desde nuestra experiencia. Aunque estos saberes vienen de otros territorios y raíces, sentimos afinidad y deseo de caminar hacia ellos. Tal vez podríamos hablar, con cariño y esperanza, de una vida disfrutable *onergiana*. Y creo que eso, más que una definición cerrada, puede ser una apuesta compartida para seguir andando juntas.

Uno de los aprendizajes más importantes que emergen de esta sistematización es reconocer que, si bien hemos avanzado mucho en el fortalecimiento de nuestra práctica

colectiva, aún tenemos una ausencia considerable de reflexión explícita sobre qué entendemos por trabajo y cómo podemos construir un modelo de autogestión que realmente lo sostenga. Aunque se ha conversado, sigue siendo una discusión pendiente, especialmente en momentos como la actualización de nuestro esquema de remuneración. En esas discusiones surgen propuestas como que quien trabaje más gane más, que en apariencia suenan justas, pero que en el fondo resultan limitadas. Este enfoque deja por fuera elementos centrales de nuestra experiencia, como el cuidado, el compromiso compartido y el riesgo colectivo que asumimos al trabajar juntas.

Una compañera ha mencionado que un modelo de gestión posible podría parecerse al que usan algunas asociaciones civiles, donde se construye un plan de trabajo anual con ejes definidos algo que podría asemejarse a nuestro plan de vida colectivo. En ese modelo se contemplan los gastos fijos, los gastos variables y las necesidades económicas del grupo, para después proyectar el valor del trabajo a lo largo del año. Aunque esa estructura puede ofrecernos una base útil, me sigo preguntando: ¿cuánto cuesta realmente sostener Onergia si lo entendemos como un esfuerzo por sostener la vida colectiva? No se trata solo de cubrir lo operativo, sino de asegurar recursos para seguir cultivando nuestras prácticas fundamentales: espacios colectivos de cuidado, acceso a terapias compartidas, tiempos de reflexión o pausas necesarias. Por eso, propongo que todo plan de trabajo esté necesariamente alineado con el plan de vida. Solo así podremos construir un modelo de autogestión que sea coherente con lo que queremos ser, que reconozca el valor de lo que hacemos más allá de la productividad, y que haga posible seguir caminando juntas.

Con esta sistematización no se cierra un proceso, sino que se abre un nuevo ciclo de reflexión y acción. Recuperar nuestra experiencia, reconocer nuestras tensiones, nombrar nuestras prácticas y atrevernos a imaginar otros modos posibles de sostener la vida colectiva ha sido un ejercicio profundamente transformador. Si bien no encontramos todas las respuestas, sí trazamos preguntas necesarias que seguirán acompañando nuestro andar. Esta tesis no pretende ser una receta ni una fórmula, sino una invitación a seguir dialogando, cuidándonos y construyendo desde lo que somos. Tal vez, como dijimos antes, el siguiente paso sea imaginarnos un vivir disfrutable, desde nuestra historia y nuestras formas, que nos siga alumbrando el camino y sosteniendo el trabajo compartido.

En muchas narrativas actuales sobre la transición energética justa, las respuestas suelen centrarse en la tecnología: más paneles solares, más generación distribuida, más eficiencia. Desde miradas comunitarias se incorpora la gestión local de la energía, pero, aun así, la discusión tiende a girar en torno a los productos de la energía -alimentos, electricidad, biocombustibles- dejando de lado una dimensión esencial: el trabajo. No puede haber una verdadera transición energética sin una transformación del trabajo. Una transformación que también debe ser socioambiental, que cuestione las lógicas productivistas y patriarcales, y que proponga nuevas formas de organización colectiva.

Onergia no es solo una cooperativa que contribuye a la transición energética desde lo técnico. Onergia es, en sí misma, una alternativa viva, concreta, que encarna otros paradigmas posibles. No siempre se nos reconoce como tal, pero aquí estamos: la primera cooperativa de energía en México, con casi ocho años de historia, demostrando que es posible construir desde otras lógicas, en contextos urbanos, con experiencias feminizadas y colectivas. Esta es nuestra voz, nuestra experiencia, nuestra apuesta.

REFERENCIAS

- Agudelo López, A., Jiménez García, L., Zapata Aguirre, S., & Ospina Otavo, V. Y. (2020). Colección Diálogo de Experiencias Vivas # 1: Metodologías de sistematización de experiencias. Medellín: Fundación Confiar.
- Aguilar, E. E. (2021). Co-laboramos. Manual sobre cooperativas. México: CONACYT.
- Aguilar, E. E. (2021). Co-laboramos. Manual sobre cooperativas. México: CONACYT.
- Aguilar, E. E. (2024). Sobre una teoría general de la Economía Solidaria. Buenos Aires: CLACSO.
- Aguilar, E. E., & Rátiva Gaona, S. (2022). La Chipa de la Vida. Trama y Redes, 79-95.
- Alfonso, T. C. (2006). Subjetividad y sujeto: Perspectivas para abordar lo social y lo educativo.
- Anzaldúa, G. (1987). Borderlands/La Frontera: The New Mestiza. Aunt Lute Books.
- Caffnall, L. (2018). Autocuidado cósmico-político. En: Kaqla
- Carrillo, A. T. (2000). Educación Popuar, Subjetividad y Sujetos Sociales. Pedagogía y Saberes.
- Castello, C. (2018). Comunicación empática y vínculos cuidados en el trabajo. Ediciones La Comuna.
- Castells, M. (2006). La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Volumen I: La sociedad red (5.^a ed.). Alianza Editorial.
- Castro Vilaboa, D., & Salazar Lohman, H. (. (2024). Palabras contra el fin del mundo. Ciudad de México: Bajo Tierras.
- Caznal, L. (2021). Sanación cósmica política 2.0: Autocuidado colectivo desde los feminismos comunitarios. Guatemala: Feminista Comunitaria Xinka.
- Chávez, M. L. (2011). Pedagogía lúdica: el juego cooperativo como estrategia para la cultura

- de paz. Experiencias en escuelas latinoamericanas. San José: Fundación Cultura de Paz y UNICEF.
- Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo. (2021). Cartografía de los cuidados.
- Cooperativa Onergia. (2017). Plan de Negocios. Puebla.
- Coraggio, J. L. (2007). La economía del trabajo y la economía social y solidaria. En Coraggio, La economía social como estrategia de desarrollo en el contexto de la globalización. UNGS.
- Coraggio, J. L. (2011). Economía social y solidaria: El trabajo antes que el capital. Quito: Abya-Yala.
- Desroche, H. (1985). El proyecto cooperativo. Buenos Aires: Editorial Humanitas.
- Elizondo, C. (2015). Aprendizaje cooperativo crítico: más allá de una técnica
- Espinosa Miñoso, Y. (2015). El cuidado como práctica anticolonial. En: Pérez Orozco, A. (Coord.). Subversión feminista de la economía. Traficantes de Sueños.
- Esteva, G. (2024). Escritos para Organizar la Esperanza. Ciudad de México: Bajo Tierra.
- Federici, S. (2013). Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Traficantes de Sueños.
- Fernández, A. M. (1993). La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre mujeres. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, A. M. (2007). El campo grupal. Intervenciones y análisis institucional. Buenos Aires: Paidós.
- Freire, Paulo. (1970). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.
- Gil, S. L. (2022). Horizontes del feminismo. Conversaciones en un tiempo de crisis y esperanza. Ciudad de México: Bajo Tierra.
- Gobierno de México. (15 de Julio de 2019). Blog, Secretaría de Turismo. Obtenido de

Gobierno de México: <https://www.gob.mx/sectur/articulos/cuetzalan-del-progreso-puebla>

Gran Diccionario de la Lengua Española, Larousse Editorial, S.L. (2022). The Free Dictionary. Obtenido de <https://es.thefreedictionary.com/entretejidos>

Gutiérrez Aguilar, Raquel. (2017). Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas. Madrid: Traficantes de Sueños.

Harnecker, C. C. (2011). Cooperativas y Socialismo. La Habana: CAMINOS.

Illouz, E. (2007). Intimidades congeladas: Las emociones en el capitalismo. Katz Editores.

Leal, N. T. (16 de Septiembre de 2020). Sentirpensar. Obtenido de Corporación de Estudios Jurídicos y Sociales: <https://sentipensar.org/por-que-sentipensar/>

Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. Tabula Rasa, (9), 73-101.

Marx, K. (1867). El Capital: Crítica de la economía política (Vol. I). Hamburgo: Otto Meissner.

Max-Neef, M., Elizalde, A., & Hopenhayn, M. (1986). Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro. CEPAL – GCL.

Montenegro, Eduardo. (2013). Sistematización 2.0: Memoria colectiva en entornos digitales. CEAAL.

Moreno, S. (2004). Juegos cooperativos: educar para la paz y la solidaridad. Madrid: Popular.

Muciño, M. E. (30 de Septiembre de 2019). Problemas en las cooperativas mexicanas que atentan contra el principio de autonomía e independencia. Obtenido de Revista Deusto: <https://baidc.revistas.deusto.es/article/view/1586/2048>

Núñez Hurtado, Carlos. (2004). La economía solidaria en la educación popular.

osenberg, M. (2003). Comunicación no violenta: un lenguaje de vida. Barcelona: Gran Aldea Editores.

osenberg, M. (2003). Comunicación no violenta: un lenguaje de vida. Barcelona: Gran Aldea Editores.

- Restakis, J. (2010). *Humanizing the economy: Cooperatives in the age of capital*. Gabriola Island: New Society Publishers.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón
- Rodríguez, R. A. (2011). *El Emprededor de Éxito*. México: Mc Graw Hill.
- Sennett, R. (2012). *Juntos: Rituales, placeres y políticas de cooperación*. Anagrama.
- Torres, A. F. (2010). *Módulo 6: Metodología de Educación Popular Feminista*. Guatemala: La Trilla.
- Torres, N. (2018). Juegos de mesa cooperativos para la intervención socioeducativa con jóvenes. *Revista de Estudios de Juventud*, (119), 75-89.
- Tosepan, U. d. (2021). *Códice Masewal*. Cuetzalan del Progreso: Rosa Luxemburg Stiftung.
- Wenger, E. (2001). *Comunidades de práctica: Aprendizaje, significado e identidad*. Paidós.
- Zemelman, H. (2011). *Conocimiento y Sujetos Sociales*. La Paz - Bolivia: Instituto Internacional de Integración del Convenio Andrés Bello (III-CAB).

Línea del tiempo



